GASÁN KANAFANI

Una trilogía palestina

Edición de María Rosa de Madariaga

Una trilogía palestina reúne en un solo volumen las tres principales novelas de la literatura palestina del exilio. Con ellas Ghassān Kanafānī causó una revolución en la narrativa árabe por lo renovador de sus argumentos y la belleza de su prosa. En *Hombres en el sol* (1963) tres hombres de tres generaciones distintas se encuentran en el vientre de un camión cisterna para escapar ilegalmente de los campos de refugiados donde viven. *Lo que os queda* (1966) narra la historia de dos hermanos, Hamed y Mariam, ante su destino: él ha de enfrentarse al desierto y al tiempo; ella, al marido maltratador que pretende repudiarla. *Um Saad* (1969) es el nombre de una palestina, madre de un muchacho que se enrola con los fedayín. Una mujer incombustible y perenne como la rama de vid que un día decide plantar delante de su casa. Tres estadios evolutivos en la historia del pueblo palestino contados en paralelo desde múltiples ángulos y voces, que le supusieron a Kanafānī la concesión a título póstumo del Premio Lotus de la Unión de Escritores Afroasiáticos.

Ghassān Kanafānī

Una trilogía palestina

ePub r1.0
Titivillus 16-05-2023

Ghassān Kanafānī, 2015
Traducción: María Rosa de Madariaga
Imagen de cubierta: Mohammed Hassona

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRÓLOGO

Hará pronto veinticuatro años, salían publicadas por primera vez en español *Hombres en el sol, Lo que os queda* y *Um Saad*, las tres novelitas de Gasán Kanafani. Veinticuatro son muchos años, tantos como los de toda una generación. Por eso, cuando la editorial Hoja de Lata me contactó para hablarme de su proyecto de reedición de las citadas obras y preguntarme si podían utilizar mi traducción y el estudio que las acompañaba, accedí, por supuesto, con mucho gusto. Yo era la primera en pensar desde hacía tiempo que Kanafani se merecía que una nueva generación de lectores en español pudiera conocer una muestra de su producción literaria.

Después de reflexionar sobre la conveniencia o no de proceder a una revisión de la traducción y a una actualización del estudio de la obra de Kanafani, llegué a la conclusión de que sería mejor dejar una y otro tal cual. La traducción, aunque mejorable —no hay nada que no lo sea—, fue considerada en su momento razonablemente correcta, sino ya de calidad. Dado nuestro prurito perfeccionista, todo nuevo retoque nos llevaría a eternizarnos en busca del término o la frase que pudieran reemplazar ventajosamente las de la versión actual. Dejémosla, pues, así. En lo que respecta al estudio sobre Kanafani, que en la edición de 1991 figuraba al final del texto y en esta nueva ocasión figura al principio como introducción, hemos optado también por no tocarlo y reproducirlo tal cual. Aunque algunas de las cosas que digo en dicho estudio no las suscribiría hoy, tampoco reniego de ellas porque responden a lo que pensaba en aquel entonces. Dejémoslo, pues, también así.

Sin embargo, en estos veinticuatro años, son muchas las cosas que han sucedido, muchos los cambios que se han producido y muchas las nuevas situaciones que se han creado. Por ello,

considero necesario que la introducción vaya precedida de un prólogo, en el que trataré de exponer sucintamente las principales vicisitudes del drama palestino desde la publicación de *Um Saad* en 1969.

Los brotes verdes del sarmiento seco que Um Saad había plantado hacía tiempo delante de la casa del escritor, y que parecían anunciar un futuro de esperanza, habían dejado de florecer y de crecer para retomar un aspecto enteco y marchito.

Vimos que, después de la derrota de los ejércitos árabes en la guerra de 1967, el pueblo palestino tomó conciencia de que tenía que confiar sobre todo en sus propias fuerzas y que esa toma de conciencia, que describe la novela *Um Saad*, lleva a acciones de guerrilla de los fedayín, tanto en los territorios ocupados como dentro de las fronteras del Estado de Israel. El palestino pasa de refugiado a combatiente.

La mayoría de las acciones de los fedayín tenían lugar, como es sabido, a partir del territorio jordano o del libanés. Pero el movimiento de resistencia palestino empezaba a representar un peligro para los países árabes, cuyas fuerzas reaccionarias coincidían en la necesidad de liquidarlo de una vez por todas, destruir a la OLP y dispersar a la población de los campos de refugiados. Primero, ocurrió en Jordania, donde en septiembre de 1970, conocido como el Septiembre Negro, se producía una operación de limpieza de los campos de refugiados, incluida la eliminación física de los resistentes más notorios. Se abrió así la veda de caza del palestino. Las matanzas perpetradas por el ejército jordano produjeron entre 2000 y 3000 víctimas. Para el rey Huseín, esa era la condición necesaria para firmar la paz definitiva con Israel. Quedaba el «santuario» libanés.

En junio de 1982 tuvo lugar la invasión israelí del Líbano, cuyo objetivo declarado era la destrucción de las bases de la OLP en el sur del país, desde donde los resistentes palestinos lanzaban ataques de mortero y de misil contra los asentamientos judíos situados en Galilea, al norte de Israel. Se trataba también de destruir la infraestructura de la OLP en el sector occidental de Beirut, sometido durante todo el verano de 1982 a un incesante bombardeo por aire, mar y tierra que causó numerosas víctimas, mayoritariamente civiles. En virtud del acuerdo del 18 de agosto, tras los esfuerzos

internacionales de mediación, Israel volvía a imponer una vez más sus condiciones, es decir, la retirada de los combatientes de la OLP, cuya evacuación sería supervisada por una fuerza multinacional liderada por Francia y los Estados Unidos, que garantizarían la seguridad de los civiles palestinos que permanecían en Beirut. Pero Israel, violando el acuerdo de evacuación, envió un ejército a Beirut occidental que, lejos de proteger a la población, permitió a las Kata'ib (Falanges), las milicias cristianas libanesas, aliadas de Israel contra los palestinos, penetrar en los campos de refugiados y asesinar a más de 1000 hombres, mujeres y niños, que habían quedado desamparados tras la evacuación de la OLP.

La guerra del Líbano tuvo profundas repercusiones en el movimiento de resistencia palestino. Privada de su base de operaciones del sur del Líbano, en la frontera con el norte de Israel, la OLP trasladó su cuartel general a Túnez, a más de 3000 kilómetros de los territorios que se proponía liberar. Si la invasión del Líbano había conseguido su objetivo de eliminar a la OLP como fuerza militar en este país, no consiguió, sin embargo, terminar con la actividad política en los territorios ocupados.

En 1987 tenía lugar la revuelta palestina conocida como Intifada (literalmente «sacudida»). Movimiento espontáneo de protesta, atizado al principio por los jóvenes descontentos de los territorios ocupados, llegaría a englobar a todos los estratos de la sociedad palestina. Con una dirección local clandestina compuesta por pequeños grupos de personas, representantes de las principales facciones de la OLP, sus objetivos estaban contenidos en un programa de catorce puntos, en el que las mayores reivindicaciones consistían, entre otras, en pedir a Israel que cesara de fundar nuevos asentamientos y de confiscar tierras árabes, así como que reconociera un Estado palestino independiente bajo el liderazgo de la OLP. Para alcanzar estas metas, los jefes de la Intifada iniciaron una campaña de desobediencia civil, con huelgas generales, cierre de comercios y negativa a pagar los impuestos a Israel. Paralelamente, los palestinos procuraban que Gaza y la orilla occidental se convirtieran en territorios económicamente autosuficientes, para lo cual boicoteaban los productos israelíes y trataban de depender lo más posible de productos agrícolas

cultivados por ellos mismos y de artículos fabricados localmente.

Dentro de esta campaña de desobediencia civil, la única violencia consistía en manifestaciones masivas y el lanzamiento de piedras. Los palestinos tomaron desde el comienzo de la Intifada la decisión de no utilizar armas blancas ni de fuego. Eran jóvenes armados únicamente con piedras frente a militares israelíes bien pertrechados con las armas más modernas y sofisticadas. Las imágenes difundidas por la televisión de soldados israelíes disparando a adolescentes desarmados contribuyeron a que se intensificaran las críticas al Gobierno israelí, tanto dentro de Israel como en el extranjero. Los militares recurrieron asimismo al castigo colectivo a gran escala, demoliendo las viviendas de los sospechosos de lanzar piedras, sometiendo a pueblos enteros al toque de queda las veinticuatro horas del día, cortando el agua y la electricidad y cerrando las escuelas y universidades de la orilla occidental. Sin embargo, el recurso de Israel al castigo colectivo tuvo el efecto contrario al que las autoridades sionistas esperaban. En lugar de amedrentarse y renunciar a la lucha, cada vez era mayor el número de palestinos que se unían a la Intifada. El precio a pagar fue muy elevado: a finales de los años noventa del pasado siglo, la revuelta había costado las vidas de unos 1025 palestinos, incluidos 250 supuestos colaboradores y 56 israelíes. Más de 37 000 resultaron heridos y los detenidos fueron entre 35 000 y 40 000. Como se ve, el balance de víctimas arrojó cifras estremecedoras.

Después de iniciada la Intifada se forjaron vínculos entre la OLP y los territorios ocupados, mientras que Arafat se embarcaba en una serie de iniciativas diplomáticas. El veterano líder de la OLP había comprendido que, para que un Estado palestino pudiera llegar a existir, era preciso que Israel renunciase a sus planes de anexionarse los territorios palestinos ocupados, y que la única potencia extranjera capaz de persuadir a Israel de que modificara su política anexionista e iniciara negociaciones con los palestinos eran los Estados Unidos de América. No obstante, el Gobierno estadounidense no ejercería su influencia en este asunto hasta que la OLP reconociera el Estado de Israel, cosa que había rehusado hacer hasta entonces. Presionado para actuar en favor de los palestinos de la Intifada, Arafat maniobró para cambiar la posición de la OLP. En el otoño de 1988, en una declaración histórica, la OLP

aceptaba, entre otras cosas, el derecho de Israel a existir como Estado; renunciaba al terrorismo y admitía que las resoluciones 242 y 338 de las Naciones Unidas sirvieran de base para una conferencia internacional sobre la paz; y, por último, proclamaba un Estado palestino independiente en la orilla occidental y Gaza, con Jerusalén como capital. Era el llamado Compromiso de dos Estados. Lejos quedaba el programa de Fatah, que contemplaba la creación de un Estado independiente y democrático, en el que todos los ciudadanos —judíos o árabes— fuesen iguales, lo que suponía la eliminación de cualquier privilegio colonial o racial.

Las concesiones de Arafat marcaron el comienzo de una serie de negociaciones entre los Estados Unidos y la OLP, efectuadas a través de la embajada estadounidense en Túnez. La mediación de Estados Unidos, consistente sobre todo en pedir a Israel que suspendiera la implantación de nuevos asentamientos, fracasó. El gobierno derechista de Isaac Shamir aceleró su programa de colonización y prosiguió con sus intentos de aplastar la Intifada, mientras que Arafat, confiando en la capacidad de Estados Unidos para influir en el Estado judío, había reconocido el derecho de Israel a existir sin recibir nada a cambio.

Después de la guerra del Golfo de 1990-1991, la administración del presidente George Bush padre se propuso lograr una solución del conflicto árabe-israelí, en respuesta a las promesas a sus socios árabes de la coalición contra Sadam Husein de que abordaría la cuestión. La propuesta de Washington de celebrar una conferencia de paz patrocinada conjuntamente por los Estados Unidos de América y la Unión Soviética se tradujo en el encuentro iniciado en Madrid el 30 de octubre de 1991. Israel se dignó participar, poniendo como condición que no hubiera una delegación palestina independiente y que ninguno de los participantes en la conferencia fuera un representante directo de la OLP. Los palestinos aceptaron estas duras condiciones y consintieron en asistir como miembros de una delegación conjunta jordano-palestina.

Como era de esperar, no se llegó a ninguna propuesta concreta para solucionar los problemas pendientes. Pronto se puso de manifiesto que cuanto más concretas eran las propuestas, más

compromiso requerían de todas las partes. Pero Israel continuaba con su política de creación de nuevos asentamientos en los territorios ocupados, lo que dificultaba todo posible acuerdo. El triunfo en las elecciones de junio de 1992 del Partido Laborista, liderado por Isaac Rabin, parecía abrir nuevas perspectivas de poder llegar a un acuerdo.

En vista de que el proceso iniciado en 1991 en Madrid se encontraba en un punto muerto, una ONG noruega, a la que su Gobierno daría oficialmente apoyo más tarde, se propuso desbloquear la situación propiciando nuevas conversaciones. Ambas partes terminaron por firmar dos acuerdos: el primero, un documento de reconocimiento mutuo, firmado por Arafat el 10 de septiembre de 1993, en Túnez, y por Rabin, en Jerusalén, en virtud del cual Arafat reconocía inequívocamente el derecho de Israel a existir en paz y seguridad, renunciando al uso de la violencia y el terrorismo, y prometía suprimir de la Carta de la OLP las cláusulas que reclamaban la eliminación del Estado de Israel; el segundo, conocido como la Declaración de Principios sobre la Autonomía Palestina, esbozaba un programa quinquenal interino de autonomía en los territorios ocupados. Israel mantenía la soberanía de conjunto durante todo el periodo del acuerdo, que se dividía en varias etapas (cada una de las cuales concedía a los palestinos mayores responsabilidades administrativas). Durante la primera etapa, las tropas israelíes se retirarían de la ciudad de Jericó, en la orilla occidental, y de la franja de Gaza, cuyo control administrativo asumirían inmediatamente las autoridades palestinas. En la siguiente etapa, programa a cumplir en julio de 1994, un Consejo Palestino elegido asumiría responsabilidades en diferentes materias (educación, salud, turismo, asuntos culturales) y se encargaría de recaudar impuestos directos en toda la orilla occidental y en la franja de Gaza. Sin embargo, la estructura y poderes de ese Consejo no se detallaban en el acuerdo, sino que se concretarían en futuras conversaciones.

El 13 de septiembre de 1993 los dirigentes israelíes y los de la OLP se reunían en la Casa Blanca para participar en la ceremonia de la firma del acuerdo de autonomía en presencia del anfitrión del evento, Bill Clinton. Estaba previsto que el acuerdo interino concluyese en diciembre de 1998, fecha en la que entraría en vigor

el definitivo. La aplicación chocó, no obstante, con la viva oposición de grupos de colonos israelíes, que lo rechazaron, y contaron con el apoyo del movimiento integrista israelí Gush Emunin (Bloque de la Fe) y con el del Likud para organizar violentas manifestaciones contra el Gobierno, acusado de desmantelar el Estado de Israel. También entre los palestinos el acuerdo suscitó la vehemente hostilidad de militantes de algunos grupos más radicales, incluso dentro de la OLP, que acusaron a Arafat de traicionar la causa palestina al no aceptar más que la autonomía y no la existencia de un Estado palestino plenamente independiente.

En realidad, el traspaso progresivo de poderes a la Autoridad Nacionalidad Palestina (ANP), previsto en el acuerdo, era para Israel una manera de dar largas al asunto. Había accedido a entrar en el juego de hacer el mínimo de concesiones a la otra parte, sin comprometerse a nada concreto, dejando para «conversaciones futuras» las cuestiones más espinosas. El caso fue que Israel no tuvo nunca la menor intención de permitir la creación de un Estado palestino independiente. Siguió (y sigue) practicando la misma política de implantación de nuevos asentamientos de colonos judíos y de represión de la población palestina con el más mínimo pretexto.

Si la OLP, y su principal componente, Fatah, fueron durante mucho tiempo los únicos representantes legítimos del pueblo palestino, a finales de los años ochenta del pasado siglo un nuevo actor político empezaba a disputar a la OLP su monopolio absoluto del movimiento de resistencia. Fundado en 1987, Hamás (literalmente «entusiasmo», «fervor»), acrónimo de Harakat al-Muqawamat al-Islamiya (Movimiento de Resistencia Islámico) se presentaba como una rama del movimiento islamista internacional de los Hermanos Musulmanes, fundado en 1928 en Egipto por Hasán al-Banna, aunque sus vínculos con este movimiento son más bien de carácter ideológico que institucional, ya que el islamismo palestino conserva su independencia.

Los islamistas palestinos, aunque solo representaban a un grupo muy minoritario y totalmente desprovisto de influencia entre la gran masa de la población, consiguieron ganar cada vez más adeptos entre los miles de palestinos sumidos en la miseria, particularmente en los campos de refugiados. Hamás conseguía

imponerse sobre todo en la franja de Gaza, donde cerca de dos millones de palestinos malviven hacinados en un territorio exiguo de
365 km
^{2}, explotando hábilmente la miseria material y moral de estos miles de desheredados. El movimiento islamista, que contó al principio con la complicidad del Gobierno israelí, al apoyarlo como contrapeso al monopolio de la OLP, no tardaría en convertirse en su principal enemigo. Hamás rehusaba reconocer el Estado de Israel, preconizaba el retorno a Palestina de todos los refugiados dispersos en los países árabes limítrofes e instaba a proseguir la resistencia contra la ocupación israelí, considerando cualquier negociación con Israel como una claudicación ante el colonialismo sionista y el imperialismo occidental. Este discurso radical no tardó en encontrar un amplio eco entre los miles de palestinos de los campos de refugiados, que no tenían nada que perder y a los que Hamás prestaba importantes ayudas sociales.

Tras la creación de la Autoridad Nacional Palestina, en conformidad con los acuerdos de Oslo de 1994 entre la OLP y el Gobierno de Israel, el ejército israelí se retiró de la franja de Gaza y la administración del territorio pasó a la ANP. Aunque Israel desmanteló también los asentamientos de la franja de Gaza, se reservó, no obstante, el derecho a efectuar allí operaciones antiterroristas, como los bombardeos aéreos o las incursiones terrestres del verano de 2000.

En las elecciones generales palestinas de 2006, la lista Cambio y Reforma, de Hamás, obtuvo la mayoría absoluta, lo que le dio la posibilidad de formar gobierno con Ismail Haniya al frente. En 2007, las instituciones de la ANP leales a Hamás en la franja de Gaza acabaron por arrojar del territorio a los partidarios de Fatah y hacerse con el control de la franja. Desde esa fecha, ambas organizaciones se reparten el poder en los dos «bantustanes» a los que ha quedado reducida Palestina dentro de Israel: Hamás gobierna la ANP de Gaza, mientras que Fatah conserva el control de la ANP en Cisjordania.

Considerada por el Estado de Israel una organización terrorista, Hamás es el principal blanco de los ataques del ejército israelí por tierra, mar y aire, el último, en el verano de 2014, en el que el

llamado Margen Protector causó más de 2000 víctimas entre la población civil palestina. Si bien Israel se retiró finalmente tras la tregua del 26 de agosto, puede volver a atacar con impunidad cuando le venga en gana con el menor pretexto.

El protagonismo actual de Hamás en la lucha de la resistencia palestina sirve a los intereses de Israel. Es la excusa perfecta para negarse a aceptar la existencia de un Estado palestino, que se erigiría en Estado islámico. No hay que olvidar que el objetivo de Hamás es la creación de un Estado islámico en la región histórica de Palestina, que comprende Israel, Cisjordania y la franja de Gaza, y tendría Jerusalén por capital.

Así las cosas, la situación sigue estancada y sin perspectivas de solución. Es evidente que desde 1969, fecha de la publicación de *Um Saad*, la causa del pueblo palestino ha hecho progresos, eso sí, a costa de mucha sangre vertida y muchos sacrificios. Hoy ya es un hecho el reconocimiento a escala internacional de los legítimos derechos de los palestinos a tener su propio Estado. Entretanto, también fueron muchos los que se quedaron por el camino en todos estos años. Entre otros, tres grandes escritores, cuya aportación a la literatura palestina, como parte de la literatura árabe, la sitúa en el más alto rango dentro de la literatura universal. Emile Habibi, gran novelista, de origen cristiano, fallecido en 1996; Mahmud Darwish, inmenso poeta de origen musulmán suní, fallecido en 2008; y Samih el Qasim, también gran poeta, de origen druso, fallecido en 2014; los tres, además de grandes escritores, miembros y activos militantes del Partido Comunista de Israel, partido de clase y laico. Los tres, partidarios también de un Estado democrático y laico, en el que judíos, musulmanes y cristianos puedan convivir pacíficamente, con independencia de sus orígenes religiosos o étnicos. Pero ese proyecto iba contra los designios de Israel, Estado teocrático y racial, de anexionarse Cisjordania y Gaza, y de crear un Gran Israel conforme a las fronteras bíblicas. Si junto al Estado de Israel en sus fronteras actuales llegara algún día a existir un Estado palestino, sería de desear que la OLP volviera a hacer suyos los principios proclamados por Fatah en 1967, en los que defendía la instauración de un Estado democrático y laico. Es a este fin al que deben tender los esfuerzos de la comunidad internacional, si se quiere que pueda haber algún día una paz definitiva y duradera en

el Cercano Oriente.

María
Rosa
de Madariaga
Madrid, enero de 2015

HOMBRES EN EL SOL

A Anni H. Kanafani

G.

ABU QAIS[1]

Boca abajo, con el pecho pegado a la tierra húmeda, Abu Qais la sentía palpitar bajo todo su cuerpo. Eran los latidos de un corazón cansado. Todo se fundía en un solo palpitar, desde la más pequeña partícula de arena hasta la parte más recóndita de su ser. Siempre que pegaba el cuerpo a la tierra, sentía el mismo latido. Era el corazón de la tierra que, desde lo más profundo de sus entrañas, pugnaba por abrirse un camino en busca de la luz. Hacía tiempo que había sentido ese latido por vez primera, allá en Palestina. Se lo había dicho incluso un día a su vecino, con quien labraba a medias el mismo campo en aquella tierra que había abandonado hacía diez años. Su vecino se había burlado de él:

—Oyes los latidos de tu propio corazón.

¡Tonterías! ¿Y el olor, entonces? Ese olor que, cuando respiraba, le fluía por la frente y se desparramaba, adormecedor, por todas sus venas. Era el mismo olor que exhalaban los cabellos de su mujer cuando salía del baño, el mismo, el olor de una mujer con el cuerpo chorreando agua fría y los cabellos mojados sobre el rostro. ¿Y los latidos? Lo mismo que cuando se recoge, con las manos llenas de ternura, un pajarillo abandonado.

La tierra húmeda, pensó, será por la lluvia de ayer. Pero no, el día anterior no había llovido. Imposible que lloviera con un cielo así. ¿Has olvidado dónde estás? ¿Lo has olvidado? Aquí solo hay calor y polvo. Se puso boca arriba. Con la cabeza entre las manos, contemplaba el cielo de claridad cegadora. Un pájaro negro solitario revoloteaba en lo alto sin rumbo fijo. De pronto, sin saber por qué, lo invadió un sentimiento de nostalgia teñido de amargura. Por un momento sintió ganas de echarse a llorar. Pero no, el día anterior no había llovido. Estamos en agosto, ¿lo has olvidado? Y ese camino que se pierde en el desierto, negro como la eternidad,

¿lo has olvidado? El pájaro seguía revoloteando solitario como un punto negro perdido en la radiante inmensidad. Estamos en agosto. Pero entonces, ¿por qué esa humedad en la tierra? Claro, era el Chott. ¿No ves cómo se extiende hasta donde alcanza la vista? «Allí se unen los dos grandes ríos, el Tigris y el Éufrates, para formar un solo río cuyo nombre es el Chott el Arab, el cual corre desde poco antes de Basora hasta…».

El maestro Selim: delgado, ya viejo, con el pelo blanco. Por décima vez machacaba con voz estentórea la misma frase al niño que estaba de pie junto al encerado. En aquel preciso momento, pasaba él por delante de la escuela del pueblo y se subió encima de una piedra para mirar furtivamente por la ventana. Recitaba el maestro Selim frente al alumno, blandiendo su bastón: «Allí se juntan los dos grandes ríos, el Tigris y el Éufrates…». El niño temblaba de miedo. De pronto, estallaron risas entre los demás niños de la clase. Alargó la mano y dio en la cabeza un manotazo a uno de los que en aquel momento había levantado la vista y lo había sorprendido mirando por la ventana.

—¿Qué pasa?

El niño, muerto de risa, musitó:

—Ese bobo.

Se bajó de la piedra y siguió su camino. Hasta él llegaba la voz del maestro Selim que repetía incansable: «Allí se unen los dos grandes ríos, el Tigris y el Éufrates…».

Aquella noche vio al maestro Selim en la tertulia del alcalde fumando su narguile. Lo habían enviado de Jaifa para que enseñara a los chicos del pueblo. Y hacía tanto tiempo de eso que para todos «maestro Selim» eran dos palabras inseparables. Esa noche en el salón del alcalde, alguien le había preguntado:

—¿Presidirás la oración del viernes, no?

El maestro Selim respondió llanamente:

—Nada de eso, soy maestro de escuela, no imán.

El alcalde intervino entonces:

—¿Y qué diferencia hay? Nuestro maestro de antes era imán.

—Porque enseñaba en la escuela coránica, pero yo soy maestro de escuela.

El alcalde insistió:

—¿Y qué diferencia hay?

El maestro Selim no respondió. Detrás de sus anteojos, su mirada recorrió los rostros de los presentes como implorando socorro. Pero sobre ese tema, las ideas de los demás no eran menos confusas que las del alcalde.

Hubo un largo silencio. Después de carraspear ligeramente, el maestro Selim dijo con voz pausada:

—Pero ¡si no sé rezar!

—¿Que no sabes?

En la asamblea se oyeron gruñidos de reprobación. El maestro Selim insistió:

—No, no sé.

Los presentes se miraron unos a otros estupefactos. Luego, todas las miradas confluyeron en el alcalde, que sintió que no tenía más remedio que decir algo:

—Entonces, ¿qué sabes hacer?

El maestro Selim se levantó con gesto rápido como si esperara aquella pregunta:

—Muchas cosas. Por ejemplo, sé disparar un arma.

Al llegar a la puerta, se volvió. Su enjuto rostro temblaba:

—Si atacan, despertadme. Puedo seros útil.

Así pues, aquel era el famoso Chott tan citado por el maestro Selim hacía diez años. Allí lo tenía, a miles de kilómetros de la aldea y de la escuela, después de miles de días… ¡Que Dios te bendiga, maestro Selim! ¡Que Dios te bendiga! Por suerte Dios te llevó de este mundo justo la víspera de caer nuestra pobre aldea en manos de los judíos. Justo la víspera. ¡Dios mío! ¿Habrá mayor don del cielo que ese? Cierto es que los hombres del pueblo no pudieron enterrarte ni rendirte su último homenaje. Pero, en definitiva, allí quedaste, allí quedaste. Te libraste del oprobio y la miseria, te salvaste en la vejez de la vergüenza. ¡Que Dios te bendiga, maestro Selim! ¿Ves?, si no te hubieras muerto, habrías vivido como yo, hundido en la miseria. ¿Habrías hecho lo que hago yo ahora? ¿Aceptarías con todo el peso de los años en la espalda huir a Kuwait a través del desierto por un pedazo de pan?

Volvió a ponerse boca abajo. Apoyado en los codos, contemplaba el gran río como si lo viera por primera vez. Así que entonces este es el Chott el Arab: «Un gran río por el que van los barcos cargados de dátiles y de paja, como una carretera que

atravesara el país con muchos coches…».

Eso era lo que le había respondido de un tirón su hijo Qais cuando le había preguntado aquella noche:

—¿Qué es el Chott el Arab?

Se había propuesto que le preguntaría a su hijo la lección para comprobar si se la sabía y Qais, después de recitar la respuesta sin titubear, había añadido:

—Te vi hoy mirar por la ventana de la clase…

Se volvió hacia su mujer, que se había echado a reír. Un poco avergonzado trató de reponerse.

—Eso ya lo sabía de antes.

—¡Qué va! ¡Qué lo ibas a saber!, lo aprendiste hoy cuando mirabas por la ventana.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué importa que lo sepa o lo deje de saber? Después de todo, tampoco es el fin del mundo.

Su mujer lo miraba de reojo. Después dijo a su hijo:

—Anda, vete a jugar al cuarto de al lado…

Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, se volvió a su marido:

—No le hables así al niño. Está tan contento de haber aprendido eso y vienes tú y se lo chafas.

Se levantó y, acercándose a ella, le puso la mano en el vientre y susurró:

—¿Para cuándo?

—Dentro de siete meses.

—¡Uf!

—Esta vez tiene que ser una niña…

—No, no, un varón, un varón.

Pero tuvo una niña. Se llamó Hasna y murió a los dos meses de nacida. El médico había dicho con un gesto melindroso: «Era demasiado esmirriada». Eso fue un mes después de haberse ido del pueblo, en una vieja casa de otra aldea, lejos del campo de batalla.

—Abu Qais, siento que voy a parir.

—Bueno, bueno, cálmate.

Se dijo para sus adentros: «¿Pero esta mujer no podría seguir preñada cien meses más? ¡Mira que no es este el momento para ponerse a parir!».

—¡Por amor de Dios!

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Voy a parir.

—¿Llamo a alguien?

—A Um Omar.

—Pero ¿dónde la encuentro ahora?

—Dame esa almohada.

—¿Dónde encuentro a Um Omar?

—Por amor de Dios, levántame un poco. Déjame que me apoye contra la pared.

—No te muevas, voy a buscar a Um Omar.

—Date prisa, pronto. ¡Por todos los cielos!

Se apresuró a salir en busca de la partera. Apenas había cerrado la puerta tras de sí cuando a sus oídos llegó un berrido: era el recién nacido. Volvió sobre sus pasos y pegó la oreja a la puerta de madera.

El Chott se mecía entre rumores. Los marineros se llamaban a gritos unos a otros, el cielo resplandecía y el pájaro negro seguía revoloteando sin rumbo fijo.

Se levantó, se sacudió el traje impregnado de tierra y miró el río. Nunca como en aquel momento se sintió tan extraño y tan insignificante. Se pasó la mano por la áspera barbilla y entonces todas las ideas que se agolpaban en su cabeza como un ejército de hormigas, empezaron a agitarse.

Al otro lado del Chott, tan solo al otro lado, se encuentra todo lo que te quitaron. En Kuwait. Lo que viviste con la imaginación, como en un sueño, existe allí… Seguro que allí tenía que haber algo de todo lo que se había imaginado. Habría piedras, tierra, agua y cielo e incluso alguna de las otras cosas que vagaban por su mente atormentada. Seguro que había calles y avenidas y hombres y mujeres, y también niños que correteaban entre los árboles. Sin embargo, su amigo Saad, que había emigrado allí y después de trabajar de chófer había vuelto con los bolsillos forrados de dinero, le había dicho que allí no había árboles. Los árboles solo existen en tu cabeza, Abu Qais, en tu cansada cabeza de anciano, Abu Qais. Diez árboles bien nudosos que todos los años daban en el otoño las mejores aceitunas del mundo. En Kuwait no había árboles. Lo había dicho Saad y a Saad hay que creerle porque sabe más que tú aunque sea más joven. Todos saben más que tú. Todos.

Diez años habían pasado, diez años en los que no hiciste otra

cosa sino esperar. Tuviste que esperar diez largos años de miseria para darte cuenta de que lo habías perdido todo: tus árboles, tu casa, tu juventud, tu aldea… En ese tiempo, los demás siguieron su camino, mientras que tú te quedaste como un perro viejo, sentado sobre las patas traseras y metido en un tugurio. ¿Qué es lo que esperabas entonces? ¿Que la fortuna te cayera del cielo sin moverte de tu casa? ¿Tu casa? ¿Pero desde cuándo es tu casa? Un hombre generoso te dijo un día: «Ven a vivir aquí». Eso es todo. Y después de un año, te pidió que le cedieras la mitad de la habitación. De pronto, te encontraste con gente extraña bajo el mismo techo, con solo una cortina andrajosa de arpillera de por medio. Pero seguiste allí como un perro viejo sentado sobre las patas traseras hasta que llegó Saad y te sacudió como el que bate leche para hacer mantequilla.

—Si consigues llegar al Chott, pasar a Kuwait no es difícil. Basora está llena de pasadores. Te pasarán clandestinamente a través del desierto. ¿Por qué no te vas?

La mujer escuchaba en silencio mirando ora a uno, ora a otro y después volvía a mecer al niño.

—Es una aventura que Dios sabe cómo terminará.

—¿Que Dios sabe cómo terminará? ¡Ay! ¡Ay!, ¡que Dios sabe cómo terminará! ¡Ay! ¡Ay!

Después se volvió hacia la mujer:

—¿Has oído lo que ha dicho tu marido? ¡Que Dios sabe cómo terminará! ¡Como si la vida fuera un manjar! ¿Por qué no se aventura como los demás? ¿O es que acaso se cree mejor?

Ella no levantaba la vista y él deseaba que no lo hiciera. El otro seguía perorando:

—¿Te gusta la vida que llevas aquí? ¡Hace diez años que vives como un mendigo! ¡Vergüenza habría de darte! Y tu hijo Qais, ¿cuándo va a volver a la escuela? Y el último crecerá, ¿cómo lo vas a mirar a la cara si no has…?

—Ya está bien, ¡basta!

—No, no basta, ¡vergüenza habría de darte! Tienes a tu cargo a una familia. ¿Por qué no te vas? —Y miró a la mujer—: Y tú, ¿qué dices?

La mujer permanecía silenciosa. Él pensaba para sus adentros: «Mañana, el pequeño crecerá…».

—El camino es largo y ya soy viejo. No puedo irme como vosotros. Podría encontrar la muerte…

Se hizo el silencio en la habitación. La mujer seguía meciendo al niño. Saad dejó de insistir, pero su voz, terca, obstinada, tenaz, seguía martilleándole el cerebro y lo sentía a punto de estallar:

—¿La muerte? ¡Vamos! ¿Quién te dijo que eso no era mejor que la vida que llevas? Hace diez años que esperas volver junto a los diez olivos que tenías en el pueblo… Tu pueblo, ¡eh!

Se volvió a su mujer:

—¿Qué piensas tú, Um Qais? [2]

Ella lo miró y contestó en un susurro:

—Lo que tú pienses.

—Podremos volver a mandar a Qais a la escuela.

—Sí.

—Podremos comprar uno o dos pies de olivo.

—Claro que sí.

—Y hasta quizá podamos construir una habitación en algún sitio…

—Sí.

—Si consigo llegar, si llego…

La miró. Sabía que estaba a punto de echarse a llorar: el labio inferior le temblaba ligeramente y después una lágrima, una sola, se le hinchó poco a poco hasta caerle sobre la mejilla morena y arrugada. Quiso decir algo pero no pudo. También las lágrimas asomaron a sus ojos. Sentía un nudo en la garganta…

Un nudo como el que le apretaba cuando entró en la tienda del hombre gordo que hacía pasar a los clandestinos desde Basora a Kuwait. Allí estaba delante de él llevando a cuestas sobre sus hombros de anciano todo el peso de la esperanza y la humillación. Era tan absoluto el silencio que hasta vibraba.

—El viaje es difícil. Te lo advierto. Serán quince dinares.

—¿Me aseguras que llegaré sano y salvo?

—¡Claro que llegarás sano y salvo! Pero lo pasarás algo mal, ¿sabes? Estamos en agosto, hace mucho calor y en el desierto no hay sombra. Pero llegarás.

El nudo le apretaba aún la garganta, pero sentía que no podía esperar más, que tenía que decirlo entonces o ya no lo diría nunca:

—He recorrido miles de kilómetros para llegar a ti. Me envía Saad, ¿no te acuerdas de él? No tengo más que quince dinares, ¿qué te parece si te doy diez y me quedo con el resto?

El hombre gordo lo cortó en seco:

—Mira, ¿eh?, aquí no estamos para bromas. ¿No te dijo tu amigo que aquí el precio es fijo y que no se regatea? ¿No sabes que el guía arriesga su vida por vosotros?

—Y nosotros, ¿no arriesgamos también la nuestra?

—¡Pero si yo no te obligo!

—¿Diez dinares?

—Quince dinares, ¿o es que no me oyes?

Hubiera querido continuar, pero no podía. Sudando a mares, el hombre gordo, desde su silla, lo miraba de hito en hito con los ojos muy abiertos. Quería que dejara de mirarlo así. Aquella mirada le hacía daño, no podía soportarla. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Las sentía brotar, ardientes, como un manantial que desde las entrañas le fluyera hasta ahogarlo en llanto. Hubiera querido decir algo, pero no podía. Se volvió y salió a la calle. A su alrededor todo flotaba tras un velo húmedo de lágrimas contenidas. Otra vez el presente: el río que con el cielo se fundía allá en el horizonte, la claridad radiante, infinita. De nuevo sentía la tierra húmeda palpitar bajo su pecho. Y aquel olor que le fluía por todas las venas anegándolo como un torrente.

ASAD

Asad permanecía de pie ante el hombre gordo que hacía pasar clandestinos desde Basora a Kuwait.

—Está bien, te daré quince dinares, pero cuando haya llegado, no antes.

Por encima de las mejillas, los ojillos del hombre gordo lo observaban fijamente. Después preguntó con un tono estúpido.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¡Ah!, porque tu guía se escabullirá antes de que hayamos recorrido la mitad del camino. De acuerdo con los quince dinares, pero a la llegada, no antes.

El hombre plegó los papeles amarillos que tenía ante sí y después dijo con voz meliflua:

—Yo no te obligo a nada, no te obligo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que si no te gustan mis condiciones, no tienes más que volverte, dar tres pasos y te encontrarás en el camino.

¡El camino! ¿Habría todavía camino en este mundo, caminos que no hubiera regado día tras día con el sudor de su frente? Todos decían lo mismo: te encontrarás en el camino. Eso era lo que había dicho aquel Abdulá que se había comprometido a pasarlo desde Jordania a Iraq.

—No tienes más que dar la vuelta a H4. **[3]** No importa si te adentras un poco en el desierto. Eres mozo y puedes soportar el calor. Después vuelves a salir a la carretera y me encontrarás allí.

—Pero eso no entraba en el trato. Cuando estábamos en Amán, quedamos en que me llevarías a Bagdad y te di veinte dinares contantes y sonantes. De esa historia de que había que dar la vuelta a H4 nunca me habías hablado.

Abdulá golpeó con la mano la aleta del camión cubierto de polvo. Las marcas de los dedos dejaron ver el color rojo vivo. El camión de Abdulá estaba aparcado junto a la casa, cerca de Yerbel Amán. Recordaba perfectamente el trato que habían hecho.

—Será difícil. Si me agarran contigo, me meterán en la cárcel. Pero no importa. Te haré ese gran favor porque conocí a tu padre, que en paz descanse. Luchamos juntos en Ramla [4] hace diez años…

Después permaneció silencioso unos instantes. Su camisa azul chorreaba sudor y el rostro anguloso le daba a Asad la impresión de tener ante sí a uno de esos hombres para quienes el hacer milagros era uno de los deberes de un padre de familia.

—Te cobraré veinte dinares y te encontrarás en Bagdad.

—¿Veinte dinares?

—Sí, veinte dinares. Y además tendrás que ayudarme durante el viaje. Saldremos pasado mañana. Tengo que transportar el coche de un ricachón de Bagdad que pasó parte del verano en Ramala [5] y quiso volver en avión.

—Pero… ¿veinte dinares?

Abdulá lo miró fijamente y después remachó:

—Te salvo la vida por veinte dinares. ¿Crees que vas a poder pasarte aquí toda la vida escondido? Mañana mismo pueden detenerte…

—¿Pero dónde?, ¿dónde voy a encontrar veinte dinares?

—Pídelos prestados, pídelos prestados, cualquiera te prestará veinte dinares si sabe que te vas a Kuwait.

—¿Veinte dinares?

—Veinte, veinte.

—¿Hasta Bagdad?

—Directo.

Pero le mintió. Se aprovechó de su ingenuidad, de su ignorancia y lo engañó. Lo hizo bajar del camión después de un viaje en plena canícula, le dijo que tenía que dar la vuelta a H4 para evitar a la Policía de Fronteras, pero que volvería a encontrarlo en la carretera.

—Pero si no conozco la región. ¿Quieres decir, si he entendido bien, que tendré que caminar toda esa distancia alrededor de H4 con este calor?

Abdulá golpeó de nuevo la aleta polvorienta de su camión. Estaban los dos completamente solos en medio del desierto, a una milla de H4.

—¿Pero qué te crees? Tu nombre está en la lista de todos los puestos fronterizos. Si me ven contigo, un conspirador sin pasaporte ni visado, ¿qué crees tú que pasará? ¡Anda, basta ya de caprichos! Eres fuerte como un toro y te conviene mover un poco las piernas. Nos volveremos a encontrar en el camino después de pasar H4.

Todos hablaban de caminos. Decían: «Estás en el buen camino», pero eran los primeros en no saber nada de caminos como no fuera el asfalto negro y los bordillos. Como el hombre gordo de Basora, el pasador, que también repetía la misma historia.

—¿Es que no me oyes? Tengo mucho que hacer. Ya te lo dije: son quince dinares y te dejo en Kuwait. Bueno, tendrás que caminar un poco, pero eso no te hará daño, eres joven y robusto.

—Pero ¿por qué no me escuchas tú a mí? Te dije que te pagaría cuando llegáramos a Kuwait.

—Llegarás, llegarás.

—¿Cómo?

—Te juro por mi honor que llegarás a Kuwait.

—¿Por tu honor?

—Te juro por mi honor que te encontraré detrás de H4. No tienes más que dar la vuelta a esa zona maldita y me encontrarás esperándote.

Dio una gran vuelta en torno a H4. El sol pegaba en la cabeza como puro fuego. Mientras escalaba aquellas lomas amarillas tenía la sensación de encontrarse completamente solo en el mundo. Arrastraba los pies en la arena como si, después de haber tirado de una gran barca en la playa, las piernas se le hubieran vaciado de toda su sustancia. Atravesó terrenos rocosos, pardos, semejantes a cascos de metralla; escaló dunas bajas con cimas chatas de tierra amarilla, fina como la harina. ¡Ah!, ¿si me hubieran llevado al campo de concentración de Yafr en el desierto, no sería menos penoso que esto? ¡Tonterías! El desierto es el mismo en todos los sitios. Se envolvía la cabeza en una kufiya **[6]** que le había dado Abdulá, pero de nada le servía contra los rayos candentes del sol. Por un momento pensó que hasta la kufiya iba a arder en llamas. El horizonte se confundía en una amalgama de líneas anaranjadas… Pero decidió seguir caminando con firmeza e incluso cuando la tierra se transformó en hojas brillantes de papel amarillo, no aminoró el paso.

De pronto, las hojas amarillas empezaron a volar y se agachó

para recogerlas.

—Gracias, gracias. Este maldito ventilador ha hecho volar las hojas, pero sin él no se puede respirar. ¡Ah!, ¿qué has decidido por fin?

—¿Estás seguro de que el guía que mandes con nosotros no huirá?

—¿Pero cómo va a huir, especie de imbécil? Seréis más de diez, así que no veo cómo va a poder escapar de vosotros.

—¿Y hasta dónde nos llevará?

—Hasta el camino de Yahra, detrás de Mitla. Allí estaréis en Kuwait.

—¿Tendremos que caminar mucho?

—Unas seis o siete horas.

Después de andar cuatro horas, llegó a la carretera detrás de H4. El sol se había ocultado tras las colinas, pero la cabeza le seguía ardiendo hasta tener la sensación de que le manaba sangre de la frente. Se sentó en una piedra y miró a lo lejos la carretera que se extendía como una raya recta y oscura. En su cabeza aturdida latían miles de ruidos confusos. Pensó que divisar en el extremo de la carretera un camión rojo sería algo absurdo, mera ilusión. Se puso en pie y volvió a escudriñar el camino. No conseguía ver con claridad. ¿Era la luz del crepúsculo o el sudor que le velaba los ojos? La cabeza le zumbaba como un enjambre de abejas. En un arranque, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Abdulá, ¡maldito sea tu padre!, ¡maldita sea tu raza!

—¿Qué dices?

—¿Yo? Nada, nada. ¿Para cuándo es el viaje?

—Cuando seáis diez, ¿sabes? No podemos mandar un guía por cada uno. Así es que hay que esperar a que seáis diez. ¿Me das el dinero ahora mismo?

Apretaba con fuerza el dinero que tenía en el bolsillo mientras pensaba: «Podré devolverlo en menos de un mes. En Kuwait se hace dinero en un abrir y cerrar de ojos».

—No te hagas demasiadas ilusiones. Antes que tú se fueron cientos que volvieron sin un céntimo. Pero no importa, te daré los cincuenta dinares que me pediste. Quiero que sepas que eso representa el trabajo de toda una vida…

—Entonces, ¿por qué me los das si estás seguro de que no te los voy a devolver?

—Sabes muy bien por qué, ¿no? Quiero que empieces a abrirte camino aunque sea en el infierno para que después puedas casarte con Nada. No puedo pensar que mi pobre hija tenga que seguir esperándote por más tiempo. ¿Comprendes?

Sintió que la humillación le ponía un nudo en la garganta. Hubiera deseado arrojarle a la cara con violencia y desprecio los cincuenta dinares. ¡Casarlo con Nada! Pero ¿quién le había dicho que quería casarse con ella? Solo porque habían nacido los dos el mismo día y sus padres habían leído juntos *Al-Fatiha*. **[7]** Para su tío aquello era el destino. Ya había rechazado cientos de pretendientes a la mano de su hija pues le decía que estaba prometida. ¡Qué diablos!, ¿quién le había dicho que quería casarse con ella? ¿Quién le había dicho que tuviera intenciones de casarse alguna vez? Y, ahora, se lo recordaba de nuevo. Quería comprarlo para su hija, como el que compra un saco de estiércol para el campo. Inmóvil en su sitio, apretaba el dinero en el bolsillo, lo palpaba, lo sentía suave, caliente, como si tuviera allí las llaves de su destino. Si se dejaba llevar por la ira que lo dominaba y devolvía el dinero a su tío, ¿cómo iba a arreglárselas para volver a encontrar esa cantidad?

Intentó apaciguar su cólera y apretó los dientes con fuerza. La mano, en el bolsillo del pantalón, agarraba el dinero. Al cabo de un momento, logró reponerse:

—No, nada de eso. Te daré el dinero cuando todo esté listo para el viaje. Pasaré a verte todos los días… Vivo en una fonda muy cerca de aquí.

El hombre gordo esbozó una sonrisa y después estalló en una estrepitosa carcajada.

—Será mejor que no pierdas el tiempo, hijo mío. Todos los pasadores cobran lo mismo. En eso estamos de acuerdo, así que no te canses. De todas maneras, puedes quedarte con el dinero hasta que el viaje esté listo. Eres libre…, ¿cómo se llama el hotel donde te hospedas?

—Hotel El Chott.

—¡Ah!, el hotel de las ratas.

Una rata saltó en la carretera. Sus ojitos brillaban a la luz de los faros. La joven rubia le dijo a su marido, que conducía absorto:

—¡Un zorro!, ¿has visto?

El marido, un extranjero, rio:

—¡Ah, qué mujeres estas! Hasta de las ratas hacéis zorros.

Lo recogieron en el momento en que el sol acababa de ponerse.

Tiritaba de frío. Les había hecho una señal con la mano y el hombre detuvo el automóvil. Pegó la cara a la ventanilla y la mujer, asustada, tuvo miedo de él. Intentó recordar el inglés que había aprendido:

—Mi amigo tuvo que volver a H4 con el coche y me ha dejado…

El hombre no lo dejó continuar:

—¡Vamos, no mientas! Eres un clandestino. A mí tanto me da. Sube, te llevaré hasta Baquba.

El asiento de atrás era cómodo. La mujer le dio una manta para que se cubriera, pero seguía tiritando. No sabía si de frío, de miedo o de fatiga.

El hombre preguntó:

—¿Has caminado mucho?

—No sé. Quizá cuatro horas.

—El guía te dejó plantado, ¿no? Siempre hacen igual.

La mujer se volvió hacia atrás y preguntó:

—¿Por qué huis todos de aquí?

Respondió el hombre:

—Es una larga historia. Dime, ¿sabes conducir?

—Sí.

—Podrás conducir en mi lugar cuando hayas descansado algo. Puedo ayudarte a cruzar la frontera iraquí. Llegaremos allí a las dos de la mañana… a esa hora todos duermen.

Se sentía aturdido, incapaz de fijar la atención en un solo objeto. Perdido en aquel aluvión de preguntas, no sabía ya ni por dónde empezar.

Intentó dormir un poco, aunque solo fuera media hora.

—¿De dónde eres?

—De Palestina, de Ramlah.

—¡Ah!, Ramlah está lejos de aquí… Hace dos semanas estuve en Saida. ¿Lo conoces? Me detuve delante de las alambradas. Un muchachito se me acercó y me dijo en inglés que su casa quedaba del otro lado de las líneas, detrás de las alambradas.

—¿Eres funcionario?

—¿Funcionario? ¡Por Dios! Ni el mismísimo diablo en persona se metería a eso. No, amigo mío, soy turista.

—Mira, mira, otro zorro. ¿No viste cómo le relucían los ojos?

—No, querida, es una rata. ¿Por qué te empeñas en que sea un

zorro?

—¿Oíste lo que pasó hace poco cerca de Saida?

—No, ¿qué pasó?

—¡Ni el mismísimo diablo sabe lo que pasó! ¿Te vas a quedar en Bagdad?

—No.

—¡Uf! Este desierto está plagado de ratas. ¿Qué comerán?

El marido respondió con calma:

—Otras ratas más pequeñas.

La muchacha exclamó:

—¿De verdad? ¡Qué cosa más horrible! Las ratas son animales repugnantes.

El hombre gordo de Basora:

—Las ratas son repugnantes. ¿Cómo puedes dormir en ese hotel?

—Es barato.

El hombre gordo se puso en pie y se le acercó, posándole el brazo en el hombro:

—Pareces cansado, muchacho. ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

—¿Yo?, nada de eso.

—Si estuvieras enfermo, avísame. Puedo ayudarte. Tengo muchos amigos médicos, y no te preocupes que no te cobrarán nada.

—Gracias, estoy un poco cansado, eso es todo. ¿Tendremos que esperar mucho para el viaje?

—No. Gracias a Dios sois muchos. Dentro de dos días estarás en camino.

Asad se volvió y se dirigió hacia la puerta. Todavía no había cruzado el umbral cuando a su espalda oyó al hombre gordo que soltaba una carcajada:

—¡Pero ten cuidado que las ratas no te coman antes!

MARUÁN

Salió Maruán de la tienda del hombre gordo que hacía pasar clandestinamente desde Basora a Kuwait y se encontró en la calle abovedada, llena de gente, de donde emanaba un olor a dátil y a cestos de mimbre. No sabía adónde ir. En la tienda se había desvanecido el último rayo de aquella esperanza que acariciaba desde hacía tiempo. Todo se había derrumbado allí dentro. Las palabras del hombre gordo, las últimas que había pronunciado, eran tajantes, definitivas, como ráfagas de plomo.

—Quince dinares, ¿o es que no me oyes?

—Pero…

—No, te lo ruego, ¿eh?, no empieces a lloriquear. Todos venís aquí y después os ponéis a gimotear como las viudas. Hermano, querido mío, nadie os obliga a venir. ¿Por qué no vas y preguntas a otro? Basora está repleta de pasadores.

Bueno, iría y preguntaría a otro, pero Hasán, que trabajaba en Kuwait desde hacía cuatro años, le había dicho que pasar de Basora a Kuwait solo costaba cinco dinares por persona y ni un céntimo más. También le había dicho que cuando tratara con el pasador se mostrara más hombre y más decidido para que no lo engañara al verlo tan joven.

—Me dijeron que el precio era cinco dinares por persona.

—¿Cinco dinares? ¡Ja, ja, ja, eso sería antes de Adán y Eva! Hijo mío, vuélvete, da tres pasos y te encontrarás en la calle, si no quieres que sea yo quien te ponga en ella.

Todo cuanto le quedaba en el bolsillo no pasaba de siete dinares. Poco antes pensaba que era rico; en cambio, ahora… ¿Lo tomaba por un niño? Se armó de todo su valor e intentó adoptar un tono resuelto:

—Si aceptas siete dinares puedes darte por contento, si no…

—Si no, ¿qué?

—Si no, te denunciaré a la Policía.

El hombre gordo se puso de pie y después de dar la vuelta alrededor de la mesa, se plantó ante él, resollando y empapado en sudor. Lo observó un instante, lo midió de pies a cabeza con la mirada, y luego alzó su pesada mano en el aire:

—¿Conque quieres denunciarme a la Policía, eh?, hijo de p…

Descargó la pesada mano en la mejilla de Maruán perdiéndose la última palabra en un zumbido infernal que le traspasaba los oídos. Por un instante no pudo conservar el equilibrio y retrocedió dos pasos mientras llegaba hasta él la voz del hombre gordo, ronca de ira:

—Lárgate y dile a la Policía que te pegué. ¡Denunciarme a la Policía…!

Permaneció en el mismo sitio un breve instante, sin moverse, lo suficiente para darse cuenta de lo vano que sería cualquier intento de recuperar su dignidad. Más bien sintió hasta los tuétanos que había cometido un error imperdonable. Se resignó a tragarse la humillación mientras la marca de los dedos le abrasaba la mejilla izquierda.

—¿Qué esperas ahí mirando?

Dio media vuelta y salió a la calle. Hasta él llegaba de pleno el olor a dátil y a cestos de mimbre. ¿Qué iba a hacer ahora? Nunca había querido hacerse esa pregunta a sí mismo. Sin saber por qué, sentía una especie de satisfacción. ¿De dónde le vendría aquella sensación? Le hubiera gustado adivinar la causa. Era un sentimiento de euforia y de felicidad que no lograba separar de todos los sinsabores que se acumulaban en su pecho desde hacía media hora. Cuando fallaron todos sus intentos, se apoyó en la pared y vio cómo la gente pasaba ante él sin volverse para mirarlo. Quizá fuera la primera vez que le sucedía una cosa así, encontrarse solo y extraño entre una muchedumbre como aquella.

Pero ¿y aquel sentimiento difuso de gozo y de felicidad? Era la misma sensación que lo embargaba cuando, al terminar de ver una película sentía que la vida era grande e inmensa y que, como en el cine, llegaría a ser en el futuro de los que la viven a plenitud y gozan de toda la diversidad de cada hora, de cada instante. Pero ¿por qué ahora esa sensación cuando desde hacía tiempo no veía

ninguna película y además la chispa de esperanza que ardía en su corazón se había apagado hacía unos instantes en la tienda del hombre gordo? Nada, era inútil. Entre la decepción sufrida y el sentimiento de felicidad que invadía todo su ser, parecía alzarse un espeso velo que le impedía intuir lo que, sumido en el inconsciente, era la razón profunda de aquel sentimiento.

Decidió no estrujarse más el cerebro y seguir su camino. Se retiró de la pared y echó a andar entre la multitud, cuando sintió una mano que le daba una palmada en el hombro.

—No te pongas así que no es para tanto. ¿Adónde vas ahora?

Un hombre alto había empezado a caminar a su lado con familiaridad. Al mirarlo, le pareció que ya lo había visto antes, en algún lugar. A pesar de ello, se alejó de él unos pasos y fijó en el desconocido una mirada interrogadora.

—Es un ladrón conocido, ¿quién te mandó a él?

Después de titubear un poco, respondió:

—Todos vienen a él…

El hombre se le acercó y pasó su brazo a través del de Maruán como si lo conociera desde hacía tiempo.

—¿Quieres ir a Kuwait?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estaba de pie junto a la puerta de aquella tienda y te vi entrar y después salir. ¿Cómo te llamas?

—Maruán, ¿y tú?

—Me llaman Abuljaizarán. **[8]**

Por primera vez desde que lo había visto, observó que su aspecto recordaba, en efecto, al de un junco. Era un hombre muy alto y esbelto, al tiempo que su cuello y sus manos daban una impresión de fuerza y robustez. Parecía como si, por alguna extraña razón, tuviera la facultad de plegarse en dos sin que por ello la columna vertebral ni los demás huesos se resistieran lo más mínimo.

—Bien, ¿qué quieres de mí?

Abuljaizarán fingió ignorar la pregunta:

—¿Por qué quieres ir a Kuwait?

—Quiero trabajar. Ya sabes cómo andan las cosas por aquí… Hace meses y meses que yo…

Se calló bruscamente y se detuvo. Ahora, solo entonces, acababa de descubrir la razón de aquel sentimiento de alegría y de gozo que

no había podido adivinar minutos antes. De pronto se abría ante sus ojos, o más bien se desplomaba por encanto, el muro de tinieblas que se interponía entre sus sentidos y su razón. Ahora lo veía todo con claridad. Era plenamente consciente, lúcido como nunca. Lo primero que había hecho por la mañana bien temprano había sido escribir una larga carta a su madre. Ahora se sentía aún más feliz porque aquella carta la había escrito antes de que fracasaran todas sus esperanzas en la tienda del hombre gordo y perdiera la alegría diáfana que había vertido en ella.

Vivir algunas horas con su madre había sido algo maravilloso. Aquella mañana se había levantado muy temprano. El criado había subido la cama a la azotea del hotel ya que con una canícula y una humedad así era imposible dormir en la habitación. Nada más salir el sol, abrió los ojos. El aire era tranquilo y delicioso y en el cielo azul revoloteaban palomas negras. Su aleteo se oía cada vez que describían un amplio círculo y rozaban con sus alas el piso de la azotea. Era el silencio denso y profundo y el aire exhalaba un olor a humedad temprana y límpida. Tendido boca arriba, extendió la mano hacia la pequeña maleta que había metido debajo de la cama, sacó un cuaderno y un lápiz y se puso a escribir una carta a su madre. Era lo mejor que había hecho desde hacía meses. Desde luego, nadie lo obligaba a ello, pero lo ansiaba con todas sus fuerzas. Su ánimo era puro y la carta era tan diáfana como el cielo en lo alto. No sabía cómo se había atrevido a tratar a su padre de perro miserable. Pero no, no había querido tachar aquellas palabras; no quería tachar nada en toda la carta. No solo porque su madre consideraba de mal agüero las palabras tachadas, sino porque tampoco él quería cambiar nada de cuanto había escrito.

A decir verdad, no detestaba a su padre tanto como eso. Sí, se había portado de manera repugnante, pero ¿quién en su vida está libre de pecado? No es que no pudiera comprender su situación ni fuera capaz de perdonarlo, pero ¿podía él perdonarse a sí mismo ese crimen? «Te dejó con cuatro hijos… Te repudió sin ningún motivo para después casarse con esa mujer deforme. Cuando se dé cuenta un día de lo que hizo, no se lo perdonará a sí mismo. Yo no quiero odiar a nadie y, aunque quisiera, no podría, pero ¿por qué hizo eso contigo? Ya sé que a ti no te gusta hablar de ello con ninguno de nosotros, lo sé, pero ¿por qué crees que lo hizo? Todo

ha pasado ya, se fue, y no tenemos esperanza de que vuelva con nosotros. Pero ¿por qué hizo eso? Dime, ¿por qué? Yo te lo diré. Desde que dejamos de tener noticias de mi hermano Zacarías, todo cambió. Zacarías nos enviaba todos los meses desde Kuwait unas doscientas rupias y con eso a mi padre le bastaba para tener algo de esa estabilidad con la que soñaba… pero cuando no hubo más noticias de Zacarías —esperamos que sea para bien—, ¿qué crees tú que pensó él? Se dijo a sí mismo, o más bien nos dijo a todos nosotros, que la vida era algo curioso y extraño y que un hombre, cuando llega a viejo, es normal que quiera tener cierta estabilidad y no verse obligado a dar de comer a media docena de bocas. ¿No fue eso lo que dijo? Zacarías se fue, no hubo más noticias suyas. ¿Quién daría de comer a esas bocas? ¿Quién pagaría los estudios de Maruán? ¿Quién compraría vestidos a May, y pan a Riad, a Salma y a Hasán? ¿Quién?

»Era un pobre diablo. Tú lo sabes. Toda su ambición, toda, no era más que irse de la casa de adobe que ocupaba en el campo desde hacía diez años y vivir "bajo un techo de cemento", como decía él. Luego, Zacarías se fue. Todas sus esperanzas se derrumbaron, sus sueños se desvanecieron, sus ambiciones se esfumaron. ¿Qué crees tú que iba a hacer entonces?

»Su viejo amigo, el padre de Xafica, le propuso que se casara con su hija: le dijo que era dueña de una casa de tres habitaciones, comprada con el dinero que una organización benéfica había recaudado para ella. El padre de Xafica solo quería una cosa: quitarse de encima a su hija, buscarle un marido que cargara con ella. Xafica había perdido la pierna derecha en el bombardeo de Jafa y el padre, con un pie en la sepultura, quería bajar a ella tranquilo con el porvenir de su hija, a la que todos rechazaban a causa de su pierna, amputada desde la cadera. Mi padre meditó el asunto y se dijo que si alquilaba dos habitaciones y ocupaba con su mujer impedida la tercera, entonces viviría lo que le quedaba de vida tranquilo, sin pasar necesidades y, lo que era más importante aún, "bajo un techo de cemento"».

—¿Quieres quedarte ahí parado hasta la eternidad?

Meneó la cabeza y echó a andar. Abuljaizarán lo miraba con el rabillo del ojo y esbozaba una sonrisa que a Maruán se le antojó algo irónica.

—Estás muy pensativo, ¿qué te pasa? No hay que pensar tanto, Maruán. Eres joven y la vida es larga.

Maruán se detuvo de nuevo, levantó la cabeza y lo miró de frente:

—Bueno, ahora dime de una vez qué es lo que quieres de mí.

Abuljaizarán siguió caminando como si tal cosa.

—Puedo pasarte a Kuwait.

—¿Cómo?

—Eso es asunto mío. Quieres ir a Kuwait, ¿no es eso? Pues aquí tienes al hombre que puede llevarte allí. ¿Qué más quieres?

—¿Cuánto me cobrarás?

—Eso no importa, es lo de menos.

—Sí que importa.

Rio Abuljaizarán con una amplia sonrisa y sus labios se entreabrieron dejando ver una hilera de dientes grandes y blancos.

—Te explicaré el asunto con toda franqueza. Yo, de todas maneras, tengo que ir a Kuwait y entonces me dije a mí mismo: ¿qué hay de malo en que te ganes un dinerillo si llevas a alguno de los que quieren pasar allí? ¿Cuánto puedes pagar?

—Cinco dinares.

—¿Solo eso?

—No tengo más.

—Está bien, acepto.

Caminaba a grandes pasos con las manos hundidas en los bolsillos, mientras Maruán seguía detrás de él, trotando, para no perderlo entre la multitud. De pronto se detuvo bruscamente y puso un dedo cruzado sobre los labios:

—Pero de esto, ¡chitón!, ni una palabra a nadie. Quiero decir que si le pido a otro diez dinares, no le vayas a decir que tú me diste solo cinco.

—Pero ¿cómo quieres que confíe en ti?

Reflexionó Abuljaizarán un instante y después, con una amplia sonrisa, contestó:

—Tienes razón. Me darás el dinero en la plaza de Assafat en Kuwait, en el centro de la capital, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Pero necesitamos más viajeros y tienes que ayudarme a encontrarlos. Te pongo eso como condición.

—Conozco uno que se hospeda en la misma fonda que yo y que también quiere pasar a Kuwait.

—Estupendo. Yo conozco a otro. Es de tu misma aldea en Palestina. Lo encontré por casualidad hace unos días. Pero no te he preguntado, ¿qué vas a hacer en Kuwait? ¿Conoces a alguien allí?

Se detuvo otra vez hasta que, tirándole del brazo, Abuljaizarán lo obligó a seguirlo de nuevo al trote.

—Mi hermano trabaja allí.

Sin dejar de caminar a paso ligero, alzó los hombros y hundió el cuello de pronto, como si su cuerpo se hubiera plegado igual que un acordeón.

—Y si tu hermano trabaja allí, ¿por qué quieres trabajar tú? Los de tu edad aún van a la escuela.

—Iba a la escuela hasta hace dos meses, pero ahora quiero trabajar para mantener a mi familia.

Abuljaizarán se detuvo, sacó las manos de los bolsillos, se las puso en las caderas y lo miró mientras reía:

—¡Ah!, ya veo. Tu hermano no volvió a enviaros dinero, ¿no es eso?

Maruán hizo un gesto vago con la cabeza y, sin responder, siguió caminando hasta que Abuljaizarán lo retuvo por el brazo:

—¿Por qué? ¿Se casó?

Maruán lo miró atónito. Luego murmuró:

—¿Cómo lo sabes?

—¡Ah!, para eso no se necesita mucho caletre. Nada más que se casan, o tan pronto como se enamoran, todos dejan de mandar dinero a la familia.

Maruán se sintió ligeramente decepcionado. No tanto por la sorpresa que le habían causado las palabras de Abuljaizarán, como por haber descubierto que aquel gran secreto, que con tanto celo guardaba para sí y que solo él creía conocer, era del dominio público, cosa sabida. Él, que se lo había ocultado a sus padres durante meses y meses… y ahora, de pronto, venía Abuljaizarán y le hablaba de ello como de algo archiconocido.

—Pero ¿por qué hacen eso? ¿Por qué hacerlo a escondidas?

Se calló sin saber muy bien cómo continuar. Abuljaizarán estalló en carcajadas.

—Me alegro de que vayas a Kuwait. Allí aprenderás muchas

cosas. Primero, que el dinero es lo principal; segundo, que la moral viene después.

Al llegar a este punto, Abuljaizarán se despidió de él y le dio cita para después del mediodía. Sintió Maruán que se desvanecía de nuevo aquel sentimiento de felicidad que lo invadía desde la mañana. ¿No era absurdo que la carta que había escrito a su madre pudiera ser la causa de aquella euforia que hasta le había hecho olvidar en parte sus desgracias? Era una carta estúpida que había escrito bajo los efectos de la soledad y la esperanza, en la azotea de un hotelucho miserable perdido en el último rincón del mundo. ¿Qué había de nuevo en lo que contaba? ¿Pensaba acaso que su madre no lo sabía todo ya? Entonces, ¿qué es lo que pretendía? ¿Quería acaso convencerla de que si su marido la había abandonado a ella y a sus hijos era, después de todo, algo natural y hasta bueno? Y si no, ¿a qué venía todo ese parloteo? Quería a su padre con toda su alma. Lo que sentía por él nada ni nadie lo podría destruir nunca. Pero eso no cambiaba en nada la triste realidad. Y la realidad era que su padre se había ido. Se había ido… Se había ido… Lo mismo que Zacarías, que después de casarse le había escrito una breve carta diciéndole que ahora le había llegado su turno a él, a Maruán, y que ya era hora de que dejara la escuela estúpida donde no se aprendía nada y se «tirara al agua» como los demás. Toda su vida había sido el extremo opuesto de Zacarías. En realidad, se detestaban el uno al otro. Zacarías no comprendía por qué iba a tener que pasarse diez años enviando dinero a la familia, mientras Maruán seguía yendo a la escuela como un niño. Y además, ¡quería hacerse médico nada menos! Un día se lo había dicho a su madre: Zacarías nunca comprenderá lo que significa tener estudios, como que no había vuelto a pisar la escuela desde que se fue de Palestina para luego «tirarse al agua», según le gustaba decir. Y encima, ahora iba y se casaba a la chita callando sin decir ni una palabra a nadie excepto a él, como si quisiera ponerlo frente a su conciencia. Pero él, Maruán, ¿acaso tenía la posibilidad de elegir? ¿Qué podía hacer sino dejar la escuela y ponerse a trabajar, tirarse al agua de una vez y para siempre? Bueno, después de todo, ¡qué más daba! Dentro de poco estaría en Kuwait. Si Zacarías lo ayudaba, tanto mejor, si no, ya se las arreglaría para abrirse camino como los demás. Hasta el último céntimo que ganara se lo enviaría a su

madre. La colmaría de bienes a ella y a sus hermanos. Haría de la casucha de adobe un paraíso para que su padre se mordiera los dedos de arrepentimiento. Por más que quisiera, después de todo, no detestaba a su padre hasta ese punto… porque la verdad era que él tampoco había dejado nunca de quererlos a todos ellos. La prueba la tuvo cuando fue a decirle adiós sin que su madre se enterara de que iba a casa de Xafica porque sino, se habría vuelto loca. Su padre le había dicho entonces:

—Sabes muy bien, Maruán, que yo no tuve arte ni parte en lo que pasó, fue el destino, así estaba escrito desde que existe el mundo.

—Le dijimos a tu madre que vinieras a vivir aquí, con nosotros, pero no aceptó. ¿Qué más podíamos hacer?, —le había dicho Xafica.

Estaba sentada encima de una piel de cabra, con la muleta al lado. De pronto, le había pasado por la cabeza: ¿dónde le terminará el muslo? Era hermosa de cara, pero de rasgos acusados como los de esos enfermos a los que no hay esperanza de curar nunca. Con el labio inferior curvado, parecía como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—Ten —le había dicho su padre—, toma estos diez dinares. Te servirán. Y no dejes de escribirnos.

Por fin se levantó para irse. Xafica le había abierto los brazos en señal de despedida y le deseó buena suerte con voz plañidera. Todavía no había cruzado la puerta cuando oyó que estallaba en sollozos.

—Que Dios te dé buena suerte, Maruán, mi leoncillo.

Su padre intentaba sonreír mientras le daba palmaditas amistosas en la espalda. Entretanto, Xafica había conseguido ponerse en pie con ayuda de la muleta. Había dejado de sollozar.

La puerta se cerró tras él. Durante algunos instantes todavía llegaba a su oído el golpeteo monótono de la muleta sobre las baldosas. Después, al doblar la esquina, el sonido fue apagándose poco a poco en la lejanía hasta que cesó.

EL ACUERDO

Maruán y su compañero Asad llegaron con algo de retraso a la cita con Abuljaizarán, que los esperaba ya con Abu Qais en la acera de la avenida paralela al Chott. Los dos estaban sentados en un gran banco de cemento.

—Ya está reunida toda la banda, ¿no es así?, —exclamó Abuljaizarán mientras con una mano daba palmadas a Maruán en el hombro y tendía la otra para saludar a Asad.

—Así que este es tu amigo. ¿Cómo se llama?

Maruán contestó lacónico.

—Asad.

—Dejadme ahora que os presente a mi viejo amigo Abu Qais. Ya está completa la banda. No estaría de más que hubiera otro… pero bueno, así basta, tampoco está mal.

—Por lo que parece eres palestino —dijo Asad—. ¿Eres tú el que nos va a pasar a Kuwait?

—Sí, yo.

—¿Cómo?

—Eso es asunto mío.

Rio Asad con ironía y después, en un tono cortante, mientras arrastraba lentamente las palabras:

—No, señor, es asunto nuestro. Tienes que explicarnos todos los detalles. No queremos disgustos desde el principio.

Abuljaizarán contestó, tajante:

—Os explicaré todo después que lleguemos a un acuerdo, pero no antes…

Asad replicó:

—No es posible que nos pongamos de acuerdo hasta que no sepamos todo de cabo a rabo. ¿Qué pensáis vosotros, amigos?

Ninguno de los dos respondió y Asad insistió:

—¿Qué piensa el tío Abu Qais?

—Lo que vosotros penséis.

—¿Qué piensas tú, Maruán?

—Yo, lo que vosotros digáis.

Asad dijo entonces con tono resuelto:

—Bien, no perdamos tiempo. Me parece que el tío Abu Qais no es muy ducho en estas lides, y para Maruán, es su primera experiencia. Yo soy perro viejo en estas artes. ¿Estáis de acuerdo en que hable en nombre de todos?

Abu Qais hizo un gesto con la mano en señal de asentimiento y Maruán movió la cabeza con un gesto afirmativo. Asad se volvió entonces hacia Abuljaizarán:

—¿Ves? Lo dejan todo en mis manos. Quiero decirte algo: todos somos del mismo país. Nosotros queremos ganar algún dinero y tú también. Muy bien. Pero las cosas tienen que ser como es debido, con todas las de la ley. Así que vas a explicarnos con todo detalle y a decirnos exactamente cuánto nos cobrarás. Y, por supuesto, el dinero te lo daremos cuando hayamos llegado, no antes.

Abu Qais:

—El amigo Asad tiene razón. Tenemos que enterarnos de todo. Como dice el refrán: lo que empieza con condición termina con satisfacción.

Abuljaizarán sacó las manos de los bolsillos y después de posarlas en las caderas, paseó con lentitud una mirada glacial por todos los rostros hasta detenerse en Asad.

—En primer lugar, son diez dinares cada uno. ¿De acuerdo?

Abu Qais respondió:

—De acuerdo.

Asad lo cortó en seco:

—Hazme el favor… me has encargado este asunto, así que déjame hablar. Diez dinares es mucho. Un pasador profesional cobra quince y…

Abuljaizarán lo interrumpió:

—Veo que ya ni antes de empezar estamos de acuerdo. Eso era lo que yo temía. Diez dinares y ni un céntimo menos. Adiós.

Dio media vuelta como para irse, pero apenas había dado dos pasos cuando Abu Qais lo retuvo gritando:

—¿Por qué te enfadas? No hacíamos más que discutir el asunto.

El buen entendimiento, hermano, necesita paciencia.

—Bueno, te daremos diez dinares. Pero ¿cómo vas a llevarnos?

—¡Ah!, por fin, vamos al grano. Veamos.

Abuljaizarán se sentó en el banco de cemento mientras los otros tres permanecían de pie en torno suyo. Ayudado por sus largas manos, se extendió en explicaciones:

—Tengo un camión con el que puedo pasar legalmente la frontera. ¡Ah!, tengo que deciros que el camión no es mío. Soy un hombre pobre, más que vosotros. Todo lo que tengo que ver con ese camión es que soy el chófer. El dueño es un hombre muy rico y famoso. Por eso, no lo detendrán mucho tiempo en la frontera ni lo registrarán. Como os decía, el dueño del camión es persona conocida y respetada, el camión es conocido y respetado, como el chófer, claro.

Era Abuljaizarán un conductor hábil. Antes de 1948 había servido cinco años en el ejército británico en Palestina, y cuando dejó el ejército para unirse a un grupo de combatientes, tenía fama de ser el mejor conductor de camiones que pudiera encontrarse. Por ello, se recurrió a él, en Taira, para conducir un viejo vehículo blindado del que se habían apoderado los hombres de la aldea después de un ataque de los judíos. Aunque no era experto en conducir blindados, no quería decepcionar a todos los que observaban desde ambos lados de la carretera. De modo que se deslizó a través de la escotilla y el motor no tardó en empezar a zumbar. El blindado avanzó un poco por la rampa de arena hasta pararse en seco. Todos los intentos de Abuljaizarán para volver a ponerlo en marcha resultaron vanos. Grande fue la decepción de todos los hombres y la suya aún mayor. Su experiencia en el mundo de la mecánica se había enriquecido, de todos modos, con una más, y hay que decir que ello le había servido de mucho cuando entró a formar parte del equipo de chóferes del hach **[9]** Rida en Kuwait.

Un día logró conducir un camión cisterna durante más de seis horas por un camino lleno de sal y de barro sin atascarse, como les sucedió a los demás de la caravana. El hach Rida había salido con algunos de sus hombres a pasar varios días en el desierto, cazando. Pero la primavera era engañosa y, como al regresar el camino parecía blanco y firme, los chóferes se lanzaron por él sin la menor

cautela. Y he aquí que todos los automóviles, tanto los grandes como los pequeños, se estancaron en el barro uno tras otro. Abuljaizarán, que conducía su camión detrás de los demás, prosiguió su camino con destreza, sin el menor tropiezo. Cuando llegó a donde estaba el automóvil del hach Rida, uno gris hundido tres cuartas partes en el barro, se detuvo, salió del camión y se acercó al mismo.

—¿Qué le parecía montar en mi camión? Para sacar del barro esos automóviles se necesitan más de cuatro horas y en ese tiempo podrá usted estar de vuelta en su casa.

—¡Buena idea! Prefiero tener que soportar el ruido del motor de tu camión antes que quedarme aquí esperando cuatro horas.

Durante seis horas condujo Abuljaizarán su camión por aquel terreno engañoso que, por estar recubierto por una capa muy fina de sal, daba la impresión de ser blanco y firme. Durante todo el trayecto, Abuljaizarán daba al volante pequeños movimientos leves y rápidos, ora a la derecha ora a la izquierda, de forma que las dos ruedas delanteras abrían un camino un poco más ancho del necesario.

El hach Rida, satisfecho con la habilidad de Abuljaizarán, habló de ello a todos sus amigos durante meses. Pero todavía fue mayor su satisfacción cuando supo que Abuljaizarán había rechazado las numerosas ofertas que había recibido para trabajar con otra gente tan pronto como empezaron a correr las noticias sobre su destreza. Lo llamó a su presencia y, después de felicitarlo, le aumentó algo el sueldo. Pero lo más importante era que el hach Rida imponía como condición que Abuljaizarán lo acompañara a todas las cacerías o a cualquier otro viaje que hiciera.

La semana anterior había salido con una caravana de automóviles a una cacería organizada especialmente para los invitados que recibía en su casa. Abuljaizarán tenía el encargo de conducir el camión cisterna y acompañar a la caravana durante toda la cacería para suministrar agua a los participantes en la expedición, la cual duraría más de dos días. Pero la caravana se había adentrado tanto en el desierto que, al regreso, el hach Rida había preferido seguir otro camino que llevaba a Al-Zubair, desde donde podía tomar la carretera principal hasta Kuwait. Abuljaizarán podría haber estado en aquel momento en Kuwait con el resto de la

caravana si no hubiera sido porque su camión había tenido una pequeña avería que lo obligó a permanecer dos días más en Basora para repararla. Después alcanzaría a los que le habían precedido.

—¿Así que lo que quieres es aprovechar el viaje de regreso para llevarnos en la cisterna del camión?

—Exacto. Me dije a mí mismo: ¿por qué no aprovechas esta ocasión y te ganas un dinero ya que estás aquí y que el camión no lo registran?

Maruán miró a Abu Qais y después a Asad, quienes le devolvieron la mirada con un gesto de interrogación.

—Escucha, Abuljaizarán, este juego no me gusta. ¿Cómo se te puede ocurrir semejante cosa? Con un calor como el que hace, ¿quién se va a sentar en una cisterna cerrada?

—No dramaticemos las cosas. No sería esta la primera vez… ¿Sabes lo que pasará?, pues que bajaréis a la cisterna cincuenta metros antes del puesto fronterizo en Safuán. Allí me detendré menos de cinco minutos, y cincuenta metros después volveréis a salir arriba. Luego, justo antes de la frontera, repetiremos la función otros cinco minutos, y ¡completo!, os encontraréis en Kuwait.

Asad bajó la cabeza y fijó la mirada en el suelo por unos instantes mientras se mordía el labio inferior. Maruán se puso a jugar con una frágil caña, y Abu Qais miraba con insistencia a Abuljaizarán. Maruán rompió el silencio:

—¿Y habrá agua en la cisterna?

Estalló Abuljaizarán en una carcajada y Asad no pudo menos que sonreír ante la pregunta.

—Por supuesto que no. ¿Qué es lo que te crees? Soy pasador, no profesor de natación.

Y como si la idea le hubiera gustado, rio con estridencia, mientras se daba golpes en los muslos y giraba sobre sus talones.

—¿Conque crees que soy profesor de natación, eh? No, muchacho, la cisterna hace seis meses que no ve el agua.

Asad contestó con calma:

—Creía que habías transportado agua hace solo una semana para esa cacería…

—¡Uf!, ya sabes lo que quería decir…

—No, no lo sé.

—Quería decir hace diez meses. La gente a veces exagera. Y

ahora, ¿qué?, ¿llegamos a un acuerdo? Terminemos de una vez esta reunión que si nos oyen puede ser peligroso.

Abu Qais se preparaba para decir la ultima palabra, pero antes de abrir la boca su mirada recorrió los rostros de los demás, y se detuvo en Asad como esperando ayuda de él. Después se acercó a Abuljaizarán:

—Escucha, Abuljaizarán, soy un pobre diablo que no entiende nada de todos estos líos… pero esa historia de la cacería no me gusta. Nos dijiste que habías llevado agua para el hach Rida y ahora nos vienes con que la cisterna del camión no ha olido el agua desde hace seis meses. Te diré con franqueza, y espero que no te ofendas, que hasta dudo que tengas un camión.

Se volvió hacia los demás y prosiguió con voz afligida:

—Prefiero pagar quince dinares y atravesar el desierto con un pasador. No quiero más problemas.

Abuljaizarán volvió a reír, elevó el tono de voz, y dijo:

—Anda, ve y haz la prueba. ¿Crees que no conozco a esos pasadores? Os dejarán abandonados a mitad del camino. Se esfumarán como un terrón de azúcar en el agua y después seréis vosotros los que se derretirán bajo la canícula de agosto sin que nadie piense en vuestra suerte. Ve, ve y haz la prueba. Otros muchos lo intentaron antes que tú. ¿Por qué crees que te hacen pagar antes?

—Pues conozco a muchos que llegaron gracias a esos pasadores.

—El diez por ciento como mucho. Puedes ir y preguntarles. Todos te dirán que al final del camino llegaron sin pasador y sin guía y que, si se salvaron, fue gracias a su buena estrella.

Al escuchar aquellas palabras, Abu Qais quedó inmóvil, como petrificado, parecía por un momento que fuera casi a desplomarse. Al verlo en aquel estado, Maruán se dio cuenta, de pronto, que Abu Qais tenía un parecido asombroso con su padre. Lo contemplaba absorto, incapaz de atender a ninguna otra cosa. Al fin apartó la mirada de él. Abuljaizarán había empezado a chillar:

—Tenéis que decidiros rápido. No tengo tiempo que perder. Os lo juro por mi honor.

Asad, con voz glacial, lo atajó:

—Deja el honor a un lado, que las cosas van mejor cuando no se jura por el honor.

Abuljaizarán se volvió hacia él:

—Ahora, señor Asad, usted que es hombre inteligente y con experiencia, ¿qué opina?

—¿Qué opino sobre qué?

—Sobre el asunto.

Sonrió Asad, pero al ver que Abu Qais y Maruán esperaban oír su decisión, empezó a hablar en tono pausado y sarcástico:

—En primer lugar, permítenos que no creamos ni una sola palabra de toda esa historia de la cacería. Me parece que el hach Rida y tú trabajáis juntos en eso del contrabando. Déjame terminar. El hach Rida piensa que pasar a la gente clandestinamente en el viaje de vuelta es coser y cantar. Por eso, lo deja a tu cargo. Tú le dejas a él, a cambio, el contrabando de las cosas importantes… y una parte razonable de los beneficios. O si no, puede que el hach Rida no esté enterado de que te dedicas a pasar gente en el viaje de vuelta.

Sonrió Abuljaizarán y mostró de nuevo sus blancos dientes como si no quisiera responder a Asad. Maruán intervino de pronto:

—¿Y la historia de la cacería?

—¡Uf! Es para los del puesto fronterizo, pero Abuljaizarán no pensó que hubiese mal alguno en contárnosla.

Su sonrisa se hizo aún más amplia mientras pasaba la mirada de uno a otro sin pronunciar palabra. Por un momento pareció que fuera un tonto.

—Pero el hach Rida, ¿qué es lo que pasa de contrabando?, —preguntó Abu Qais—. Antes dijiste que era rico.

Todas las miradas se posaron en Abuljaizarán quien, de pronto, dejó de sonreír y adoptó, de nuevo, un gesto de indiferencia y de autoridad. Después, dijo tajante:

—Bueno, basta ya de dimes y diretes. Señor Asad, no debe usted creerse tan listo como pretende. ¿Qué han decidido ustedes?

—A mí lo único que me importa es llegar a Kuwait. Lo demás tanto me da. Por eso, me iré con Abuljaizarán.

Maruán exclamó con entusiasmo:

—Yo también, iré con vosotros dos.

Y Abu Qais agregó con timidez:

—Yo estoy ya viejo, pero ¿creéis que podré acompañaros?

Rio Abuljaizarán con estrépito y después pasó su brazo por el de

Abu Qais:

—Vamos, vamos, Abu Qais, ¿quién te metió eso en la cabeza? ¿Fue Um Qais? Nada de eso, tú vienes con nosotros.

Caminaron juntos unos pasos, mientras Maruán y Asad permanecían de pie cerca del banco de cemento. Abuljaizarán volvió la cabeza y les gritó por encima del hombro:

—Abu Qais dormirá en el camión conmigo. Mañana bien temprano pasaré a recogeros, tocaré la bocina delante del hotel.

EL CAMINO

Subir al techo del camión no fue demasiado difícil. Aunque arriba el sol pegaba sin piedad, con la velocidad corría un vientecito que mitigaba el calor infernal. Para la primera parte del viaje, a Abu Qais y a Maruán les había tocado ir arriba, mientras que Asad iba sentado en la cabina junto al chófer. Asad se decía para sus adentros: «Al viejo pronto le tocará sentarse aquí a la sombra. Por ahora no hay que preocuparse, el sol todavía es soportable, pero cuando sean las doce, ¡vaya si tendrá suerte de estar aquí dentro!».

Abuljaizarán le hablaba y se esforzaba porque su voz se oyera por encima del rugido del motor:

—¿Ves esos cincuenta kilómetros? Son como el camino que Dios nos ha prometido que atravesaremos en el más allá antes de ir al infierno o al cielo. El que cae, va al infierno, el que lo atraviesa, va al cielo. Solo que aquí los ángeles son los aduaneros.

Estalló en carcajadas mientras gesticulaba con las manos y la cabeza sobre el volante, como si no fuera él, sino otro, el que acabara de soltar aquella ocurrencia.

—¿Sabes? Tengo miedo de que la mercancía se nos eche a perder allá arriba.

Hizo un gesto con la cabeza señalando el techo de la cisterna donde iban sentados el viejo y Maruán. Después, estalló de nuevo en carcajadas.

—Dime, Abuljaizarán, ¿nunca te has casado?

—¿Yo?

Su voz sonaba extraña. El rostro, antes jovial, se le había ensombrecido de pronto. Para tratar de vencer su emoción, dijo con una voz que quería ser natural:

—¿Por qué me lo preguntas?

—No, por nada… Me estaba diciendo que llevas una vida

estupenda. No tienes a nadie que te retenga aquí ni allá, y puedes volar donde se te antoje; volar, volar, volar, libre como los pájaros.

Abuljaizarán levantó la cabeza y cerró a medias los párpados para protegerse de los rayos del sol que daban en el parabrisas.

La luz era intensa, cegadora, hasta el punto que no se podía ver nada. Sentía un dolor horrible, como si le clavaran un tornillo entre las nalgas. Luego terminó por darse cuenta de que estaba con las dos piernas en alto atadas a unas anillas, mientras mucha gente se afanaba a su alrededor. Cerró los ojos; después, los abrió cuanto pudo. La luz del proyector, suspendido encima de su cabeza, le cegaba la vista y le impedía ver el techo. Atado en aquella posición extraña, no conseguía recordar más que una sola cosa de cuanto le había sucedido. Corría con los demás hombres armados cuando algo como el infierno explotó ante él y lo hizo caer de bruces. Eso era todo. Pero ahora, aquel dolor atroz le atenazaba los muslos y la luz del enorme proyector suspendido encima de los ojos lo obligaba a apretar los párpados con todas sus fuerzas cuando lo que él quería era ver lo que pasaba a su alrededor… De pronto se le ocurrió una idea horrible y se puso a gritar como un loco. Sintió que una mano envuelta en un guante viscoso le tapaba la boca, sin poder recordar quién era el que le hablaba entonces, llegó hasta él una voz como si fuera a través del algodón:

—Sea usted razonable. De todos modos, esto es mejor que la muerte.

No sabía si habrían oído el alarido que se le escapó de entre los dientes mientras la mano viscosa seguía tapándole la boca o si aquel grito se había ahogado en su garganta. Pero, en todo caso, desde entonces oía sin cesar aquella voz como si fuera otro quien le gritara al oído: ¡Antes la muerte!

Ahora, habían pasado diez años desde aquel horrible drama. Diez años habían pasado desde que le habían amputado su virilidad. Día tras día, hora tras hora, vivió aquella vergüenza, se la tragó con orgullo, la analizó a fondo cada segundo de aquellos diez años pero, a pesar de ello, nunca pudo acostumbrarse, nunca la aceptó. ¡Diez años para tratar de aceptar las cosas como eran! Pero ¿qué cosas? ¿Admitir fácilmente que había perdido su virilidad por la patria? ¿Qué había ganado con ello? Perder la virilidad y perder la patria. ¡Que se vayan al diablo todos ellos!

No, ni diez años después había podido olvidar su desgracia ni hacerse a aquella idea. Ni siquiera pudo aceptarla cuando lo rajaban con el escalpelo y trataban de convencerlo de que perder la virilidad era mejor que perder la vida. ¡Dios de los infiernos! Eso es lo único que saben, nada, y después se empeñan en enseñar a todo el mundo. No, no aceptó. ¿O sería que era incapaz de aceptar? Desde el primer momento había decidido que no aceptaría. Sí, así era, había sido incapaz de ver las cosas cara a cara. Incluso, sin darse cuenta de lo que hacía, había huido del hospital antes de estar completamente curado, como si la huida pudiera arreglar las cosas. Tardó mucho tiempo antes de acostumbrarse a una vida normal. Pero ¿se había acostumbrado? Todavía no. Cada vez que alguien le preguntaba por casualidad: «¿Por qué no te casas?», sentía de nuevo aquel dolor atroz que se le clavaba entre los muslos como si siguiera echado bajo la luz cegadora del proyector, con las piernas en alto.

La luz era tan cegadora y tan intensa que los ojos le empezaron a llorar. En aquel momento, Asad extendió la mano y bajó el parasol para que le diera la sombra en la cara.

—Así está mejor, gracias. ¿Sabes que Abu Qais es un hombre con suerte?

Notó Asad que Abuljaizarán quería cambiar el tema de conversación que él había iniciado con su pregunta sobre el matrimonio y se prestó de buena gana a seguirle la corriente:

—¿Por qué?

—Si el destino hubiera querido que se fuera con uno de esos pasadores, no habría llegado a Kuwait a menos que ocurriera un milagro. Ni más ni menos, ni menos ni más.

Abuljaizarán había cruzado los brazos sobre el volante y apoyado el pecho encima.

—Tú no sabes lo que pasa allí… Ninguno de vosotros tiene la menor idea. Preguntadme a mí, preguntadme. Conozco montones de historias, tantas como pelos tiene un gato.

—El hombre gordo parecía buena persona. Yo me había decidido por él.

Abuljaizarán inclinó la cabeza y se enjugó el sudor de la frente con el dorso de las manos agarradas al volante.

—El hombre gordo no atraviesa la frontera contigo y no sabe lo que pasa…

—¿Qué es lo que pasa?

—Tengo un primo llamado Hasanain que una vez atravesó la frontera clandestinamente y después de andar durante más de diez horas, cuando empezó a oscurecer, el pasador le indicó unas luces a lo lejos y le dijo que aquello era Kuwait y que llegaría allí después de caminar media hora. ¿Sabes lo que pasó? Pues que aquello no era Kuwait, sino una aldea perdida de Iraq. Podría contarte miles de historias como esa. Como la de aquellos hombres que, igual que perros sedientos, buscaban agua aunque solo fuera para mojarse la boca, ¿y qué crees que pasó cuando vieron unas tiendas de beduinos? Tuvieron que comprar el trago con todo el dinero que llevaban, o dar los anillos de boda y los relojes. Dicen que Hatem **[10]** era beduino, pero es una mentira como una casa. Aquellos tiempos ya pasaron, Abu Saad, **[11]** ya pasaron, pero vosotros seguís sin entenderlo. Creéis que el hombre gordo lo puede todo. Conozco a un tipo que se quedó solo durante cuatro días en el desierto y cuando lo recogió un automóvil en el camino de Yahra, estaba a punto de exhalar el último suspiro. ¿Sabes lo que hizo? Solo quería una cosa en esta vida: recuperar fuerzas para después volver enseguida a Basora, otra vez por el desierto si fuera necesario, ¿sabes por qué? Me dijo que quería volver a Basora para agarrar por el cuello al hombre gordo y retorcérselo. Luego, que fuera lo que Dios quisiera. Había salido de Gaza con dos de sus amigos de la infancia, atravesó Israel, Jordania e Iraq… Después el pasador los abandonó en el desierto antes de atravesar la frontera de Kuwait. Enterró a sus dos amigos en tierra extraña, solo guardó los carnés de identidad con la esperanza de que una vez en Kuwait, podría enviárselos a la familia. No quería recibir consejo de nadie. Decía que no quería ni olvidar ni perdonar. Después de menos de un mes volvió a Iraq, pero lo agarraron y ahora hace ya dos años que está en la cárcel. ¿Qué te crees? Venís a nosotros como niños de escuela pensando que la vida es fácil. ¿Acaso crees que Abu Qais no se jugaba la vida?, pero sería el que perdería. Estoy tan seguro de ello como de este maldito sol. Mañana cuando estés en Kuwait te acordarás de mí para bien y dirás: «lo que decía Abuljaizarán era cierto». Después bendecirás mil veces a Dios por haber sido yo quien te salvó de las garras del hombre gordo… ¿Has visto alguna vez en tu vida un esqueleto sobre la arena?

—¿Qué quieres decir?

—Te pregunto que si has visto alguna vez en tu vida un esqueleto sobre la arena.

—No…

Abuljaizarán giró el volante bruscamente para sortear un enorme bache. El camión comenzó a atascarse y a vibrar en un camino lleno de altibajos. Asad sintió que estaba a punto de echar los intestinos por la boca.

—Habrías visto muchos si hubieras hecho el camino con un pasador. Aunque, de todos modos, eso no te habría dicho nada…

—¿Por qué?

—Porque estarías demasiado ocupado para pensar en ello o, como decía Hasanain, porque hubieras preferido no pensar en ello.

Sonrió Asad con la expresión estúpida del que no sabe muy bien qué responder. Después, dio un golpecito a Abuljaizarán en el costado y le dijo:

—¿Por qué trabajas en esto de pasar a la gente de manera

clandestina?

—Pero si no me dedico a eso, no es mi oficio.

Asad rio dando una palmada en el hombro de Abuljaizarán:

—Entonces, ¿cómo llamas tú a esto?

—¿Quieres que te diga la verdad? Lo que quiero es más dinero, más y más dinero. Un día me di cuenta de que era difícil amasar una fortuna por medios honrados. ¿Has visto qué ser más despreciable soy? Tengo ahorrado algún dinero y dentro de dos años dejaré todo y me instalaré. Quiero descansar, echarme panza arriba a la sombra y pensar o no pensar, es igual, pero, en todo caso, no volver a moverme más. Estoy cansado de trajinar toda la vida más de la cuenta. ¡Dios mío! Ya estoy requeteharto…

Abuljaizarán paró el motor y después de abrir la portezuela saltó al suelo:

—¡Vamos! Ahora empieza lo serio. Voy a abrir la puerta de la cisterna. Dentro debe ser un infierno.

Subió lentamente la escalerilla de hierro y empezó a manipular la trampilla. Maruán lo observaba absorto y pensaba en lo fuertes que eran los brazos de Abuljaizarán. Todos chorreaban sudor. La camisa de Abuljaizarán estaba completamente empapada y su rostro parecía como si estuviera embadurnado de barro. Abrió la portezuela con un chirrido, levantó la tapa circular de hierro y la colocó en posición perpendicular a las bisagras. El interior aparecía cubierto de orín. Sentado en el borde con las piernas colgándole hacia dentro, se puso a enjugarse el sudor con un pañuelo rojo que llevaba siempre enrollado al cuello debajo de la camisa. Casi sin aliento, dijo:

—Os aconsejo que os quitéis las camisas. El calor aquí es terrible, es algo asfixiante. Vais a sudar como si os frieran en una sartén, pero será solo durante cinco o seis minutos. Iré lo más deprisa posible. Dentro hay unos barrotes. Será mejor que os agarréis bien a ellos, si no vais a rodar de un lado para otro como bolas. Y quitaos los zapatos.

Los tres permanecían de pie en el suelo, sin moverse. Abuljaizarán se incorporó y después saltó a tierra, mientras trataba de bromear:

—Casi se podría dormir dentro si hiciera menos calor…

Abu Qais miró a Maruán y después, ambos a Asad. Este, bajo el

peso de aquellas miradas, avanzó dos pasos, después retrocedió y se detuvo.

Abuljaizarán lo observaba.

—Os aconsejo que andéis algo más ligeros. Todavía es temprano pero, dentro de poco, la cisterna será un verdadero horno. Podéis llevar con vosotros este odre con agua, pero no echéis mano de él cuando sintáis que el camión está parado.

Por fin, Maruán se decidió y avanzó hacia la escalerilla. Asad se le adelantó y trepó con rapidez. Una vez arriba, se agachó y después, a través de la tapa abierta, metió la cabeza dentro de la cisterna. Un segundo después se incorporó.

—¡Esto arde! ¡Es un infierno!

Abuljaizarán extendió sus grandes manos en gesto de impotencia.

—Ya os lo había advertido antes…

Maruán fue el segundo en subir. Metió la cabeza por la trampilla y después se incorporó con el rostro contraído por el terror. Abu Qais se unió a ellos, resoplando. Desde abajo Abuljaizarán les gritó:

—Si a alguno le entran deseos de estornudar, ¿sabéis lo que tenéis que hacer?

Asad sonrió visiblemente desconcertado, mientras Maruán miraba hacia abajo y Abu Qais parecía no haberse enterado muy bien de la pregunta.

—Hay que poner un dedo debajo de la nariz, bien derecho, así…

Abuljaizarán imitó el gesto, poniendo cara de payaso. Asad respondió:

—No creo que ninguno de nosotros vaya a estornudar en este horno. Por ese lado, no tienes por qué preocuparte.

Con las manos en las caderas, Asad permanecía en pie junto a la trampilla y agachaba la cabeza como si quisiera ver lo que había dentro. Mientras tanto, Abu Qais se había quitado la camisa y mostraba el velludo pecho cubierto de pelos blancos y las clavículas salientes. Después de doblarla con cuidado, se la puso debajo de la axila y se sentó en el borde de la trampilla con las piernas colgando hacia dentro. Primero arrojó la camisa y después empezó a bajar despacio, rígido, apoyando los brazos en el borde de la portezuela. Cuando los pies empezaron a tocar el fondo de la cisterna, soltó los brazos y dejó que el cuerpo se deslizara con cuidado.

Asad se asomó y gritó:

—¿Qué tal ahí dentro?

Una voz que parecía salir de lo más profundo del abismo, retumbó:

—Maldita cisterna… ¡Anda, ven!

Asad miró a Maruán que se había quitado ya la camisa y permanecía de pie esperando su turno, mientras Abuljaizarán volvía a trepar por la escalerilla.

—¿A quién le toca ahora?

—A mí.

Maruán se acercó a la trampilla y se colocó de espaldas a ella. Echado sobre el vientre, metió primero las piernas y después deslizó el cuerpo con habilidad. Solo quedaban las manos agarradas aún por un instante al borde de la trampilla. Por fin, también estas desaparecieron.

Asad siguió a sus compañeros sin quitarse siquiera la camisa. Cuando desaparecieron en el interior de la trampilla, Abuljaizarán se asomó para tratar de ver cómo iban las cosas dentro, pero fue en vano. Cada vez que se agachaba, su cuerpo ocultaba la luz que se filtraba a través de la trampa y le impedía ver el interior. Por último, gritó:

—¡Eh!

Desde dentro una voz respondió:

—¿Qué esperas? ¡Date prisa! Estamos a punto de asfixiarnos.

Cerró la tapa con rapidez dando dos vueltas a la manija. Después saltó al asiento y aun antes de cerrar la portezuela arrancó el camión. Otra vez a tragar camino…

La carretera estaba llena de baches que sacudían el camión y hacían que traqueteara sin cesar. Con aquel vaivén se hubieran batido huevos para una tortilla más rápido que con una batidora eléctrica. En aquellos momentos, una sola idea lo obsesionaba. Por Maruán no había que preocuparse, era joven. Tampoco por Asad, que era un muchacho robusto. Pero Abu Qais… Los dientes le castañeteaban como al que está a punto de morir en el hielo, con la diferencia de que aquí no era precisamente de frío de lo que uno podía quejarse. Podía disminuir las sacudidas si aceleraba, si aquel tanque infernal rodara a una velocidad de más de ciento veinte en vez de los noventa que la aguja indicaba. Pero si fuera más deprisa,

¿cómo estar seguro de que el camión no se volcaría en aquella maldita carretera? No le importaba que se volcara, no era suyo, pero ¿y si, de pronto, daba una vuelta de campana y quedaba con las ruedas hacia arriba? Y además, ¿quién le decía que el motor soportaría esa velocidad con aquel calor y aquella carretera? Los fabricantes siempre ponían en el contador cifras muy elevadas que la prudencia de un buen conductor aconsejaba no sobrepasar.

No disminuyó la marcha hasta llegar a Safuán. Allí, sin levantar ni un ápice los pies del acelerador y dando un vasto viraje que levantó una enorme nube de polvo, giró en la plaza hacia la izquierda en dirección del puesto fronterizo. No levantó los pies del acelerador hasta pisar a fondo los frenos ante la puerta del puesto, donde penetró como una flecha.

La plaza de Safuán, donde estaba la aduana, era grande y arenosa. En medio de ella, un gran árbol solitario extendía sus largas ramas y arrojaba una inmensa sombra. Alrededor, se alzaban edificios con puertas bajas de madera y en el interior los despachos eran un hervidero de gente siempre atareada. Abuljaizarán invadió la plaza con su alta estatura sin ver a nadie, excepto a algunas mujeres sentadas a la sombra del árbol, envueltas en sus *abaas*. **[12]** Junto a la fuente había uno o dos niños. El ordenanza, sentado en su vieja silla de paja, dormitaba.

—¡Qué prisas llevas hoy, Abuljaizarán!

—Sí, el hach Rida me espera. Si me retraso, me echa.

—¿Echarte el hach Rida? No tengas miedo que no podrá encontrar otro como tú.

—¡Bah! Hay miles así, la tierra está plagada… no tiene más que hacer un gesto y caerán encima de él como moscas.

—¿Llevas algo que declarar?

—Sí, armas, tanques, blindados, seis aviones y dos cañones.

El hombre de la aduana estalló en una carcajada mientras que Abuljaizarán le arrancaba con habilidad los papeles que tenía en las manos y se lanzaba hacia fuera, diciéndose para sus adentros que lo más difícil ya había pasado. Entró en otro despacho y después de permanecer allí un minuto, volvió a salir y con la velocidad del rayo, arrancó el motor y rompió el silencio que pesaba sobre Safuán. De nuevo el camino…

El camión avanzaba como una saeta y dejaba tras de sí una estela de polvo. El rostro de Abuljaizarán chorreaba gotas de sudor

que le confluían en la barbilla. El sol era puro fuego y el aire ardiente estaba impregnado de un polvo fino como la harina. «Nunca en mi vida sentí un calor como este. ¡Maldita sea!». Se desabrochó la camisa y se pasó los dedos por los pelos del pecho, empapados de sudor. La carretera era ahora más llana y el camión no traqueteaba como antes. Apretó la velocidad y la aguja del contador saltó de pronto como un perro atado a una estaca. Miró hacia delante con los ojos velados por el sudor y divisó el alto de la pequeña colina. Detrás de ella, Safuán quedaba oculto a la vista. Era allí donde había decidido detenerse. Volvió a apretar el acelerador para tomar con impulso la subida de la pendiente y sintió que un músculo de la pierna se le agarrotaba hasta hacerle daño. El camión roncaba con estrépito mientras tragaba camino. El parabrisas reverberaba y el sudor le abrasaba los ojos. La cima del cerro le parecía inalcanzable, tan lejana como la misma eternidad. ¡Por Dios todopoderoso! ¿Cómo era posible que la cima de una colina pudiera ser la causa de aquel desasosiego, de aquella desazón, de aquel tropel de sensaciones que le bullían en la sangre y le abrasaban la piel, sucia de barro y de sudor salado? ¡Dios mío! ¡Tú que nunca estuviste a mi lado! ¡Tú que nunca te ocupaste de mí! ¡Tú, en quien jamás creí! ¿No podrías estar conmigo por esta vez, aunque solo fuera por esta vez? Parpadeó varias veces para quitarse el sudor que le velaba los ojos y cuando volvió a abrirlos surgió ante su vista la cima del cerro. ¡Por fin! Apagó el motor y dejó que el camión se deslizara un poco. Después lo paró y, de un salto, subió al techo de la cisterna.

Maruán fue el primero en salir. Extendió los brazos hacia arriba y Abuljaizarán lo tiró con fuerza hacia sí y después lo dejó tumbado encima de la cisterna. Abu Qais asomó la cabeza intentando salir por sí solo sin conseguirlo. Terminó también por extender los brazos para que Abuljaizarán lo ayudara a subir. Por último, Asad consiguió trepar él solo hasta el orificio. Ya no llevaba la camisa.

Abuljaizarán se sentó en el techo de la cisterna, que ardía como fuego. Resollaba. Parecía como si de pronto hubiera envejecido. Mientras tanto, Abu Qais se había deslizado con suavidad hasta tocar las ruedas y se tumbó después boca abajo a la sombra del camión. Asad seguía arriba de pie y respiraba a fondo con todo el pecho. Parecía como si quisiera decir algo y no pudiera. Por último

murmuró casi sin aliento:

—¡Uf! ¡Vaya frío que hacía ahí dentro!

Tenía la cara amoratada y empapada en sudor. El pantalón le chorreaba. Las marcas de orín en el pecho daban la impresión de que estuviera cubierto de manchas de sangre. Por fin, Maruán se puso en pie y bajó la escalerilla de hierro casi sin fuerzas. Tenía los ojos enrojecidos y el pecho cubierto de orín. Se tumbó despacio junto a la rueda y colocó la cabeza encima del muslo de Abu Qais. Después de unos instantes lo siguió Asad y al poco rato Abuljaizarán. Los dos se sentaron con las piernas plegadas y la cabeza en las rodillas. Al cabo de unos segundos Abuljaizarán rompió el silencio:

—Qué, ¿fue tan terrible?

Nadie respondió. Recorrió con la mirada los rostros que tenía enfrente. Le pareció como si estuvieran momificados. Si no fuera por el pecho de Maruán que se agitaba levemente y por el silbido de Abu Qais al respirar, hubiera creído que estaban muertos.

—Os dije que siete minutos y ni siquiera llegó a seis.

Asad lo miró impávido mientras Maruán, con los ojos muy abiertos, tenía la vista perdida en el vacío y Abu Qais se había vuelto hacia otro lado.

—¡Os lo juro por mi honor! ¡Seis minutos! Mira tu reloj, Asad. Fueron seis minutos justos. ¡Vamos mira! ¿Por qué no quieres mirar? Os lo dije desde el principio y ahora creéis que os mentí. Aquí tienes el reloj. ¡Anda, míralo!… ¡Míralo!

Maruán se puso boca abajo, se apoyó en los codos, levantó un poco la cabeza hacia atrás y dirigió la mirada a Abuljaizarán. Sintió que la vista se le nublaba y no acertaba a verlo con claridad.

—¿Has probado alguna vez a sentarte ahí dentro seis minutos?

—Pero yo os lo había dicho…

—Para empezar no fueron seis minutos.

¿Por qué no miras tu reloj? ¿Por qué? Ahí lo tienes en la muñeca, ¡vamos, míralo!… ¡Míralo!… Y quítame de encima esos ojos de loco.

Abu Qais intervino en tono conciliador:

—Fueron seis minutos. Estuve contando todo el tiempo, de uno a sesenta, un minuto, así hasta seis veces y la última vez conté muy despacio…

Hablaba con voz lenta y apagada. Asad preguntó:

—¿Qué te pasa, Abu Qais? ¿Estás enfermo?

—¿Yo? ¡Qué va! Aspiro mi ración de aire.

Abuljaizarán se levantó y se sacudió la arena del pantalón. Después se puso en jarras y paseó la mirada de uno a otro.

—¡Vamos! No perdamos más tiempo, dentro de poco os espera otro baño turco.

Abu Qais se levantó y se dirigió hacia la cabina mientras Asad trepaba por la escalerilla de hierro. Maruán permanecía sentado a la sombra, Abuljaizarán se acercó a él:

—¿No quieres levantarte?

—¿Por qué no descansamos un poco más?

Asad gritó desde arriba:

—Ya descansaremos cuando lleguemos… ¡Vamos!

Abuljaizarán rio con voz sonora dándole una palmada en el hombro:

—Ven a sentarte junto a Abu Qais. Eres delgado y no nos molestarás demasiado. Pareces tan cansado…

Maruán subió a la cabina y se sentó junto a Abu Qais. Antes de cerrar la portezuela, Abuljaizarán gritó a Asad:

—¡Ponte la camisa, si no te vas a achicharrar con el sol!

Maruán se dirigió a Abuljaizarán con débil voz:

—Dile que deje abierta la puerta del horno, puede que así se refresque algo.

Abuljaizarán agregó con tono festivo:

—¡Y deja abierta la tapa de la cisterna!

Roncó el motor y el camión arrancó levantando en el desierto remolinos de polvo que iban desvaneciéndose en el aire tórrido.

SOL Y TINIEBLAS

Aquel pequeño cosmos se abría camino a través del desierto como una gota de aceite sobre una plancha de cinc al rojo vivo. El sol, muy alto, era un disco incandescente. Ninguno de ellos se preocupaba ya de enjugarse el sudor. Asad se había cubierto la cabeza con la camisa y sentado en cuclillas se dejaba achicharrar al sol. Maruán, con los ojos entornados, había apoyado la cabeza en el hombro de Abu Qais que, con los labios apretados bajo los espesos bigotes grises, escudriñaba el camino. Ninguno tenía ya ánimos para hablar. No solo porque el esfuerzo que acababan de hacer los había extenuado, sino porque cada uno iba ensimismado en sus pensamientos. Aquel camión que hendía el camino, los transportaba con sus familias, sus sueños, sus ambiciones, sus esperanzas, su fuerza, su miseria, sus decepciones, su pasado y su futuro, como un ariete que arremetiera contra una puerta de gigante tras la que se ocultara un destino desconocido y en la que todos los ojos estuvieran prendidos con hilos invisibles.

Ahora podremos hacer que Qais estudie y comprarnos uno o dos pies de olivo. Quizá podamos también construir una casita donde vivir que sea nuestra. Ya soy viejo, así que no sé si lo conseguiré o no… ¿Pero tú crees que vale mucho más la pena vivir así que morir? ¿Por qué no pruebas y haces como nosotros? ¿Por qué no te levantas de ese almohadón y te lanzas por esos mundos de Dios a ganar el pan? ¿Vas a quedarte toda la vida comiendo la ración de harina que te dan de alimento y a rebajarte ante esos funcionarios por un solo kilo? **[13]**

El camión seguía su marcha por aquella tierra en llamas y el motor resoplaba sin cesar.

Xafica era una mujer buena… Era casi una niña cuando aquel obús de mortero le arrancó la pierna que los médicos le amputaron desde más arriba del muslo. Su madre no quería que nadie hablara mal de su padre… Zacarías se había ido allá, a Kuwait… Aprenderás muchas cosas. Llegarás a saber muchas cosas. Eres todavía un muchacho que no sabe de la vida más que un niño de pecho. En la escuela no se aprende nada más que a ser perezoso, así que déjala y tírate al agua como antes hicieron otros.

El camión seguía su marcha por aquella tierra en llamas y el motor hacía un ruido infernal.

¿Era una mina lo que había pisado mientras corría? ¿O una granada que le había lanzado alguien escondido tras una trinchera? ¡Pero qué importaba todo eso ahora! Estaba allí con las piernas colgadas hacia arriba y sus hombros reposaban en una cama blanca. Y aquel dolor atroz que se le clavaba entre los muslos… Y aquella mujer que ayudaba a los médicos… Cada vez que se acordaba de ella su rostro enrojecía de vergüenza… Di, ¿qué te trajo su patriotismo? Una vida de vagabundo. ¡Eres incapaz de acostarte con una mujer! ¡Eso fue todo lo que ganaste! No quiero volver a saber nada de nada… ¡Que con su pan se lo coman! Lo único que quiero ahora es dinero… dinero.

El camión seguía su marcha por aquella tierra en llamas y el motor resoplaba sin cesar.

El policía lo llevó a empujones ante el comandante. Así que te crees un héroe, ¿eh? ¡Y a hombros de esa pandilla de imbéciles te manifiestas en la calle! Le escupió en la cara, pero él no se inmutó. El escupitajo, viscoso, repugnante, se deslizó lentamente por su frente y se detuvo en la punta de la nariz. ¡Lleváoslo! En el pasillo, oyó cómo el policía que lo llevaba agarrado del brazo susurraba con una voz apenas audible: «¡Maldita sea, tener que llevar este uniforme…!». Después, cuando el policía lo soltó, echó a correr. Así que su tío lo que pretendía era casarlo con su hija y, para ello, quería que empezara a abrirse camino… claro, si no fuera por eso, ¿por cuánto en su vida hubiera soltado aquellos cincuenta dinares?

El camión seguía su marcha por aquella tierra en llamas y el motor resoplaba como un monstruo gigantesco que, con sus fauces inmensas, fuera engullendo el camino.

El sol estaba en el cénit y dibujaba, en el cielo del desierto, una blanca cúpula de fuego. La estela de polvo reverberaba bajo aquella luz intensa y deslumbraba la vista. Contaban que fulano no había vuelto de Kuwait. Había muerto allí de una insolación. Cavaba la tierra con la azada cuando cayó desplomado al suelo. ¿Y qué? Lo había matado una insolación. Que lo entierren aquí o allí… Eso fue todo, una insolación. ¿No era genial el que había inventado aquella expresión? **[14]** Como si de aquella inmensidad surgiera un gigante misterioso que azotara sus cabezas con un látigo de fuego y alquitrán ardiendo. ¿Pero cómo iba el sol a matarlos así y a matar todo el ímpetu que encerraban sus pechos? Atormentados por la misma obsesión y como si se hubieran transmitido los pensamientos, sus miradas se encontraron. Abuljaizarán miró primero a Maruán, luego a Abu Qais que, sorprendiendo su mirada posada en él, trató de sonreír, sin conseguirlo. Después de enjugarse el sudor con la manga dijo con voz casi inaudible:

—Aquí tienes el infierno del que tanto oíste hablar.

—¿El infierno de Dios?

—Sí, ese.

Abuljaizarán extendió la mano y apagó el motor. Después bajó del camión seguido de Maruán y de Abu Qais. Asad seguía echado arriba. Abuljaizarán se sentó a la sombra del camión y encendió un cigarrillo. Luego, con voz apagada, dijo:

—Vamos a descansar un rato antes de volver a repetir la función.

Abu Qais preguntó:

—¿Por qué no salimos ayer por la tarde? Con el frío que hace de noche nos hubiéramos ahorrado toda esta fatiga.

Abuljaizarán contestó sin levantar la vista del suelo:

—De noche el camino entre Safuán y Mitla está lleno de patrullas. En cambio, de día, con una canícula como esta, ninguna patrulla se aventuraría a salir…

Maruán intervino:

—Si a ti no te registran el camión, ¿por qué no nos quedamos fuera de esa prisión horrible?

Abuljaizarán contestó tajante:

—No seas estúpido. ¿Hasta ese punto tienes miedo de quedarte cinco o seis minutos dentro? Ya hicimos más de la mitad del camino

y lo que nos queda ahora es lo más fácil.

Se levantó y fue en busca de la cantimplora que colgaba de la portezuela.

—Cuando lleguemos os invitaré a una comilona estupenda. Mataré dos pollos.

Empinó la cantimplora y empezó a beber a chorro, el agua le goteaba por entre las comisuras de los labios hasta empaparle la barbilla y luego la camisa. Cuando sació la sed, se vació lo que quedaba por la cabeza y dejó que el agua le corriera por el cuello y el pecho. El aspecto que tenía así era de lo más extraño. Volvió a colgar la cantimplora de la portezuela, sacudió las manazas y exclamó:

—¡Vamos! Ya conocéis el tinglado de memoria. ¿Qué hora es? Las once y media. Contad, pues. Siete minutos a todo lo más y os abro la tapa. Recordadlo bien, ¿eh? Son ahora las once y media.

Maruán miró el reloj y movió la cabeza. Quería decir algo, pero se sintió incapaz. Avanzó hacia la escalerilla de hierro y empezó a trepar. Asad plegó la camisa y después desapareció por la trampilla. Maruán titubeó un instante y al fin se decidió a seguirlo, apoyó el vientre en el borde del orificio y se dejó caer poco a poco, con maña, sin poder evitar una expresión de espanto en la mirada. Abu Qais fue el último en bajar. De pie ante Abuljaizarán, movió la cabeza y musitó.

—¿Siete minutos?

Abuljaizarán le dio una palmada en el hombro y lo miró a los ojos. Estaban los dos uno frente al otro, chorreando de sudor e incapaces de pronunciar una palabra.

Abu Qais subió la escalerilla con decisión y después metió las piernas por el orificio. Maruán y Asad desde dentro, lo ayudaron a bajar. Abuljaizarán cerró la tapa y después de dar dos vueltas a la manija saltó al suelo y, como un meteoro, se encaramó en su asiento. Un minuto y medio más tarde, el camión penetraba en el espacio rodeado de alambradas del puesto de Mitla, y se detenía ante la gran escalera del edificio de un solo piso. A ambos lados de la escalera se alineaban pequeños despachos con las ventanas cerradas. No había ni un alma, solo uno o dos automóviles estacionados en un extremo de la plaza. Enfrente, algunas carretas de vendedores ambulantes. Reinaba un silencio total que solo

rompía el zumbido sordo de los ventiladores de aire acondicionado empotrados en las ventanas. Junto a la gran escalera, un soldado permanecía de pie en su garita de madera.

Abuljaizarán subió la escalera como una exhalación y se dirigió hacia el tercer despacho a la derecha. Nada más abrir la puerta y entrar sintió de inmediato, por las miradas que le dirigieron los empleados de la aduana, que algo iba a pasar. Sin inmutarse, depositó los papeles ante el funcionario gordo sentado al fondo del despacho.

—¡Ah, Abuljaizarán!

Con una indiferencia estudiada, apartó los papeles que tenía ante sí y cruzó los brazos sobre la mesa metálica.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo?

—En Basora.

—El hach Rida preguntó por ti por lo menos seis veces.

—El camión estaba averiado.

Los tres funcionarios que ocupaban el despacho soltaron grandes risotadas. Abuljaizarán, perplejo, miraba a su alrededor sin comprender. Por fin, se dirigió al gordo:

—¿Qué es lo que les hace reír tanto esta mañana?

Cambiaron miraditas entre los tres y volvieron a estallar en carcajadas. Abuljaizarán, nervioso, cambiaba de un pie a otro.

—No, ahora no, Abu Baqr, te lo ruego. No tengo tiempo para bromear.

Alargó la mano y volvió a colocarle delante los papeles, pero Abu Baqr los apartó de nuevo al otro extremo de la mesa, se cruzó de brazos y soltó una risita maliciosa.

—¿Así que tenías el camión averiado, eh?

—Sí, pero te lo ruego, ahora tengo prisa.

Los tres hombres cambiaron entre sí sonrisas de complicidad. En la mesa de uno de ellos no había más que un pequeño vaso de té, mientras que el otro había dejado su trabajo para seguir con atención lo que pasaba. El gordo a quien llamaban Abu Baqr dijo después de soltar un eructo:

—Pero bueno, Abuljaizarán, sé razonable. ¿Por qué tienes esa prisa por irte con el calor que hace? Aquí está fresco, voy a decir que te traigan un vaso de té. Ponte cómodo.

Abuljaizarán agarró los papeles y, tomando la pluma que Abu

Baqr tenía ante sí, dio la vuelta a la mesa hasta llegar a su lado. Después de ponerle la pluma en la mano, lo empujó por el hombro para que alargara el brazo.

—La próxima vez que pase por aquí me quedaré una hora. Te lo prometo. Pero ahora, deja que me vaya. ¡Por el amor de Dios y el de tu madre! ¡Ten, firma!

Pero Abu Baqr se negaba a tender la mano y seguía mirándolo fijamente, con expresión estúpida.

—¡Vaya granuja que estás hecho, Abuljaizarán! ¿Por qué no te acordaste de andar más ligero cuando estabas en Basora, eh?

—Ya te dije que tenía el camión en el garaje.

Volvió a tenderle la pluma pero Abu Baqr no movió un dedo.

—No mientas, Abuljaizarán… no nos vengas con cuentos. El hach Rida ya nos contó toda la historia de cabo a rabo.

—¿Qué historia?

Se miraron unos a otros. El rostro de Abuljaizarán palideció de miedo. La pluma le temblaba en la mano.

—La historia de esa bailarina. ¿Cómo se llama, Alí?

Sentado tras la mesa vacía, Alí contestó:

—Kaukab.

Abu Baqr descargó un puñetazo sobre la mesa y su sonrisa se hizo más amplia.

—¡Kaukab! Eso es, ¡Kaukab! Abuljaizarán, eres un pillo. ¿Por qué no nos cuentas tus aventuras en Basora? Delante de nosotros haces el papel de hombre de modales finos y después en Basora te entregas a todos los placeres con una bailarina… Kaukab, sí, eso ¡Kaukab!

Aunque trataba de no sobrepasar los límites de la broma, Abuljaizarán no pudo evitar alzar el tono de voz:

—¿Kaukab? ¡Qué Kaukab ni qué diablos! Déjame que me vaya antes de que el hach Rida me eche.

—¡Nada de eso! Cuéntanos algo de esa bailarina. El hach Rida está enterado de tu historia y nos la ha contado… Así que venga.

—Si el hach Rida ya os lo dijo todo, ¿para qué queréis que os lo cuente yo otra vez?

Abu Baqr se puso en pie resoplando como un toro:

—Así que entonces es verdad… ¡La historia esa es verdad!

Dio la vuelta a la mesa y avanzó hasta llegar al medio de la

habitación. Aquella historia de sexo lo había excitado. Había pensado en ella noche y día, despertando en él toda la lujuria que lo atormentaba después de una larga abstinencia carnal. La idea de que un amigo se hubiera acostado con una puta, lo excitaba y avivaba en él todas sus obsesiones.

—Así que te vas a Basora fingiendo que el camión está averiado y después te pasas con Kaukab las noches más felices de tu vida. ¡Ay, Abuljaizarán! ¡Mira que eres sinvergüenza! Cuéntanos cómo hace el amor. El hach Rida dice que está tan enamorada que se gasta todo el dinero en ti y que hasta te firmó cheques. ¡Ay, Abuljaizarán! ¡Menudo sinvergüenza estás hecho!

Se acercó a él con el rostro congestionado. Era evidente que había gozado pensando en la historia desde que el hach Rida se la había contado por teléfono. Con voz ronca le susurró al oído:

—Oye, ¿eres tú tan potente o es que allí no hay hombres?

Abuljaizarán rio histérico y tendió los papeles a Abu Baqr que, presa a su vez de una risa crispada, tomó la pluma y firmó sin prestar demasiada atención a lo que hacía. No obstante, cuando Abuljaizarán extendió la mano para agarrar los papeles los escondió detrás de la espalda y lo apartó con el otro brazo.

—La próxima vez iré contigo a Basora, ¿de acuerdo? Preséntame a esa Kaukab. El hach Rida dice que es una beldad.

Abuljaizarán, temblando, alargó de nuevo el brazo tratando de agarrar los papeles.

—De acuerdo.

—¿Lo juras?

—Por mi honor…

Abu Baqr volvió a estallar en carcajadas convulsas, movió la cabeza y volvió a su asiento. Abuljaizarán se precipitó fuera del despacho con los papeles en la mano. La voz de Abu Baqr lo perseguía, implacable:

—¡Menudo sinvergüenza ese Abuljaizarán! Nos ha estado engañando desde hace más de dos años y hoy lo descubrimos todo. ¡Pero qué granuja!

Abuljaizarán irrumpió en el otro despacho. Echó una ojeada al reloj: eran las doce menos cuarto. En menos de un minuto los demás papeles estaban firmados. Salió y cerró tras de sí con un portazo. Volvió a sentirse inmerso en un vaho de calor. No

importaba. Saltó los tramos de la escalera de cuatro en cuatro. Cuando llegó ante el camión se paró un instante a observar la cisterna pensando que aquella chatarra iba a derretirse bajo el sol infernal. Al primer contacto el motor arrancó. Se escabulló tras la portezuela sin hacer ni siquiera un gesto de despedida al centinela. Ahora la carretera estaba asfaltada y dentro de un minuto o un minuto y medio llegaría a la primera curva. Detrás, ya no se le vería desde el puesto de Mitla. Un camión se cruzó con el suyo. Disminuyó un poco la velocidad. Después, volvió a acelerar a fondo tomando la curva en un amplio viraje hasta casi tocar el bordillo arenoso. Los neumáticos chirriaron con un sonido prolongado como un quejido. Sentía la cabeza vacía. Solo miedo. Pensó que estaba a punto de desmayarse. Las manos callosas le quemaban sobre el volante, que parecía puro fuego, pero seguían agarradas a él sin aligerar la presión. El asiento ardía y el parabrisas, cubierto de polvo, reverberaba bajo los rayos del sol. Parecía como si las ruedas desollaran el asfalto y producían un violento chirrido. ¿Por qué tenías que ponerte a filosofar, Abu Baqr? ¿Por qué tenías que arrojarnos a la cara todas tus marranadas? ¡Que la maldición de Dios, todopoderoso, que la maldición de Dios, que no existe en ningún sitio, caiga sobre ti, Abu Baqr, y sobre ti, hach Rida, mentiroso! ¿Una bailarina? ¿Kaukab? ¡Idos todos al diablo!

Paró el camión violentamente, colocó el pie sobre la rueda y trepó al techo de la cisterna. Al posar las manos sobre la superficie de hierro sintió que se le quemaban. Imposible tocar aquel horno. Tuvo que levantarlas. Se apoyó en los codos y se arrastró por el techo de la cisterna hasta llegar a la trampilla. Con las mangas de su camisa azul agarró la manija, la hizo girar y levantó la tapa de hierro oxidada. Miró el reloj. Eran las doce menos nueve minutos.

El vacío. El agujero permanecía sumido en el silencio. Abuljaizarán estaba alterado, le temblaba el labio inferior, resollaba de temor. Las gotas de sudor que le caían de la frente se evaporaban de inmediato sobre la chapa ardiendo. Agachado, con las manos en las rodillas, metió la cabeza por el agujero negro y gritó con voz rota:

—¡Asad!

La voz resonó dentro de la cisterna hasta traspasarle los oídos. Antes de que se desvaneciera el eco, gritó por segunda vez:

—¡Eh!

Apoyó las manos en el borde de la trampilla y ayudado por los codos se deslizó hasta tocar el fondo. Dentro, la oscuridad era total. No veía absolutamente nada. Solo cuando se apartó un poco del orificio, un disco de luz penetró hasta el fondo e iluminó un pecho cubierto de espesos pelos grises que despedían reflejos con una placa de estaño. Se agachó y pegó el oído sobre aquellos pelos empapados. El cuerpo estaba rígido e inerte. Extendió la mano y, a tientas, avanzó hacia otro rincón de la cisterna. Allí otro cuerpo seguía aún agarrado al armazón de hierro. Buscó a tientas la cabeza, pero solo consiguió palparle los hombros mojados hasta que sus manos descubrieron por fin la cabeza inerte sobre el pecho. Cuando le palpó el rostro, sus dedos rozaron la boca que colgaba, completamente abierta. Abuljaizarán sintió que estaba a punto de asfixiarse. Chorreaba sudor por todos los poros. Tenía el cuerpo empapado, pegajoso, como si estuviera untado de aceite. ¿Temblaba a causa del sudor? ¿O era el miedo? Volvió a abrirse camino a tientas hasta llegar al agujero. Cuando asomó la cabeza fuera, sin saber por qué, le vino a la mente la imagen del rostro de Maruán. Sintió que aquel rostro llenaba todo su ser como una imagen fluctuante proyectada en una pared. Movió la cabeza con violencia, como para desecharla. De nuevo el sol implacable. Se detuvo un instante a respirar un poco de aire. Imposible apartar aquella imagen de su mente. El rostro de Maruán lo perseguía como un torrente desbordado. Volvió a su asiento. Abu Qais… Su camisa seguía allí, tirada en el asiento de al lado. La agarró y la echó por la ventanilla.

Puso en marcha el motor y empezó a bajar la cuesta despacio. Volvió la cabeza y miró hacia atrás: a través de la ventanilla posterior veía la tapa de la cisterna abierta sobre los goznes enmohecidos. Después la tapa se esfumó tras las gotas de agua salada que le inundaban los ojos. La cabeza le dolía hasta estallarle. Se sentía mareado. Aquellas gotas saladas, ¿eran lágrimas o era el sudor que le manaba de la frente?

LA SEPULTURA

Al caer la noche, Abuljaizarán condujo el camión fuera de la ciudad dormida. A lo largo de la carretera brillaban, vacilantes, los faros del camión. Sabía que aquellos postes que desfilaban a uno y a otro lado terminarían pronto, un poco más allá de la ciudad. No tardaría mucho en verse envuelto en la oscuridad más total. Era una noche sin luna y los bordes del desierto aparecían silenciosos como la muerte. Se apartó de la carretera asfaltada y se adentró en el desierto. A mediodía, había decidido que cavaría tres tumbas y los enterraría uno a uno. Pero ahora se sentía agotado, con los brazos como anestesiados. Si no tenía ni fuerzas para sostener la pala, menos iba a tenerlas para cavar durante horas los tres hoyos. Al salir del garaje del hach Rida se había dicho, en su fuero interno, que no los enterraría. Dejaría los cuerpos abandonados en el desierto y volvería a casa. Pero la idea no le agradaba. Le disgustaba pensar que los cuerpos de sus compañeros se consumieran en el desierto y fueran devorados por los buitres o las hienas. Y que después de unos días no quedara de ellos más que unos esqueletos blanquecinos sobre la arena.

El camión avanzaba por el camino arenoso con un leve crujido. Seguía pensando. No, no se podía decir que aquello fuera exactamente pensar. Eran una serie de imágenes que desfilaban por su cabeza sin orden ni concierto. El cansancio. Como columnas de hormigas en los huesos. Hasta él llegaron emanaciones de un olor a putrefacción. Era el vertedero municipal. Pensó: «¿Y si los echara aquí? Los descubrirán mañana por la mañana y los enterrarán a expensas del Estado». Giró el volante y avanzó despacio por el mismo rastro que habían dejado antes sobre la arena las ruedas de otros vehículos. Después, apagó las luces de carretera y dejó encendidas las de posición. Cuando llegó junto a la montaña de

basura, apagó todos los faros. El olor a podrido impregnaba la atmósfera a su alrededor… Terminó por acostumbrarse. Paró el motor y salió de la cabina.

Permaneció un momento de pie junto al camión, aguzó el oído para asegurarse de que nadie lo había visto y después trepó a la cisterna. Estaba fría, cubierta de gotas de rocío. Dio varias vueltas a la cerradura enmohecida y después levantó la tapa que chirrió, quejumbrosa. Se apoyó en los codos y se deslizó en el interior con agilidad… El primer cuerpo estaba helado, rígido. Lo alzó sobre los hombros. Primero la cabeza a través del agujero, después empujó todo el cuerpo hacia fuera por los pies. Oyó el ruido que producía al rodar hacia el borde de la cisterna y después el choque amortiguado al caer pesadamente sobre la arena. Tuvo alguna dificultad con el otro para soltarle las manos agarradas a la barra de hierro. Lo alzó sobre sus hombros y lo empujó por los pies hacia arriba. De nuevo el mismo ruido apagado del cuerpo al caer sobre la arena. Sacar el último cuerpo le fue más fácil.

Saltó al exterior, cerró la trampilla despacio y después bajó la escalerilla. La noche era de una oscuridad total. Mejor, así se evitaría verles los rostros. Arrastró los cuerpos uno a uno por los pies hasta el final del camino donde los camiones municipales solían pararse a verter la basura. El primer chófer que llegara por la mañana temprano tendría que verlos.

Volvió a subir al camión y puso en marcha el motor. Avanzaba despacio marcha atrás y trataba de confundir el rastro de las ruedas con las de otros camiones. Decidió continuar así hasta llegar a la carretera principal. No quería dejar ni una huella de su paso. De pronto, se paró. Apagó el motor y volvió a pie sobre sus pasos hasta donde había dejado los cadáveres. Les sacó de los bolsillos todo el dinero que llevaban, quitó a Maruán el reloj, y volvió hacia el camión con pasos sigilosos sobre las puntas de los pies.

Cuando llegó a la portezuela de la cabina y se disponía a pisar el estribo, una idea le pasó de pronto por la cabeza y lo dejó como paralizado, incapaz de hacer el menor movimiento ni de pronunciar una palabra. Quiso gritar. Pero no, aquello sería absurdo. Trató de completar el movimiento que había iniciado y subir hasta la cabina, pero sintió que no tenía fuerzas para ello. La cabeza le zumbaba de cansancio, iba a estallarle. La agarró entre las manos y empezó a

mesarse los cabellos como para apartar aquella idea de su mente. En vano. La idea enorme, inmensa, seguía allí firme, fija, obsesionante. Volvió la vista hacia donde había arrojado los tres cadáveres. Aquella mirada solo sirvió para avivar, aún con más vigor, la idea que lo atormentaba. Ya no podía guardarla por más tiempo dentro sí y al fin fluyó de su cabeza hasta infundirle movimiento a su lengua paralizada. Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y con los ojos desorbitados, fijos en la oscuridad de la noche, gritó:

—¿Por qué no golpeasteis las paredes de la cisterna?

Giró sobre sí mismo como si fuera a caer al suelo. Ya en el camión, con la cabeza inclinada sobre el volante, volvió a gritar:

—¿Por qué no golpeasteis las paredes de la cisterna? ¿Por qué no llamasteis? ¿Por qué?

Y toda la inmensidad del desierto repelía como un eco:

—¿Por qué no golpeasteis las paredes de la cisterna? ¿Por qué no llamasteis? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

LO QUE OS QUEDA

A Jaled, el primero que ha retornado y que sigue caminando.

G. K.

ACLARACIÓN

Los cinco personajes de esta novela —Hamed, Mariam, Zacarías, el reloj y el desierto— no se mueven siguiendo líneas paralelas ni tampoco contrarias, como parecería a primera vista, sino líneas discontinuas que a veces convergen hasta el punto de fundirse en solo dos. Esta convergencia afecta también al tiempo y al espacio, ya que no hay ninguna separación precisa entre lo que sucede en lugares alejados unos de otros ni entre lo que sucede en diferentes momentos, por lo que a veces el tiempo y el espacio también se confunden.

Reconocemos la dificultad que supone entrar en un mundo en el que todo se confunde, pero era inevitable que así fuera si queremos que la novela exprese de una sola vez todo lo que se ha propuesto decir. Por ello, para indicar los momentos en que sin previo aviso se producen las convergencias, los encuentros y los movimientos, hemos recurrido al artificio de utilizar caracteres de imprenta diferentes.

Hay que reconocer que este artificio puede molestar sobremanera el paso de una secuencia a otra —que tendría que producirse por sí solo, sin indicación alguna— y podría considerarse el establecimiento deliberado de un orden en un mundo que en la realidad es todo desorden. Pero experiencias anteriores del mismo género demuestran que este recurso era inevitable.

GASÁN
KANAFANI

Solo entonces pudo mirar de frente al disco rojo que, colgado encima del horizonte, se extinguía como una antorcha inmersa en el agua. Instantes después, el sol se hundió por completo dejando tras de sí suspendidas en el cielo estelas incandescentes que se iban desvaneciendo sobre un fondo primero gris brillante, después un lienzo esmaltado de blanco.

Y de pronto apareció el desierto. Inmenso, hasta donde alcanzaba la vista. Por primera vez lo veía respirar como un ser vivo, misterioso, terrible y manso a la vez, y cambiar bajo las ondas de luz cenicientas hasta retroceder poco a poco tras el manto negro del cielo que descendía. Inmenso, oscuro. Demasiado grande para amar como para odiar. Nunca silencioso. Lo sentía respirar como un cuerpo monstruoso. A medida que se hundía en él le entraba vértigo. El cielo se cerraba sobre él sin ruido y detrás la ciudad se iba alejando hasta no ser más que un punto negro perdido en el horizonte.

Ante sí, hasta donde alcanzaba la vista, el desierto. Sobre su vientre, sobre su pecho, oía el ritmo acompasado de su respiración. En el inmenso telón negro que se alzaba tras el horizonte, se iban abriendo, una a una, ventanas por donde asomaban estrellas de un fulgor hiriente.

Solo entonces supo que no volvería nunca más. Tras de sí, en la lejanía, Gaza desaparecía en la noche como de costumbre: primero la escuela, después su casa, luego la playa plateada que se hundía en las tinieblas y, por último, las luces débiles, mortecinas, de la ciudad, que vacilaban unos instantes hasta extinguirse unas tras otras lentamente. Avanzaba produciendo sus pasos en la arena un crujido sofocado. Tenía la misma sensación que cuando, en el mar, se lanzaba en medio de las olas: era una sensación de fuerza y de poder, pero también de impotencia y de fragilidad.

Se hundía en la noche como un ovillo de lana cuyo cabo hubiera quedado sujeto en su casa de Gaza. Durante dieciséis años aquel ovillo de lana se había ido devanando a su alrededor y, por fin, hoy se libraba de él arrastrándose en la noche: «Repite: Te doy por esposa a mi hermana Mariam —te doy por esposa a mi hermana Mariam— por una dote de —por una dote de— diez guineas[15] —diez guineas— pagaderas más tarde —pagaderas más tarde». Estaba sentado frente al *xeij*[16].ô Detrás de él, los presentes tenían los ojos clavados en su espalda. Todos sabían que nunca la habría dado por mujer si no fuera porque estaba embarazada y que el que iba a ser su cuñado era aquel canalla sentado a su lado, que con gesto burlón parecía estar riéndose para sus adentros.

El total, pagadero más tarde, claro, lo que ahora corría prisa era el feto que se agitaba en sus entrañas. Fuera de su habitación, la agarró por el brazo: «He decidido irme de Gaza». Ella sonrió. Su boca pintada de rojo parecía una herida abierta. «¿Adónde te irás?». Parecía querer añadir algo, decirle que aquello era imposible. «Me voy a Jordania por el desierto». «¿Huyes de mí?». Movió la cabeza como asintiendo: «Lo eras todo para mí y te has deshonrado, me has engañado. Si tu madre estuviera aquí…».

Mañana, cuando acueste a su hijo bastardo le dirá: «Si tu abuela estuviera aquí…». Después el niño crecerá y tendrá hijos y a su hijo le dirá: «Si tu bisabuela estuviera aquí…». Si… si… Desde hacía dieciséis años no había hecho más que repetir: «Si tu madre estuviera aquí…». Cuando reñían le decía: «Si tu madre estuviera aquí…». Cuando reían, cuando a ella le dolía algo o cuando fallaba un plato, cuando a él lo echaban del trabajo y cuando encontraba otro: «Si tu madre estuviera aquí, si tu madre estuviera aquí…».

Su madre nunca había estado en Gaza, a unas horas a pie de Jordania. Durante dieciséis años nadie pudo ir hasta allí. Pero él, inconscientemente, justo en el momento en que pronunciaba las palabras «Te doy por esposa a mi hermana Mariam…», había decidido que se iría allí.

Bullía por dentro tragándose toda la amargura que le consumía las entrañas. Ella, con su sonrisa como una herida abierta, volvió sobre sus pasos y dijo al canalla que más que hablar gruñía detrás: «Tu cuñado Hamed quiere irse de Gaza». Zacarías respondió sin mirarlo, como si no lo conociera, como si no estuviera allí: «Hamed

habla mucho, déjalo». En el mismo instante se preguntaba para sus adentros: «¿Dónde habrá podido ocurrir?». Le miraba el vientre ligeramente abultado bajo el vestido. «Seguro que un día se había ido de la escuela pidiendo permiso al director, quizá con el pretexto de que tenía un dolor de cabeza terrible. Eso era lo que decía siempre: me duele la cabeza que me estalla. Después había ido a la casa mientras él estaba ausente. Ella le abrió la puerta y él había entrado, le había desabrochado la blusa… Y ella pretende que no se dio cuenta de nada. ¿Pero cuándo sería?».

Ella se dio la vuelta sin pronunciar palabra y con aire ausente empezó a responder a las felicitaciones de los invitados. En todo el cuarto flotaba una letanía de enhorabuenas [17]. Él, sin dejar de mirarla, iba estrechando las manos frías que le tendían. Desde hacía dos meses le roía una obsesión cada vez que la ira lo aguijoneaba. Con un largo cuchillo en la mano se abalanzaba sobre su cama y le descubría el rostro mientras a sus ojos desorbitados asomaba el espanto. La agarraba del cabello murmurando unas palabras breves, pero tajantes y claras; otras veces, sin pronunciar una palabra, le bastaba con mirarla y ella comprendía. Después, de un solo golpe, le clavaba el cuchillo en el corazón y se lanzaba fuera de casa en busca de él, su cuñado. Te doy a mi hermana Mariam por esposa por una dote de diez guineas pagaderas más tarde. Su cuñado.

Había dejado que la deshonrara. Se había dado a aquel canalla en un cuarto de hora que le había robado a él. Y ahora el niño crecía en su vientre. Lo tenía agarrado por el cuello: «eres libre de dármela o no por mujer. No seré yo el que pierda». «¿Pero, por qué no me dijiste nunca que querías casarte con ella?». Meneó la cabeza sonriendo con el aire de un comerciante honrado que tratara de indemnizar por una mercancía dañada: «Lo que pasó, pasó». Le entraron ganas de levantarse y pegarle. El otro seguía con la misma sonrisa: «No irás a pegarme, ¿eh? La gente va a decir que me has pegado porque soy el…».

«¡Basta!». Era un ser insignificante, horrible como un mono. Se llamaba Zacarías. Con sus grandes manos hubiera podido agarrarlo por la cintura y estrujarlo hasta ahogarlo. Pero no, no podía hacerlo. Su hermana Mariam escuchaba detrás de la puerta con el crío que se agitaba en su vientre. Cuando el último invitado se fue, el cuñado cerró la puerta y, como si estuviera en su casa, se quitó

los zapatos y se arrellanó en el asiento igual que una porquería que se hubiera posado allí por casualidad en el lugar menos indicado. Después lanzó un suspiro y, cruzando las manos detrás de la nuca, su mirada odiosa recorrió el cuarto con satisfacción. Por último, se posó en ella: «Así que entonces quiere irse por el desierto. Ni siquiera me felicitó. Ahora soy su cuñado, ¿no?, y además, soy mayor que él». Después se levantó bruscamente como si un resorte lo proyectara en el aire y se puso a recorrer la habitación con los ojos fijos en el suelo: «Lo que quiere es intimidarnos, Mariam. ¿Por qué no le dices que a nosotros eso nos deja fríos?». Apoyada en la pared, permanecía en silencio en actitud encogida como una vieja esposa que estuviera de más. Se detuvo y la miró de nuevo adoptando su voz un tono patético: «El desierto puede tragarse a diez como él en una sola noche». Le daba la espalda queriendo mostrar bien a las claras que era solo a Mariam a quien se estaba dirigiendo: «En primer lugar, tendrá que atravesar nuestra frontera, después, la de ellos dos veces, y luego la frontera jordana. Y además de esas cuatro posibilidades de encontrar la muerte hay cien más en el desierto… ¿No te das cuenta de que nos está gastando una broma pesada?». Ella seguía sin responder. La atmósfera del cuarto era tensa, sofocante. El cuello de la camisa aparecía rodeado de un hilo de sudor. Oía el jadeo de su propia respiración. Sabía muy bien que sería absurdo decir algo, pero tampoco podía permanecer callado. Se levantó dirigiéndose a la puerta con decisión y después, antes de salir, se volvió: «Me voy mañana por la tarde».

Bajó la escalera precipitadamente. Hubiera deseado oír una llamada, la voz de Mariam gritando para retenerle: «¡Hamed, vuelve!», pero nada, solo el ruido de sus pasos en la escalera. Antes de llegar a la acera, oyó la puerta que se cerraba sin que de allí saliera una palabra. Después, se hizo el silencio.

La noche había caído ahora por completo y, con ella, encima del desierto soplaba un viento helado como el aliento de un muerto. Ya no sabía si tenía miedo de aquel cuerpo que se extendía hasta el infinito y que con un solo corazón llenaba con sus latidos la inmensidad del cielo. Se detuvo un momento y miró fijamente el firmamento como una tienda negra agujereada, el espacio oscuro como un abismo. Se alzó el cuello del abrigo y hundió las manos en los bolsillos. De pronto, el ruido se desvaneció. Estaba solo con

aquel ser vivo debajo de él, dentro de él, que respiraba silbando y se bañaba majestuosamente en un mar de oscuridad rutilante. Sintió un ruido a lo lejos, pero no le pareció extraño. En aquella inmensidad plana, abierta a todo, nada podía sorprender, nada podía ser más que pequeño, nítido, familiar. El ruido que al principio parecía venir de todas partes no tardó en volverse más preciso. Como una inmensa aguja blanca, un rayo de luz barrió el horizonte dibujando medio círculo. Luego, a lo lejos, dos ojos luminosos se movían en todas direcciones y proyectaban alrededor destellos de luz. No tenía miedo. Sin vacilar un instante se echó al suelo. Bajo su cuerpo, la tierra temblaba como una muchacha virgen. El hilo de luz acarició suavemente las ondulaciones de arena. Se apretó contra ella y la sintió suave, caliente. De pronto, el ruido aumentó. El automóvil estaba ahora enfrente. Hundió los dedos en la arena. Como un ser vivo, aquella carne infundía calor a todo su cuerpo, el soplo ardiente de su respiración se desparramaba por sus mejillas. Hundió más la boca y la nariz. Los latidos se hicieron más intensos. Bruscamente, el automóvil cambió de dirección. Brillaron las luces rojas de atrás y después se fundieron en la noche. Te doy a mi hermana Mariam por esposa. Pegó de nuevo las mejillas a aquel pecho ardiente. La brisa fresca que soplaba lo bañó. Las luces rojas habían desaparecido ahora como si una mano las hubiera apagado. «Si mi madre estuviera aquí… si mi madre estuviera aquí». Se dio la vuelta y sus labios rozaron la tierra ardiente. «No puedo odiarte, ¿pero seré aún capaz de amarte? Y a ti, que en una sola noche puedes tragar a diez hombres como yo, he elegido amarte. No me queda otro remedio más que amarte, eres todo lo que me queda». *Eres todo lo que me queda… Tan lejos de mí aunque estés en mi cama… Me dejas sola contando esos golpes metálicos, fríos contra la pared. Resuenan. Resuenan. Resuenan en ese ataúd de madera colgado frente a la cama. Lo trajo él mismo del zoco un día de julio. Cuando llegó a la puerta no podía sacar la llave del bolsillo porque lo llevaba en los brazos y, como después me dijo, era demasiado pesado. Cuando llegué, lo encontré de pie delante de la puerta, pensativo, como si se hubiera olvidado de sí mismo. Chorreaba sudor y no parecía enfadado. Me miró y dijo: «¿Por qué has tardado tanto? ¿Tardado? ¿Qué es eso*

que traes ahí?». Echó una mirada a lo que llevaba entre los brazos: «Es un reloj de pared, pero parece un pequeño ataúd, ¿no?». Entramos en casa y se dirigió inmediatamente al dormitorio. Frente a su cama había un gran clavo en la pared. Lo colgó allí mientras yo le sostenía la silla. Luego bajó, retrocedió unos pasos y lo miró satisfecho. Pero no funcionaba. Reflexionó un momento. Se me ocurrió decirle: «Quizá haya que darle cuerda». Movió la cabeza: «No, creo que lo que pasa es que no está derecho. Un reloj de pared con péndulo no funciona si está torcido». Volvió a subir a la silla, lo movió ligeramente y, como si hubiera dado en el blanco, en el mismo instante empezó a sonar. Nos pareció que los golpes metálicos eran como los de una muleta contra el suelo. Cuando volvió a poner la silla en su sitio, le hice la pregunta que sin duda estaba esperando: «¿Cuánto te costó?». Pero la que me sorprendí fui yo ante la respuesta que no me esperaba: «No lo compré, lo robé». Desde ese día, sigue allí colgado golpeando sin cesar con ese ruido metálico como el de una muleta, golpeando, golpeando, golpeando. Zacarías. Golpeando. Ahora solo me quedas tú y el reloj. A él lo dejamos irse sin una palabra. Oí sus pasos en la escalera como si vacilara. Creí que volvería. Estaba desgarrada entre él, todo mi pasado, y tú, que eres todo mi futuro. Pero no me moví y tú tampoco te moviste. No volvió. Luego cerraste de un portazo, cerraste todo y entraste en el cuarto. Cuando me reuní contigo, me aseguraste que volvería, que era demasiado joven para atravesar solo el desierto y que pronto se daría cuenta de que lo que pretendía hacer era un disparate.

Si mi madre estuviera aquí se habría refugiado en casa de ella. Y yo también. Las dos habríamos hablado de él. Una sola palabra. No habríamos dejado nunca que las hojas de la puerta se hubieran cerrado tras él, borrándolo para siempre de nuestras vidas.

Por el hijo del panadero me envió su primero y último mensaje: «Me voy al anochecer. Te escribiré desde Jordania, si llego». Debajo, con trazado cuidadoso, su pequeña firma: «Hamed», como cuando salía por alguna razón y le dejaba un recado en el reverso de un paquete de cigarrillos que ponía de manera visible encima de la radio: «Vuelvo enseguida. Hamed». Sabía que nada más llegar a casa lo primero que hacía era dirigirme a la radio… Pero le hemos engañado, Zacarías, le hemos engañado. Tenemos que reconocerlo.

Ahora está lejos. Camina desde hace por lo menos tres horas y sus pasos puedo contarlos uno a uno como esos golpes metálicos que resuenan contra la pared. Los golpes del ataúd. *Golpes llenos de vida que resuenan sin cesar contra mi pecho sin otro eco que el miedo. Contra el alto muro que tras él se alzaba, caminaba como un animal perdido resuelto a ir hasta el final de aquel viaje sin fin cargado de cólera, de pena, de asfixia y quizá de muerte. La canción única de la noche en mi cuerpo. Desde que sentí su primer paso supe que era extranjero. Al verlo, me convencí. Estaba solo, sin armas, y quizá también sin esperanza. A pesar de ello, desde el primer instante de pavor, me pidió que lo amara porque no podía odiarme*. No puedes odiarme, Zacarías, no puedes, eres todo lo que me queda. Él se ha ido, ha quedado borrado de esta habitación. De él no queda más que ese sonido metálico contra la pared, incesante, como una muleta sin rumbo. No me queda qué hacer más que contar esos golpes, mientras tú duermes tan cerca de mí, lejos… como la muerte.

No lo conoces aunque hayáis trabajado juntos en la tienda que llamabas la «escuela del campo». Y él tampoco te conoce a ti. Yo soy la única que os he conocido a los dos. Su opinión sobre ti se limitaba a una expresión muy breve que pronunció el día que te encontramos por casualidad. Era la primera vez que yo te veía. «¿Cómo se llama? —Zacarías…— ¿De dónde lo conoces? —Es un colega de la escuela del campo—. ¿Es amigo tuyo? —Por supuesto que no, es un cerdo».

Y eso era todo: «Es un cerdo». Nunca cambió de parecer, incluso cuando lo supo, la única palabra que pronunció fue esa: «¡Cerdo!». Después se fue… El péndulo se detuvo de pronto, un solo instante, y el reloj dio nueve campanadas. Caminaba desde hacía tres horas… No supo que tres días más tarde me paraste en la calle y me dijiste: «Saludos a Hamed». No le transmití tus saludos porque sabía que me habías parado por otra razón… *Se detuvo de pronto y miró primero el cielo, después el reloj. Supe que pensaba en lo que piensan todos: recorrer el mayor camino posible antes de que amaneciera. Todo el mayor camino que le permitieran sus piernas jóvenes. Yo estaba extendido ante él, entregándome sin reservas a su juventud, a sus pasos que golpeaban mi carne. Pero como los*

demás, tenía miedo de esa extensión infinita, sin colinas, sin hitos, sin caminos. Permanecía de pie mirando un punto ante sí, allí donde la negrura de la tierra se confunde con la negrura del cielo. Después volvió a caminar lleno de juventud, pero también de cólera, de angustia, de tristeza. No podía decirle que se había desviado un palmo hacia el sur y que el amanecer lo sorprendería en medio del desierto con el sol ardiente encima. Nunca supe por qué pasé aquella tarde delante del café donde estabas sentado. Como si fuera por casualidad. Ni por qué me rezagué para darte la ocasión de verme y de que me alcanzaras. No sabía que ese instante tan breve me llevaría cuatro meses después a tu cama frente a ese ataúd colgado de la pared, que no deja de sonar. Sonar. Frente a su cama, la cama de él. Era en esta habitación donde dormíamos juntos. La tía todavía no se había muerto entonces y dormía en la otra habitación. Mi cama estaba debajo de la ventana y la suya al otro lado de la habitación frente al reloj. Después de la muerte de la tía, pasé mi cama al otro cuarto y él se quedó aquí frente al reloj, en esta cama, escuchando los golpes metálicos, secos, que resuenan contra la pared sin cesar.

La tía murió en la cama de él… Se me ocurrió ahora pensar que eso era lo que él quería porque cuando cayó enferma por última vez decidió llevarla a su cama sin decir nada. Allí murió de noche cuando el reloj acababa de dar la una. Una campanada, una sola, con un golpe seco, hiriente. O como un último paso. Eso nos pareció a los dos. Puede que a ella también. Dirigió una mirada al reloj y después a mí mientras le hablaba a él: «Recuerdos a mi hermana. Si Dios quiere algún día iréis a reuniros con ella o vendrá ella aquí con vosotros». Volvió a mirar el reloj que había empezado otra vez a sonar como si fuera por primera vez y sin dejar de mirarlo dijo: «Cuida de la muchacha». Salí de la habitación. La muchacha. La muchacha… Allí seguía la muchacha en mis vestidos, en mi cuerpo ardiente, en mi cama. Tan extranjera como la separación misma… *No me di cuenta de que había salido, pero la tía señalaba con su dedo escuálido hacia la puerta: «Cásala, Hamed, cásala. Sé muy bien lo que es una muchacha». Pero la muy sinvergüenza no había esperado. Me vino con un crío en el vientre. ¿Y el padre? Ese cerdo, ese canalla de Zacarías. Me engañaron los dos y después*

me echaron de casa. Me hundió en su vergüenza. Te doy a mi hermana Mariam por esposa. Te doy a mi hermana Mariam por esposa… Pagadero más tarde… más tarde. Vino y me dijo: «Tengo que contarte algo grave». Con el corazón palpitante, le dije: «Siéntate, pues». Se sentó con las manos cruzadas sobre el regazo. Posé la mirada en aquellas manos y enseguida comprendí. Sobrecogido de espanto, el sudor me manaba de la frente anegándome los ojos. Creí oír un grito que salía de sus entrañas, un grito desgarrado que se escapaba de entre sus muslos detrás de las manos cruzadas como si quisiera esconder algo. Entonces se echó a llorar y dijo con voz débil: «¡Dios mío, lo sabías!». Me agarró la mano entre las suyas y la acarició con los labios, húmedos de lágrimas. Divagaba: «Pero nos casaremos, Hamed, nos casaremos». Casi sin pensar, como un autómata, le pregunté: «¿Quién es él? —Zacarías ¿Zacarías? ¿Zacarías?— Espera un momento, ¿Zacarías? ¡Dios mío!». Detrás del campo se alzaba el gran paredón. Fue allí adonde nos llevaron a todos. En el pasadizo angosto que lleva al edificio en ruinas hubo apretujones. Nos imprecaban en hebreo salpicado de palabras en un árabe entrecortado. Después nos pusieron en fila y nos cachearon a fondo, con las piernas separadas y las metralletas bajo el brazo apuntándonos. De pronto empezó a lloviznar y el campo fue sumiéndose en un silencio negro y desolado. Hacia el mediodía llegó el oficial y llamó: «¡Salem!». La fila, calada hasta los huesos, permaneció silenciosa. Volvió a gritar el mismo nombre con voz más chillona. Uno de los hombres, nervioso, dio unos pasos para desentumecerse y se oyeron crujir los guijarros. Después, de nuevo el silencio. Incapaz de contener su impaciencia, el oficial parecía a punto de estallar. Detrás de él, como la música de fondo que acompaña con perfección sin igual una obra de teatro magistralmente interpretada, se oyeron chasquear las mandíbulas de acero de los fusiles al engullir las balas. Lentamente, el oficial se fue apartando, dejando el campo libre a los cañones que apuntaban. «Sabemos que está entre vosotros, pero si os empeñáis tanto en ocultarlo os vamos a mandar a todos al infierno». Los

guijarros volvieron a crujir. Cerré los párpados, el mundo se alejaba de mí, ya nada tenía sentido. Fue en aquel momento cuando Zacarías salió de la fila y postrado de rodillas con los puños cerrados sobre el pecho se puso a gritar. Los cañones de acero se apartaron vacilantes. El oficial se acercó y le dio una patada. Después ordenó a dos soldados que lo ayudaran a levantarse porque las piernas le flaqueaban tanto que era incapaz de hacerlo por sí solo. «Os diré quién es Salem». Pero antes de que lo hiciera, Salem salió de la fila espontáneamente. Se detuvo delante de nosotros y nos dirigió una mirada cargada de gratitud. Una mirada inolvidable. Después se lo llevaron. Se volvió hacia Zacarías para decirle adiós. En su mirada se anunciaba ya la muerte. Helada, dura como la de un espectro. Desapareció tras el paredón. Después se oyó una descarga, una sola. Todos, como si hubiera habido una transmisión de pensamiento, miramos a Zacarías. Zacarías. Zacarías. Mi cuerpo ardía bajo mis vestidos y aquella llama viva me devoraba día y noche. Cuando me cambiaba de ropa y colgaba los vestidos en la pared, delante del reloj que todas las mañanas en su pequeño ataúd repetía incansable su fúnebre tictac, mis pechos de fuego brincaban como peces presos en la red de Hamed y mis manos se deslizaban inconscientemente a lo largo de mis muslos, bajo el eterno tictac del reloj. En casa no había ningún espejo grande en que pudiera mirarme de cuerpo entero. Solo podía mirarme el rostro, y si inclinaba un poco el espejo, el pecho, el vientre, los muslos. No eran más que pedazos sueltos de un cuerpo de muchacha desgarrada, perseguida por los sonidos roncos, secos, zahirientes del ataúd, que golpean contra la pared sin piedad. Fuiste el primero que me tocó. En aquel momento parecías tan cerca de mí como si hubiéramos vivido juntos toda la vida en la misma ropa. Entre tus dedos, tus manos, tus labios, y bajo tus ojos, te entregué treinta y cinco años de mi vida, año tras año, al sonido de aquel tictac, como una muleta que hubiera perdido el rumbo. «¿Tendré que seguir viéndote toda mi vida como un ladrón, robándote una mirada a la vuelta de una esquina?». «¿Por qué no nos casamos entonces?». «Tu hermano Hamed me pedirá una dote de veinte camellos[18]». «Pregúntale». «Ese pequeño no soporta ni el sonido de mi voz, lo conozco. Preferiría matarte antes que verte

con un hombre, así que no digamos si ese hombre se llama encima Zacarías». «Entonces, ¿es que no quieres casarte conmigo?». «Sí, claro que sí, ¿pero por qué no quieres verme?». *Le di todo lo que hay en mí de salvaje, pero él, sin saberlo, se alejó de su camino. Una sola cosa no podía darle: el tiempo. Se le escapaba a cada paso que daba. Después de todo, no era el tiempo lo único que tenía en su contra. Más que rivalizar con él, luchaba tan solo por no perderlo. Con un ímpetu salvaje que sin saber de dónde le venía agitaba todo su ser, sintió que tenía que detenerse y se detuvo. Ante sí, en el horizonte se divisaban luces y un camino y se oían ruidos lejanos. Si hubiera sabido que iba adelantado; pero no lo sabía. Se detuvo y se puso a meditar. Con el movimiento le había entrado calor a pesar del viento frío que soplaba en todas direcciones. Escupió. No importaba. ¿Qué tenía que ver yo con los sentimientos que se agitaban en su interior? Lo único que me importaba era el rumbo que tomaría, y en aquel momento estaba en la mala dirección. Parecía seguir furioso por algo con lo que yo no tenía nada que ver y que tampoco tenía la menor relación con aquella parada de media hora lejos del buen camino. Sucedió exactamente lo que yo me había imaginado. Al querer mantenerse a una distancia prudente de las luces, volvió a equivocarse de rumbo y se dirigió directamente hacia el sur, casi sin reflexionar, fiándose únicamente de su instinto, que el miedo avivaba y ofuscaba al mismo tiempo. La misma mezcla de sensaciones que llenarían a un intrépido aventurero perseguido que golpeara con ambos puños una puerta desconocida*. Cuando lo vi ante la puerta temblé de miedo y de emoción. Hamed acababa de irse hacía solo cinco minutos y Zacarías estaba allí en el dintel, seguro de sí mismo. Me preguntó: «¿Está en casa?». Y sin esperar respuesta avanzó. Entraste, me pusiste la mano en el hombro y bajo aquel peso me sentí dominada. «Quisiera hablarle de nuestro matrimonio». Sentí tal embriaguez que ni supe cómo acerté a decirle: «No está en casa». «¿Tardará mucho? Quiero decir, ¿puedo esperarlo?». «No sé, creo que no. Fue a buscar las cartillas de racionamiento. Estamos a primeros de mes, ya sabes». Entonces avanzó hacia dentro y de pronto se volvió: «¿Tienes miedo de mí?».

«No, ¿por qué?». Te acercaste, me plantaste en el cuello tus labios ardientes y caímos juntos en el sofá que me servía de cama. Ahogada con mis vestidos me llegaba tu voz: «Así que entonces va a tardar», sentí tu mano apretándome el pecho, «entonces va a tardar; pasaba por delante por casualidad», tu cuerpo se apretujaba todo él contra el mío y toda yo me sentí arder, «pasaba por casualidad cerca del centro y vi una multitud increíble». «Es verdad, es el primero de mes», no supe cómo sentí después tus manos toscas en mi espalda desnuda, «así que entonces va a tardar». Las palabras me llegaban al oído y allí revoloteaban sin sentido. Ya no me importaba que tardara o dejara de tardar. Después te volviste a vestir: «Es mejor que me vaya». Estaba desplomada, muda, todo se desmoronaba en mi interior. Cuando la puerta se cerró oí el reloj que daba ocho campanadas como si también él llamara a la puerta. Si mi madre estuviera aquí, Zacarías, si mi madre estuviera aquí. Pero no hay nadie más que tú. Y Hamed me degollaría si lo supiera. Creo que estoy embarazada. Sonreíste y me posaste la mano en el hombro mirándome el vientre como si pudieras ver a aquella criatura perdida, envuelta en mis entrañas, que desde su escondrijo observaba furtivamente el mundo con sus ojillos extraviados. Fue en una callejuela donde me dijiste: «Eres una tierra fértil, diablesa, una tierra fértil. Te lo digo yo». *Una tierra fértil sembrada de ilusiones y de incógnitas. Todas las hojas de acero del mundo se han quebrado contra tu dorado pecho desnudo. Tu pecho árido que se extiende hasta mi infinito y hasta el suyo y se baña majestuoso en un mar de tinieblas. Todos los aceros del mundo se han quebrado uno tras otro sin poder arrancar una sola raíz de tu cosecha vigorosa y exuberante. Al que se adentra en tu seno lo engulles hasta hacer de él una raíz más perdida en la inmensidad, pero firme, que en tus entrañas se nutre de la sustancia necesaria para crecer*. No hay nada que cosechar. No me lo digas, aunque lo pienses. Tengo miedo. No me atrevo a deshacerme de él, a deshacerme de mi vergüenza. Pero, Zacarías, es mi única vergüenza en treinta y cinco años de castidad y recato.

El reloj dio las diez. Golpea. Golpea. Como una miserable muleta abandonada que repite siempre el mismo sonido en el pequeño ataúd cuidadosamente cerrado. Camina sin parar desde hace cuatro

horas mientras tú, acostado junto a mí —oigo tu respiración— me dejas sola con él contando sus pasos contra la pared. ¿Qué es lo que le queda? ¿Acaso lo sabes? Zacarías… Zacarías…

—¿Sigues sin dormir?

—No, pero dime, Zacarías, ¿cuánto se tarda en ir de Gaza a Jordania a pie?

—Ya te lo dije mil veces.

—No, no me lo dijiste.

—Doce horas…

Se recostó de lado. El reloj seguía con su tictac. Apoyado en el brazo añadió:

—Eso, si conoce bien el camino.

Se me acercó buscando mi rostro en la oscuridad:

—Y si no tropieza con una patrulla…

Se sentó y pasándose los dedos por el pelo miró su reloj:

—¿Qué hora es?

—Acaban de dar las diez.

—¿Y sigues pensando en él?

—Sí.

—Hice, a mi manera, todo lo que pude para impedírselo. No estás enfadada conmigo, ¿verdad?

—No.

—Entonces trata de dormir.

—Eso intento desde hace dos horas por lo menos.

Volvió a deslizarse en la cama hundiendo el rostro en la almohada:

—De todas maneras, de nada sirve pasar la noche pensando en él. Lo mejor es que mates el tiempo durmiendo.

—No puedo.

Se dio la vuelta y se calló. De nuevo me sentí sola en aquella habitación vacía pero llena de aquellos golpes monótonos que, incesantes, me penetraban por los oídos invadiéndome toda la cabeza. Extendió la mano para tomar una caja de cerillas de la mesita de noche y después encendió un cigarrillo. La luz le iluminó el rostro, cuadrado, tosco, con pequeños ojos medio cerrados que brillaban en la oscuridad. Se incorporó recostándose en la almohada y aspiró una bocanada. En la oscuridad flotó un punto luminoso que los golpes de la muleta no tardaron en extinguir.

—Cambiaremos los muebles de la casa en la medida de nuestras posibilidades. Las dos camas pueden pasar, pero trataremos de cambiar los sillones de la otra habitación.

—Hay que pensar en el niño.

—¡Estás loca! Créeme, vas a perder la juventud por causa de esa criatura. Un día lo maldecirás, maldecirás a su padre y la hora en que no hiciste caso de un buen consejo. Te vas a volver una mujer fofa con todo el vientre lleno de vetas como si hubieras tenido la viruela. Sé lo que me digo, que lo he visto con mis propios ojos, y durante todo un año no serás una mujer sino un barril de leche.

Se acercó a mí con el cigarrillo entre los labios y me pasó la mano por el pecho y el vientre.

—Tienes un cuerpo maravilloso, no sabes hasta qué punto. Mañana, cuando hayas puesto tu enorme huevo, te volverás una montaña de carne y no te quedará más que ese berreón que hará de tu vida un infierno.

De pronto surgió ante mí. Me había dicho a mí misma que nunca pensaría en ella hasta el punto de que ni siquiera le pregunté cómo se llamaba. Pero súbitamente apareció a los pies de la cama con sus hijos a cuestas, mientras él me hablaba y seguía con su gruesa mano cálida en mi vientre.

—Nunca me dijiste cómo se llama.

Bruscamente retiró la mano y aspiró una bocanada de humo. Hubo un silencio. La muleta volvió a golpear con velocidad redoblada.

—Sabía que me lo preguntarías un día. No es que no quiera decírtelo, pero ¿por qué ahora?, ¿por qué se te ha pasado eso ahora por la cabeza?

—Tu mano, tu mano encima de mi vientre… ¿Hacías igual con ella?

—¡Qué sé yo! Pero un consejo solo por tu bien: trata de no pensar demasiado en ella.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—No dijo nada. No hacía más que llorar sin parar, así que ¿cómo iba a tener tiempo para hablar?

Se me acercó aún más y su aliento avivó la llama que en mí ardía. Sabía lo que pasaría y que sería incapaz de resistir. Mis vestidos se deslizaban entre sus dedos, mi cuerpo exuberante, en

torno a mí la noche palpitante exhalaba olores de hombre. De pronto, me sentí balanceada hacia arriba y hacia abajo, aplastada por los hombros, arrojada, empujada, levantada, apartada, arrastrada, estrujada, inmersa en una ola de horror helada y ardiente a la vez. Hasta que perdí el conocimiento. Hamed me sacudió apretándome por los hombros con sus manecitas llenas de ternura: «Mariam, ¿te sientes mal?». «No, no pasa nada, ¿dónde está mamá?». «La dejaron allá, en la playa, pero se reunirá con nosotros. Nos acompaña la tía». Era pequeño, pero de una bravura increíble. Escudriñaba a la gente con ojos fieros y una expresión de reto en la mirada y se pegaba a mí como un pequeño escudo de acero al acecho de la punta de una lanza. Tras la playa, en la oscuridad, Jafa ardía en llamas. Una lluvia de bólidos de fuego se abatía con estruendo sobre la ciudad. Nos arrastraba una ola oscura de gritos y de llamadas. «¿Por qué dejaste a mamá en la playa?». «No la dejé, la barca estaba llena, pero tomará otra. Los hombres cuidarán de ella, yo tenía que venir contigo y la tía también». Solo tenía diez años y yo veintitantos, y creo que fue entonces, en aquel momento de locura, cuando comprendió todo. Pasó la noche sin dejar de mirarme con sus ojos de pequeña ave rapaz. Alrededor de nosotros el vacío negro, infinito. Los remos golpeaban la superficie de las olas. Golpeaban, golpeaban y al poco Jafa se esfumó en el horizonte como una antorcha inmersa en el agua. *Te he querido más que a mi propia vida, sinvergüenza. He pasado mis días y mis noches pensando en servirte sin descanso. Quería hacer de ti una mujer honrada y casarte un día con un hombre honrado. Pero te abriste de piernas ante el primer llegado. El primer cerdo. Viniste llevándolo en tus entrañas, sin pensar en mí ni un solo instante. Puede que hasta tampoco en él. Sinvergüenza, más que sinvergüenza. Pero te vas a encontrar enfundada en sus calzones como la otra y se repartirá entre las dos. Allí morirás, diré a nuestra madre que te has muerto y que te enterré en el pantalón de un cerdo casado ya con otra mujer a la que ya hizo cinco chiquillos y puede que un sexto esta misma noche*. ¿Cómo vamos a vivir los dos juntos? ¿Te instalarás aquí conmigo y la dejarás a ella? ¡Pensar que ni siquiera se me ocurrió preguntárselo! Puede que te quedes sola toda una noche sin venir porque la pases en la cama de

ella y al volver de su casa para ir a la escuela llames a mi puerta. O quizá ni llames. Cada vez que vayas a verla pasarás ante mi puerta. ¡Dios mío! Nunca me había parado a pensar que mi casa está a medio camino entre la suya y la escuela. ¿Te imaginas pasando por delante de mi puerta sin siquiera volverte? ¿Le tiras a ella también del pelo cuando los dos gozáis de ese placer que hace daño? «Ya te dije que dejaras de pensar en ella y que pensaras en mí. Estoy contigo». Me alzó entre sus brazos robustos —enfrente, el reloj, no se divisaban las agujas en la oscuridad, pero el péndulo seguía con su eterno tictac— y nos sumergimos en una especie de inconsciencia. ¿Cómo habría podido entenderlo Hamed? Había sido siempre maravilloso, pero después de todo no era más que mi hermano. Que el tiempo pasara, eso a él no le decía nada mientras que para mí era la muerte. En ello pensaba por lo menos dos veces al día. Para él me iba convirtiendo día a día en una madre y él en un tabú para mí. Nunca logró comprender que mi primer encuentro con un hombre de verdad nos perdería a los dos y a ese pequeño mundo que nos habíamos empeñado en construir, un mundo absurdo que no estaba dispuesto a aceptar otra solterona más. ¿Qué es lo que esperabas entonces? Se retiró y volvió a echarse boca arriba desnudo. Miraba fijamente el techo mientras jadeaba. «¡Estabas ausente, estoy seguro! Estabas igual que un pedazo de madera, pero no será por mucho tiempo. Sé muy bien lo que hay que hacer contigo para que te me des». Hubo un breve silencio y después resolló: «Fathia era como tú al principio». «Así que se llama Fathia». «De todo lo que te dije no has entendido más que ese nombre, Fathia… Fathia… ¿Qué quieres que haga? ¿Que la repudie? ¿No es eso lo que quieres, no? Eres más joven y más guapa que ella, ¿de qué tienes miedo entonces? Espera un poco y ya veremos lo que ella piensa».

Me levanté con crujidos de somier y me dirigí a la otra habitación. En la escuela inglesa de Jafa teníamos una compañera pequeñita que cuando hablaba no paraba de hacer guiños como si con ella el único tema de conversación fueran historias de amor. Tenía una boquita bien perfilada, de labios gruesos carmesí que durante la clase no tenía más que morder para tenerlos siempre encendidos. Era pequeñita y su cuerpo enfundado en el vestido azul marino era como el de una gata en celo. Se pasaba el tiempo

escribiendo y recibiendo cartas. Hablaba siempre de un hombre diciendo «él» y guiñando el ojo. ¿Qué habrá sido de ti, Fathia? Su padre no hacía más que repetir que no se iría de Jafa aunque tuviera que volver a la edad de las cavernas. Cuando hablaba soltaba una sarta de *ahlan wa sahlan*[19] como un beduino repitiendo las fórmulas de la hospitalidad. Un día que habíamos ido a visitarlo durante los sucesos, entró en la habitación para traer un libro y de pronto se volvió hacia mí:

—¿Qué ha decidido tu padre, Mariam?

—No lo sé, pero tiene intención de quedarse, por lo menos eso es lo que dice.

—*Ahlan wa sahlan*. También yo tengo pensado quedarme.

Se dirigió hacia la puerta mientras Fathia nos hacía guiños sonriendo a espaldas de él. Pero no llegó a salir y, volviendo sobre sus pasos, se dirigió a nosotros:

—¿Por qué me voy a ir? Si ocurriera una catástrofe, *ahlan wa sahlan*, el destino no podrá nunca rebajarnos a seres inferiores a los monos.

Cuando desapareció al final del pasillo, Fathia se dirigió a mí rápidamente:

—Un día te casaré con mi hermano Fathi. Busca mujer, ¿qué te parece la idea?

—Ya te dije que quiero antes terminar los estudios.

Guiñó un ojo sonriendo y después se mordió los labios:

—¡A otro perro con ese hueso!

Mi madre utilizaba el mismo tono: «Si te prometes a Fathi no diré: "está bien", sino, como su padre: *ahlan wa sahlan*». Mi padre, que estaba delante de la puerta, montó en cólera y se puso a temblar como le sucedía siempre que se enfadaba. Empezó a gritar hasta desgañitarse: «Aquí nadie habla de boda mientras no se haya resuelto la cuestión». Cuando decía «la cuestión» era como si un peligro horrible e inminente nos acechara. Pronunciaba la palabra a su manera, recalcando bien la primera sílaba y comiéndose el final. Hamed hace lo mismo, lo más probable es que lo haya heredado de su padre. *Estaba junto a la puerta exterior cuando los vi aparecer al final de la calle llevando su cuerpo cubierto de sangre. Uno de ellos me preguntó: «¿Eres tú, Hamed?». Me eché a llorar. Mi madre se asomó entonces a la ventana y lanzó un alarido*

desgarrador. De pronto, todas las ventanas se abrieron y empezaron a oírse gritos y lamentos. Los hombres subieron la escalera en silencio. Iba envuelto en dos abrigos y un brazo desnudo que le colgaba se balanceaba de atrás adelante. Mariam no estaba allí. Si lo hubiera visto de aquella manera se habría vuelto loca. Eso era lo que mi madre no paraba de repetir hasta el último instante, por lo que me envió a esperarla al extremo de la calle para decirle que se fuera a dormir a casa de la tía. Después, también me mandaron a mí allí. Mi madre se quedó sola con las vecinas que habían venido para llorar al difunto. Al día siguiente, Jafa ardía en llamas. Al-Manchya [20] *no era más que un montón de ruinas ennegrecidas. Las ametralladoras seguían silbando. La tía vino para llevarse también a mi madre a su casa*.

Ahora las luces quedaban detrás de mí, pálidas y silenciosas, pegadas al límite del horizonte. El ruido continuo de los camiones que se abrían camino en la noche venía de detrás de la lona, así que estaba a salvo. El suelo era ahora una planicie rocosa y podía caminar con paso más firme y seguro. Soplaba un viento frío que reanimaba. Quise ver la hora sin conseguirlo, tan negra era la noche. Pero después de todo, ¿qué más daba? Lo único que importaba eran las tinieblas frente a la luz. En aquel espacio negro e infinito un reloj no era más que una pulsera de chatarra que solo servía para inspirar miedo y expectación. Por eso al poco me lo quité y lo arrojé al suelo. Hasta mí llegó su sonido apagado. *El tictac empezó a resonar dentro de mí, triste y abandonado como un corazoncito metálico en un cuerpo de gigante. Cuanto más me alejaba de él, más me llamaban sus golpes pidiendo socorro, aplastado bajo la bóveda infernal de aquel cielo de oscuridad rutilante que parecía abatirse sobre él como un loco. Después, se fue perdiendo poco a poco, él, cuya única misión en este mundo era señalar el paso del tiempo frente a una eternidad inmóvil y silenciosa.*

Me sentí más aliviado a solas con la noche, sin ningún intermediario. La barrera entre ella y yo se había desplomado al fin y ahora nos encontrábamos frente a frente en un combate de verdad con armas iguales y con honor. Ante mí se extendía una inmensidad

negra de pasos totalmente ajena a aquellas dos pequeñas agujas. *Murió su pequeño tiempo limitado por una cuerda ridícula. Sobre las piedras frías parecía un ser extraño en un mundo fuera del tiempo, como un abejorro zumbando sin cesar en un revoloteo loco sobre un río del que no se divisaran ni las orillas ni el fondo*. Sentí como si me hubieran amputado parte de la muñeca. Me agradaba entregarme a aquella sensación dejando que mis pasos me condujeran sobre aquel suelo duro. Estaba seguro de que aquello no era una amputación, aunque mi deseo de librarme de él quizá fuera la causa de que lo pensara. Se había quedado tirado allí, en un lugar ignorado e imposible. Lo que había pasado era ni más ni menos que me había arrancado de la muñeca la costra de un viejo grano. Tuve el mismo placer doloroso que se siente cuando se arranca con dificultad y cuidado una postilla seca. El recuerdo de la herida misma desaparece como si hubiera estado pegada bajo esa costra bien ajustada y no quedara de ella más que una mancha ajena. *Se volvió loco y se sumió en la soledad de su tictac tras un muro infranqueable como el que los locos erigen entre ellos y el mundo*.

Vino a mí en silencio y encendió la luz. Se sentó enfrente y me miró dispuesto a lanzarse en una perorata sin fin. Pero no acababa de decidirse y seguía chupando el cigarrillo. Los golpes del reloj se alejaban de mí como una muleta solitaria que se hubiera abierto camino o cuyos pasos se perdieran como lo hacen siempre que me voy de la habitación.

—¿Te vas a quedar ahí sentada esperando a que llegue?

—Pues sí, ya ves.

—Pero entonces, tal como tú lo ves, no llegará nunca.

—¿Cómo?

—No sabrás nunca si llegó. ¿Cómo lo vas a saber?

—Dijo que me escribiría.

—Y si…

—¿Si qué?

—Si te escribe, la carta tardará cinco días en llegar. ¿Entiendes lo que te digo? Me explico. Por lo que veo no estarás tranquila hasta que te haya escrito diciéndote que llegó. ¿No es así? Bueno. Si te escribiera mañana por la mañana, no recibirías la carta hasta dentro de cinco días, con lo que para ti sería como si hubiera caminado durante cinco días. Pero estoy seguro de que no te escribirá. Si se

fue de Gaza es porque quería huir de ti. ¿Entonces por qué va a escribirte? Así que para ti, si no te escribe quiere decir que no ha llegado.

—Tonterías.

—Si mañana por la mañana lees en el periódico que mataron a uno al pasar la frontera…

—¡Basta!

—Estamos hablando, ¿no? Entonces, ¿por qué te enfadas? Quería decir que si le pasara algo y los periódicos lo trajeran mañana por la mañana, sería…

—Ya te dije que basta…

Se calló. Por la puerta entreabierta penetraron, sordos, huecos, los golpes metálicos del reloj. Conté las campanadas una a una. Seguro que él también, mientras se desperezaba estirando los brazos y bostezando.

—Las once. Todavía le queda más del doble por recorrer y nosotros mientras tanto aquí sentados como dos imbéciles sin poder hacer nada. ¡Pero por todos los cielos!, ¿qué es lo que ha ido a hacer en Jordania? ¡Ver a su madre, ah!

La primera vez que tuvimos noticias de mi madre fue un día crudo de invierno. Era después de cenar. Llamaron a la puerta y apareció una vieja arrebujada en una manta oscura de la que chorreaban regueros de lluvia. Preguntó por mi tía y la hice pasar adentro. Con su boca desdentada fue soltando la noticia. «Tu hermana Um Hamed salió en la radio, pidió noticias tuyas, de Hamed y de Mariam, y quisiera saber dónde estáis». La tía se echó a llorar. Las lágrimas se deslizaban por su rostro terroso siguiendo siempre los surcos de las mismas arrugas. Estaba sentada en medio del cuarto con las piernas cruzadas. Sin saber muy bien qué hacer, estrechó a Hamed con fuerza entre sus brazos mientras con voz entrecortada por el llanto le pedía que llorara con ella. Decidimos escribir a la radio para tener más detalles. Hamed insistió en que la carta estuviera dirigida a Um Hamed y después nos pusimos por fin de acuerdo sobre una fórmula cualquiera. Cuatro días después recibíamos una respuesta. Se levantó y como un fantasma pasó a mi lado dirigiéndose a la otra habitación. Me llamó para que fuera a dormir, pero no quise. Volvió a llamarme otra vez hasta que por fin se calló. Poco después oí su respiración pesada y regular. Entonces

me levanté, apagué la luz y me metí en la cama. Con los ojos cerrados, lo veía caminar con paso firme por aquella tierra remota. Hubo un instante en que lo vi con toda claridad mirándome fijamente con ojos tristes y furiosos, solo, errante, quizá perdido. Me puse de nuevo a contar sus pasos. Zacarías dormía a pierna suelta con la cabeza hundida en la almohada. ¡Pero por todos los cielos!, ¿qué es lo que ha ido a hacer en Jordania? ¿Quiere atravesar todo ese desierto solo para llorar en el regazo de su madre? ¡Pobrecito, era como un niño grande! Vivió toda su vida ante una sombra protectora que se había creado durante más de quince años sin refugiarse en ella, esperando que un día ocurriese una calamidad cualquiera. Había hecho de su madre lejana un refugio al que acudiría en la desgracia. Aquella sombra la había agrandado y recreado hasta tal punto que se había olvidado de hacer de sí mismo un hombre que no necesitara de ningún refugio en los momentos de adversidad. ¿Pero qué es lo que te creías, pobrecito Hamed, que esta tierra fértil iba a seguir siempre virgen sin que a ningún arado le fuera dado penetrarla?, ¿que iba a pasarme la vida mirando tus pantalones colgados y pensando en un tal Fathi de Jafa que hubiera estado ausente durante todos estos años trabajando callada y honradamente para reunir una dote digna de la hija de Abu Hamed? Pero Jafa está perdida, desgraciado, perdida, perdida, como Fathi, como todo. Fuiste tú mismo quien colgó frente a mí ese ataúd para que me repitiera incansable día y noche esa verdad trágica, tú quien me presentó a Zacarías, tú quien hizo de nuestra madre una obsesión. *¿Qué crees que va a decirte esa madre a quien casi no conoces?: «¡Pobrecita Mariam! ¡Qué vida más desgraciada has tenido que tener para terminar así! ¡Tú, la rosa del barrio!* [21], *llena de ambiciones, tan instruida, de tan buena casta. ¿Qué habrás tenido que soportar para aceptar a un hombre como Zacarías con todos sus años a cuestas, su mujer, sus hijos? ¡Mi querida pequeñita mía!». ¿Qué te imaginaste cuando en un momento de arrebato decidiste dejar todo e ir en busca de tu madre? ¿Pensabas acaso que iba a irse contigo y atravesar el desierto para volver a Gaza, irrumpir en casa y poner a Zacarías en la calle para después devolver a Mariam su frescor, sus ambiciones, su virginidad?* Las piernas le flaquearon de pronto al

pie de aquella loma. Se puso a temblar y se detuvo. Esta vez era definitivo. Ahora sí que estaba seguro de que nunca más volvería atrás. Sus pies parecían haberse hundido en mi pecho como un tronco imposible de arrancar. Por un momento hasta creí que no podría continuar y se quedaría allí plantado, jadeante, hasta morir de pie. Como el relojito abandonado que seguía sonando hasta pararse sin que a nadie le importara. Un instante después, como si su mirada fija y ausente fuera la causa, un haz de luz roja brotó del cielo para después caer tras el horizonte como una cascada imaginaria. Era la primera vez que lo veía. Tenía un rostro de expresión adusta, quizá debido a la barba naciente, gris de polvo, la frente recta y las cejas muy juntas bajo las que apuntaban un par de ojos pequeños y negros. El cabello era corto, crespo y negro, al que el polvo daba reflejos plateados. Con sus grandes manos y su cuerpo de adolescente robusto y ágil enfundado en un abrigo color de yute rugoso, parecía un gato salvaje. Era muy moreno, de ese moreno que solo se pega quemándose al sol durante generaciones, con un baño diario en la tierra y la sangre. Un moreno cálido y con enjundia. El haz de luz roja siguió por unos instantes suspendido entre el cielo y la tierra, luego sus rayos se volvieron verdes y, con ellos, las dunas a lo lejos pasaron del marrón al amarillo oscuro. Entonces, rápidamente, del horizonte se elevó la noche invadiendo de nuevo el cielo y sembrando tras sí las estrellas en su orden. Estaba allí de pie, inmóvil, como delante de una puerta cuyas hojas se hubieran abierto súbitamente de par en par. *De un infierno a otro, ¿no se te ocurre nada mejor que arrojarte al abismo, imbécil? ¿Qué quieres que diga tu madre? Habrías podido igual degollarla sobre tus rodillas y a él mandarlo al infierno. Después te habrías enjugado las manos llenas de sangre en la cara y en las paredes de la casa. Y entonces te habrías quedado. Pero no tuviste valor. Para eso tenías que haber sido menos cobarde. No, todo aquello era estúpido, estúpido. ¿No era también estúpido querer poner a tu madre entre tú y Mariam, hacer de ella una barrera del olvido? ¿Quieres imponerle una nueva catástrofe? Tu madre era para ti un caballero legendario dispuesto en todo momento a desenvainar la espada contra todo lo que pudiera oponerse en tu camino. Toda tu vida te apoyaste en ella. ¿Qué quieres ahora de*

ese paladín imaginario que por tu fracaso y tu impotencia solo tiene ya un caballo enteco de madera? Siéntate aquí bajo la capa de ese cielo que se envuelve en sus profundidades y piensa con calma: Gaza ha desaparecido detrás de ti sumida en la noche. El ovillo de lana ya está completamente desenrollado. Has dejado de ser ese ovillo de lana devanado durante dieciséis años. ¿Quién eres ahora?

Cayó de rodillas como derribado por una mano invisible. El haz de luz verde se desintegró en un solo punto en el cielo arrastrando consigo el fulgor que había lavado las tinieblas. Postergado, con las manos en las caderas, parecía un ser animado al que el haz de luz había arrojado sobre mí para después irse como había venido, solemnemente y sin ruido. *¿Estás seguro de que ella no se habrá casado también? Meneó la cabeza violentamente como para desechar aquella idea. ¿Quién sabe si no se volvería a casar inmediatamente después de habernos perdido? En las cartas que escribía decía siempre que vivía con su hermano y que cuidaba de los hijos de este, y no tuviste más remedio que creerla. Pero si al entrar en su casa te dijera: «Este es mi marido. Creí que había perdido todo, ¿qué otra cosa podía hacer más que volverme a casar?», ¿qué harías entonces, di? ¿Volverías a Gaza? Piénsalo bien. Imagínatela diciendo: «Todavía no tenía cuarenta años cumplidos y estaba completamente sola. Tenía que escoger entre quedarme con tu tío y los niños y pasarme la vida sirviéndoles o casarme con un hombre que, cuando me muera, pueda pagarme una mortaja y una tumba. ¡Hamed, pequeño mío! ¡Pobre hijito mío!, ¿por qué tenías que chocar con la vida tan duramente?».* ¿Por qué no llevaste contigo un guía o un arma para acompañarte en este trance difícil? Parecía triste, angustiado, anonadado. Se había extraviado y la noche fluía en torno a él sin que se diera cuenta. Hubiera querido decirle algo, pero el silencio es mi destino. Arrojado en aquel vacío negro, agotado, acongojado, transido de pena, no decía una palabra. *Ni una sola palabra. Mientras él seguía golpeando, golpeando, golpeando. Solo me queda la espera amarga que sé que nunca terminará. A menos que lea su nombre en el periódico de la mañana. Solo entonces acabará todo*

irremediablemente. Solo quedaremos Zacarías y yo, y también ella, de pie, frente a la cama, con sus hijos a cuestas. Me mirará y me verá apagando mi sed en su fuente, desnuda entre los brazos de él lamiéndole el pecho como una perra. «Dime, Hamed, ¿nunca has ido con una mujer?». Me miró asombrado como si le hubiera dado una bofetada. Quizá se diera cuenta de que esta pregunta que le lancé de manera desabrida se me había ocurrido al ver su cuerpo desnudo envuelto en una toalla desde la cintura. Después de atarse bien la toalla con un nudo, me preguntó: «¿Qué quieres decir?». «Quiero decir que si nunca has pensado en casarte». Movió la cabeza denegando: «Solo me casaré cuando haya reunido a toda la familia en una casa que no sea este agujero inmundo». Di una vuelta en torno a él y después volví a insistir: «Pero no has contestado a lo que te pregunté antes. ¿Has estado alguna vez con una mujer?». De nuevo leí en sus ojos la misma expresión de asombro. Me midió de arriba abajo con la mirada —quizá fuera la primera vez en su vida que me miraba así— y después se puso a peinarse. Tenía el cabello negro y crespo, que peinaba siempre hacia atrás sin necesidad de mirarse al espejo. Pero al poco el pelo volvía de nuevo a encrespársele. Lo sabía perfectamente y al principio era algo que le irritaba. Después, viendo que era inútil, terminó por resignarse. Aquella noche volvió tarde haciendo ruido aquí y allá para despertarme. Cuando abrí los ojos todavía no se había desvestido y comprendí enseguida que quería continuar la conversación de la mañana. Siempre recurría a la misma treta con tal ingenuidad que se le notaba a las claras que era incapaz de hacer teatro. Primero, hacía como que buscaba algo y después se volvía hacia mí y continuaba la conversación como si acabara de interrumpirse en aquel mismo instante: «Vi con mis propios ojos cómo se desangraba. Fue en la escalera. Lo llevaban envuelto en dos abrigos manchados de sangre. Un brazo desnudo le colgaba exangüe y se balanceaba de atrás adelante como invitándome a seguirle. Subí la escalera sollozando y abriéndome camino entre las piernas firmes y sólidas de los hombres. Vas a decirme que es imaginación mía, pero no lo

olvidaré nunca… Te contaré un secreto que hasta ahora nunca dije a nadie. Recuerdo que un día entré de sopetón en su habitación, no sé muy bien por qué. Abrí la puerta y los vi a los dos juntos en la cama. Debían de estar desnudos, pero lo único que vi fue su brazo, un brazo moreno y fuerte alrededor de una cintura de piel muy blanca. Di media vuelta cerrando los ojos y eché a correr. Al día siguiente vino a sentarse junto a mí y se puso a hablarme. No recuerdo nada de lo que me dijo, lo único que recuerdo de mi padre, lo único, todo mi padre, es un brazo: una vez haciendo el amor con mi madre y otra vez manchado de sangre con la rigidez de la muerte… Todo mi padre, todo él, todo él».

Pequeño, eso dicen todos, pequeño. Y ahora aquí te encuentras de pronto, todo diminuto, arrojado en este vacío absoluto como una burbuja de aire flotando en un lugar ignorado e incapaz de elegir su camino. Quizá fuera mejor que pasaras el resto de tu vida ahí de rodillas, prosternado con la frente en el suelo y el cuerpo carcomido por la vergüenza, como por la roña, esperando que una patada te enderezara. Pero lo que aquí buscas es la mirada de Salem, que sigue removiéndote las entrañas, esa mirada de adiós a tu vergüenza eterna. Eso es lo que aquí buscas. Ni siquiera te quedará un látigo para sacudirte como lo hizo durante años de vacío y de silencio el látigo que Salem dejó tras sí cuando se fue para siempre. Un día Salem me detuvo —una semana después de que entraran en Gaza— y agarrándome del brazo me preguntó: «¿No has tenido nunca ganas de tirar aunque solo sea una bala en esta batalla? ¿Vas a dejarte aniquilar sin disparar un tiro?». Me puse a temblar. Era el hombre peligroso solo a unos centímetros de mí. Aunque debió de sentir bajo su mano el temblor de mi cuerpo, siguió como si no se diera cuenta: «Por lo que me han dicho, mataron a tu padre y durante todos estos años has vivido carcomiéndote, pensando en cómo vengarte y diciéndote…, ¡bueno!». Se calló bruscamente y su sonrisa se esfumó tras sus pómulos salientes y sus ojos pequeños. «Tenemos todo lo necesario, ¿vienes?». Pero al día siguiente nos llevaron detrás del campo y nos colocaron en fila. Zacarías. Zacarías. Aquello me lo esperaba de él, pero nadie quería creerme. Cuando lo llevaron detrás del paredón, lo vi decir adiós a Zacarías,

con una mirada cargada de desprecio, hiriente. Su rostro adquirió de pronto la expresión rígida de los que saben que van a morir en la plaza pública a la vista de todo el mundo por una causa justa, una expresión trágica y arrogante a la vez en la que no se leía la menor vacilación. Entonces las miradas de todos confluyeron en Zacarías, que permanecía de pie con las manos cruzadas y la vista clavada en el suelo. Bajo una lluvia torrencial esperábamos la detonación. Se oyó un disparo que parecía haber sido a quemarropa. Zacarías se estremeció como si le hubieran dado a él en el vientre y se retorció ligeramente, pareciendo que fuera a desplomarse. Después oímos un segundo disparo. Teníamos todos la mirada fija en él como si nos hubiéramos puesto de acuerdo. La tierra crujió. Poco después regresó el oficial con la sonrisa en los labios y aire de satisfacción. Nos gritó: «Podéis volver a casa. Lo que acabáis de ver os bastará». Bajamos de nuevo al campo llevando cada uno a cuestas su propia humillación. *Cuando entró en casa tenía aspecto tranquilo y serio. Se sentó y me miró mientras se mordía el labio. Después se levantó y dirigiéndose a la cocina desde allí me anunció: «Hoy han matado a Salem, mañana quizá nos toque a cualquiera de nosotros». Cuando acudí a su lado estaba llenando el jarro de agua. No bebía nunca más que del jarro. Allí me di cuenta de lo pálido que estaba. Después de beber se volvió hacia mí: «Puede que mañana me toque a mí». Salí de la cocina y me asomé a la ventana. Sentí sus pasos detrás de mí: «¿Y por qué va a tener que tocarte a ti? Tú no has hecho nada. Si a Salem lo mataron es porque… bueno, ya conoces a Salem… ¿pero a ti, por qué van a tener que matarte?»*. Con toda seguridad quería tranquilizarme, pero no se daba cuenta de que lo único que hacía era aumentar mi vergüenza. ¿Por qué van a tener que matarte a ti? ¡Claro, un ser tan insignificante qué más daba que siguiera llevando una vida insignificante y muriera con una muerte insignificante, mediocre! *Ahora está postrado sobre mí como si el viento helado hubiera reblandecido sus huesos y lo hubiera arrojado al suelo sin conocimiento. Pronto no será más que un esqueleto calcinado por el sol y la arena, un mojón que en vez de servir de guía extravíe a los caminantes*.

Escudriñé las tinieblas tratando de distinguir el reloj en la

oscuridad. Debía de ser cerca de medianoche. La vista se me acostumbró a la penumbra y en la esfera blanca brillante acerté a ver las dos agujas negras que se iban acercando dispuestas a dar el salto final. Sus pasos resonaban cada vez más rápidamente, jadeantes, en espera del momento tumultuoso del encuentro. Zacarías se dio media vuelta y se puso a roncar sumido en sus sueños. Con la vista fija en aquella aguja negra que se arrastraba sobre la esfera de esmalte blanco pensaba: ¡Qué esfuerzo de todo un día para llegar a ese breve encuentro! Y la otra que como una pequeña lanza la esperaba, impasible, suspendida sobre su cabeza. ¿Y si las dos se pararan y se fundieran repentinamente hasta expirar como expiran los deseos cuando se realizan? Al poco se oyó un ruido y el reloj dejó de sonar un breve instante como si adoptara un aspecto grave para anunciar una noticia terrible a la muchedumbre silenciosa agolpada ante su majestad. La aguja grande dio un pequeño salto para juntarse con la pequeña y las dos se desvanecieron en un repiqueteo metálico estrepitoso. Sonaron doce campanadas. La última, como ese estremecimiento de lasitud que se produce cuando se derrama la última gota de esperma. La aguja grande prosiguió su recorrido con su paso solitario sonando en el vacío. Medianoche. Dentro de cuatro horas, todo lo más, amanecería y la luz del día es cruel enemigo de los que huyen. De pronto, lo sentí latir por primera vez en mis entrañas, moverse dentro de mí desde el fondo insondable de lo desconocido, temblar levemente como un gorrión prisionero en las dos manos. Después, dudé que aquello pudiera ser verdad. Abrí la mano queriendo posarla sobre él, pero él permanecía silencioso, lejos de mí, quizá aún dominado por la ira. Pronuncié su nombre: Hamed, y me puse a sollozar sin razón o más bien por todas las razones juntas.

Estaba seguro de que ocurriría. Un cohete rojo surgió de detrás de la loma. De un salto se elevó en las tinieblas dejando tras sí una cola de chispas azuladas. Cuando recorrió su trayectoria, estalló con ruido apagado para transformarse en una nube violeta luminosa que, suspendida muy baja en el cielo, terminaba en medio arco de humo blanco. Después la nube se espesó poco a poco arrojando una lluvia de chispas. El desierto se había iluminado de pronto, pero aquella luz lo hacía aún más misterioso, más irreal. Por primera vez desde que empecé a

caminar en aquel desierto, sentí miedo, un miedo como nunca. Me parecía que aquella loma justo delante de mí, que la luz de la bengala me había revelado, tal vez ocultara un ser misterioso: un demonio, un profeta, un hombre. Con gran esfuerzo traté de dominar los nervios y también los músculos de los muslos que me temblaban como lo hacen esos animales reacios a dejarse sujetar. Me rehíce y traté de razonar: no tendría nada de extraño que detrás de esa loma hubiera un hombre, o incluso varios, y fueran ellos los que habían lanzado esa señal luminosa. La certidumbre de estar completamente solo atizaba el deseo de defender ferozmente mi vida. Así que logré recuperar poco a poco el aliento, los movimientos y la cabeza, me eché bien pegado al suelo cuan largo era. Si ese hombre había lanzado una señal luminosa era que quería que lo localizaran. Sentí que me amenazaba un peligro y, para que no me vieran, me pegué aún más al suelo todo cuanto pude. Seguro que estaba detrás de la loma, de allí era de donde había surgido la señal luminosa. Tal vez estábamos los dos perdidos. *No sabía nada en absoluto, pero ese peligro misterioso que lo había sorprendido avivaba todos sus instintos hasta la punta de los dedos. Se echó boca abajo bien pegado a mí y permaneció inmóvil. Sentí su pulso ardiente y regular que fluía hacia mí. En el silencio absoluto que nos rodeaba oyó un ruido de pasos lentos sobre la arena, justo detrás de la loma*. Estaba pendiente de aquellos pasos con mis cinco sentidos. Parecían dirigirse hacia mí lentamente, con cautela. Por primera vez en mi vida eché de menos un arma, en un lugar como aquel donde era imposible encontrar una piedra o un garrote. Ante mí, en lo alto de la colina, surgió una cabeza que se destacaba como una bola aún más oscura que el fondo negro del cielo. El hombre vaciló unos instantes como si sintiera la presencia de un peligro desconocido. Por fin se decidió a subir hasta lo alto del cerro. Allí de pie parecía la sombra oscura de una estatua de piedra animada por un alma espectral. Después, fue bajando con precaución dirigiéndose hacia mí. Retuve el aliento porque el silencio neutro puede significar todo. La única arma de que disponía era la sorpresa. Aunque esta arma me producía un sentimiento de superioridad, ignoraba hasta dónde podría jugar en mi favor. Sus pasos se hicieron más perceptibles. Estaba seguro de que estaría armado, pues un hombre solo en el desierto, que dispone de un

lanzabengalas, no es posible que no lleve un arma. Además, puede que fuera un soldado entrenado en los métodos de la lucha cuerpo a cuerpo. Pensé que si pasaba solo a dos metros de mí todo terminaría en paz. Pero venía derecho hacia mí como si yo fuera su objetivo. Cuando llegó a mi lado, la tierra me propulsó de un empujón sobre él y rodamos juntos. Conseguí sujetarlo agarrándolo bien por los brazos y aplastándolo con todo el peso de mi cuerpo. Me di cuenta de que era más fuerte que él. Le clavé la rodilla entre los muslos. Lanzó un gemido y murmuró algo. Sin darle tiempo a que reaccionara, le arrojé un puñado de arena a la cara. Así podría cachearlo cuidadosamente: lo primero de todo le quité la metralleta que llevaba colgada del hombro y la arrojé lejos. ¿Por qué? No lo sé. Después, le quité también el lanzabengalas y solo me quedé con el cuchillo. Lanzó un profundo suspiro, pero siguió inmóvil en la misma postura. Era evidente que la sorpresa lo había paralizado totalmente. Hablaba sin parar o, más bien, no hacía más que repetir siempre la misma frase. Por fin, ya más tranquilo, se sentó y se frotó los ojos. Escupió la arena que tenía en la boca y me lanzó unas palabras entrecortadas que parecían un insulto. Le dije que se callara y entonces colocó las manos en el suelo para apoyarse y miró a su alrededor pasmado. Después, con una rapidez vertiginosa, se irguió y me echó las manos al cuello. Pero cuando sintió la punta del cuchillo en el vientre, volvió a su postura anterior y siguió mirando en torno suyo con expresión atónita. De pronto me di cuenta de que no era mi fuerza lo que había conseguido dominarlo sin dificultad, sino que, pensando que se trataba de una broma de sus compañeros, no había opuesto ninguna resistencia. Aunque la broma no parecía haberle hecho ninguna gracia, todavía le hacía menos haberse llamado a engaño. Nunca hubiera pensado oír una palabra de árabe en un lugar tan recóndito y era evidente que tardaría en creer que aquello pudiera ser verdad. Se puso la cabeza en las manos y yo me senté a su lado agarrando con fuerza el cuchillo. *La espera era ya una costumbre en mí, algo consustancial. Creí que podría dormir después, pero en vano. Me puse a imaginarlo de niño en un mundo extraño y cruel, un niño ante un juguete roto disperso en mil pedazos, que sus bracitos no consiguen alcanzar. Decidí que iría a verla y además sería la primera cosa que haría al día siguiente por la mañana. Llamaría a*

su puerta y le diría: «Soy la segunda esposa». La dejaría que me mirara a placer, pero por lo menos la conocería y sabría cómo habérmelas con él y con ella. Lo que no tiene sentido, no sirve para nada, es seguir aquí esperando. Sería condenarme a muerte permitirle que me considerara en su vida solo un lugar de paso entre la escuela y su casa, en donde evacuar su esperma y después largarse. ¡Mira que haber esperado tanto tiempo, Mariam, para al final no ser más que eso, un lugar de paso! ¡Vaya espera! Sus pasos golpean en la pared toda la noche, pasan por encima de ti viniendo de… yendo a… Golpean. Golpean. Golpean. Y se deslizan entre tus dedos como la arena. Para ti ese largo viaje termina en algo tan insignificante como eso, en un lugar de paso. Por encima de ti pasa todo lo que habrías deseado tener pero que nunca tendrás.

Permanecían los dos sentados en aquel vacío extendido, solo separados por la hoja del cuchillo. Parecían dos espectros, dos seres irreales con el viento frío de la muerte abatiéndose sobre ellos, en espera del momento de la verdad única, tan lejana de sus hombros tan cercanos. Su encuentro en aquella inmensidad infinita parecía obedecer a un extraño destino. Quizá fuera el azar pero, en todo caso, inevitable. Se sentaron juntos para comprenderlo y creerlo. *Por último le pregunté: «¿De dónde vienes?»*. Levantó la cabeza tratando de distinguirlo en la oscuridad, pero la noche era demasiado negra. Masculló una sola palabra y después escupió. *Con la punta del cuchillo lo aguijoneé en la cadera y volví a preguntarle: «¿De dónde vienes?»*. Guardó silencio un instante, pensativo. Al final, hizo un gesto con la cabeza, extendió las manos ante sí y soltó una palabra entrecortada. Luego intentó ponerse de pie, *pero lo obligué a que se quedara sentado* y sin oponer resistencia volvió a su sitio y abrió las manos perplejo. *Procuré no perder la calma: «¿Está lejos de aquí Zahiriya?»*. Por toda respuesta alzó los hombros e hizo el mismo gesto de antes con las manos. *De pronto me acordé de la señal luminosa. Sin duda esperaba la llegada de una patrulla que no andaría lejos. Me arrepentí de haber arrojado la metralleta, aunque de todas maneras no sabía cómo utilizarla. Y quizá fuera mejor no hacerlo.*

En aquel silencio absoluto sonaría como un trueno y retumbaría hasta el otro extremo del desierto. Ahora tenía entre las manos un rehén, pero no sabía dónde llevarlo ni cómo sacarle partido. Habría sido mejor haberlo degollado cuando salté sobre él. Ahora eso parecía imposible, cuando no ya inútil, y además superior a mis fuerzas. Lo oía respirar junto a mí. Parecía cansado y distraído y sin embargo, al acecho, dispuesto a saltar al menor gesto mío. Todas esas horas de la noche eran como una horrible pesadilla, un extravío sin fondo. Una vez más tenía que hacer frente a una situación nueva de la que no sabía cómo salir. Empecé con una sonrisa para después estallar en una carcajada. Zacarías se dio la vuelta y me miró. Después volvió a dormirse pensando que quizá fuera él quien había tenido un sueño loco. *Puede que no sepas más que el hebreo, pero no importa. Escucha, ¿no es algo verdaderamente conmovedor eso de encontrarnos así sin más en este vacío y no poder cruzar una palabra? Seguía mirándome con rostro enigmático, aunque en sus ojos pude leer una ligera expresión vacilante. Sin duda tenía miedo*. Yo ya lo había superado. Lo que sentía ahora era algo extraño, indescriptible. *No es posible que sigas siendo un fantasma, habrá que encontrarte un nombre e inventarte una vida. Nos sobrará tiempo. Hasta que te descubran con sus proyectores y sus perros me dará tiempo a recrearte. Y solo entonces degollarte tendrá un sentido*. Aquí no es posible que permanezcan dos, así que, ella o yo. Ni el mismo diablo podría vivir entre vosotros dos. Sois como dos alucinaciones, las dos planchas de una prensa que me estruja. *Bueno, empecemos otra vez con calma: «¿Tu nombre? Inútil. Aunque comprendieras lo que te digo, no me responderías la verdad, así que estamos en un círculo vicioso. Pero el tiempo no está en contra de los dos de la misma manera. Puede que estén más cerca de ti de lo que yo me imagino, pero también tú estás más cerca de mí de lo que ellos piensan. Así que, como ves, no es más que una cuestión de distancia, o quizá también de tiempo. Bueno, el tiempo no me preocupa demasiado, como ves, y la distancia está a mi favor: estás más cerca de la hoja de mi*

cuchillo que yo de los cañones de sus fusiles. Además, hay otra cosa que también tiene su importancia y que tienes que tener en cuenta: matarte aquí a unos pasos de los tuyos, quizá no lejos de tu campamento, es más grave que matarme a mí, un enemigo infiltrado en vuestra fortaleza, solo y sin armas… La cosa depende de cómo se mire y, por extraño que parezca, no seré yo el que pierda. Hace solo unos instantes todo en este mundo parecía estar en mi contra. Todo, en Gaza y en Jordania. Yo estaba allí, exactamente allí, rodeado de desdichas por todas partes. Ven, te diré algo importante: ahora no tengo nada que perder y por eso no podrás nunca sacar nada de mí». Si solo pudiera hacerle comprender que no tengo nada en contra de ella, que no tiene nada que ver con lo que pasó, pero eso a ella la tendrá sin cuidado. El caso es que soy una segunda esposa en los brazos de su marido. De la mañana a la noche andaré en boca de los vecinos y las mujeres: esa es la que le quitó el marido a Fathia, la pobre, tiene de él cinco hijos que ahora deambulan por las calles abandonados a su suerte. Y tú, ¿qué responderás a ello? Tú, tú, sí, tú. ¿Qué soy para ti? También dirán: su hermano se volvió loco de vergüenza y se marchó. Y, además, dio a luz a los cinco meses nada más de haberse casado. ¡Qué vergüenza! ¡Que se vayan todos al infierno! Pero tú, tú, ¿qué les dirás? Dirán: la tuvo gratis, es joven, ardiente, y tiene una casa con dos habitaciones, dos camas y todo lo necesario. Consiguió echar de casa a su hermano pequeño y nunca más nos volvieron a dar noticias suyas. ¡Embusteros! Pero tú, Zacarías, ¿qué dirás?, dime, ¿qué dirás? Ahora solo te tengo a ti, todo se oscurece en torno a mí. Dime, ¿qué dirás tú?

El cielo empezó a elevarse. En el horizonte se extendía una franja gris oscuro y las estrellas parecieron de pronto más apagadas y más lejanas. El silencio abrumador aumentaba su miedo. Miraba a su alrededor. Aquella espera se volvía un pantano sin fondo. El tiempo era ahora su enemigo. Hamed permanecía inmóvil, decidido a quedarse allí hasta el final. La superioridad sobre su adversario residía en que no esperaba nada. Lo mismo que yo. Eso en mi caso significa lo perdurable frente a lo perecedero. En cuanto a él, se había extraviado, pero eso no significaba nada para él porque no era que no supiera el camino, sino que no deseaba ir a parte alguna.

Desde el comienzo de la noche había luchado con tanto ahínco para terminar encerrado en aquel pedazo de tierra que ahora este había llegado a ser su propiedad. *De pronto me rondó su recuerdo y volviéndome hacia él le pregunté: «¿Conocías a uno de Gaza llamado Salem?». Pero sin mirarme permanecía con los ojos clavados en el suelo, entre los pies. Proseguí: «Te lo pregunto porque puede que seas tú quien lo haya matado. Pero deja que la luz de la mañana me lo descubra». Entonces se volvió hacia mí y soltó una parrafada interminable. Agitaba los brazos y señalaba tan pronto hacia atrás como hacia delante. Se veía que estaba nervioso, dominado por la ira. Le acerqué la punta del cuchillo al costado y por fin se calló. «Oye, no te quité el lanzabengalas para que te pongas ahora a utilizar la voz, ¿eh? Además, no entiendo ni una palabra de lo que dices ni hay aquí nadie que te entienda, así que no pierdas el tiempo».*

Sonaron dos campanadas y después de pararse un instante continuó su caminar solitario golpeando contra la pared y en mi cabeza. Me diste ese ataúd y lo colgaste delante de mí para que te meta dentro de él, pero seguiré oyendo el ruido de tus pasos y será solo a mí a quien entierren. Y hasta cuando me hayan sepultado, tus pasos seguirán resonando arriba, abajo, por todas partes, hasta la eternidad. A ese pequeño ataúd iremos a parar todos y cuando estemos dentro tus pasos nos machacarán. Solo tú te quedarás fuera y seguirás tu camino sin fin. ¿Sin fin? ¡Dios mío, solo tú lo sabes!

De pronto, movido por una idea repentina, le quitó el cinturón y le ató cuidadosamente las manos detrás de la espalda sin que el otro opusiera la menor resistencia. Después volvió a sentarse en el mismo sitio, con el cuchillo bien agarrado. De la colina silenciosa descendía un viento frío y cortante. Se acurrucó con las rodillas en el pecho y la cabeza entre las manos. Hasta él llegaba de lejos un ruido apagado. Se levantó y se puso a escudriñar las tinieblas en torno a él. Aunque empezaba tímidamente a clarear, la luz del amanecer todavía no había conseguido rasgar por completo el velo de la noche. Volvió de nuevo hacia él y se puso a registrarle los bolsillos. Mis dedos palparon una cartera. Se la saqué e intenté descubrir lo que contenía, pero en la oscuridad me era difícil saber

si aquellos documentos eran importantes, así que lo guardé todo en el bolsillo de mi camisa. Me miraba perplejo. Esperaba sin duda que surgiese un milagro que lo salvara, pero de lo que yo estaba seguro era de que no tardaría en darse cuenta de que ese milagro, si llegara a producirse, significaría su propia muerte. Cómo llegaría a darse cuenta de ese sino ineluctable, eso era lo que yo no sabía. De pronto pareció como si hubiera oído ruidos a lo lejos porque se puso a temblar mirando en torno a él y después hacia mí. Le mostré el cuchillo para hacerle comprender lo que pasaría si ese milagro llegara a realizarse, y volvió a acurrucarse en su sitio. Entonces sucedió algo extraordinario: estaba de pie, con él hecho un rebujo ante mí, y de pronto en aquel desierto silencioso se diría que cada partícula de arena, cada vibración del aire, cada estrella, cada punto de tinieblas, todo nos miraba. Como mirábamos a Zacarías cuando se arrastró a los pies del oficial en aquel instante en que todos esperábamos la muerte. Salem estaba con nosotros en la fila y antes de que supiéramos lo que iba a pasar Zacarías empezó a chillar: «Os diré quién es Salem». Pero Salem no le dio tiempo a culminar su traición y después de avanzar con firmeza tres pasos se detuvo. Sus pasos caminando hacia la muerte resonaron implacables en el silencio del desierto y los años de silencio mortal cayeron sobre mí como una lluvia. ¿Por qué tenían que matarte a ti? Salem se me acercó y me agarró del brazo: «Seguro que has pasado todos estos años carcomiéndote y diciéndote si… Bueno. ¡Anda, ven!». Cuando los hombres subían la escalera, un brazo desnudo le asomaba entre los dos abrigos manchados de sangre, balanceándose de atrás adelante como si me invitara a que lo siguiera. Detrás del paredón en ruinas hubo una sola detonación y Zacarías se retorció como si la bala lo hubiera tocado a él. Después la madre de Salem vino a verme: «Fui allí esta noche, pero no lo encontré. Lo enterraron a escondidas, ¿sabes tú dónde? ¡Hijo mío, corazón mío, hijo de mis entrañas! Lo único que me quedaba».

La barca abarrotada se balanceaba en un universo negro en llamas. ¿Dónde lo enterraron? Mi madre guardó el secreto con ella y después nos separamos. Lo que le quedaba. Lo que nos quedaba. Lo que me quedaba. Contar los restos, contar las pérdidas, contar la muerte. Lo que me quedó en este mundo: un pasadizo negro de arena, una pasarela entre dos mundos perdidos, un túnel sin salida.

Cerró dando un portazo y después de descalzarse se sentó como si estuviera en su casa. Si hubiera tenido un palmo de tierra donde plantar una viga de madera, lo habría ahorcado. Pero ella no dijo nada, dejó que me fuera sin una palabra. *De pronto, me recorrió un escalofrío y me puse a temblar: algo le ha pasado en este mismo momento… Me diría que estoy loca si lo despertara y le dijera: «A Hamed le ha pasado algo en este mismo instante. Lo siento dentro de mí». Salté de la cama y a tientas me dirigí a la cocina. El silencio era abrumador, solo roto por los golpes del reloj que a través de la puerta llegaban a mis oídos, amortiguados pero insistentes. Bebí por hacer algo y después abrí la puerta suavemente y miré hacia la escalera sumida en la oscuridad. Me acerqué a la ventana y me puse a mirar la calle, vacía, silenciosa, débilmente alumbrada por las pálidas luces de los faroles. Volví a la cocina y sentí de nuevo el mismo pequeño escalofrío misterioso, rápido pero sobrecogedor. De pie, apoyada en la puerta, lo llamé: «¡Hamed!», y me eché a llorar. Por la ventana abierta entraba un frío que cortaba. Empecé a tiritar y fui a la habitación a buscar algo con que taparme. Al acercarme a la cama y oír su respiración pesada y regular, me pregunté a mí misma: «¿Aceptaría que lo llamara Hamed?». Agarré la manta y me pregunté aun: «¿Pero aceptaría Hamed que el hijo de Zacarías llevara su nombre?». Decidí que sería mejor volver a la cocina y que un té caliente nos reconfortaría a mí y al pequeño. Encendí el fuego y, mientras contemplaba la llama azul, un torbellino de ideas me cruzó de nuevo por la mente: «¿Y por qué voy a tener que llamarlo Hamed?». No se pueden ver el uno al otro. Siempre lo llamaba el cerdo, eso era todo, el cerdo, la única palabra que tenía para nombrarlo, mientras que Zacarías, a él, lo llamaba siempre el pequeño. Pensaba que seguía siendo un niño, incapaz de afrontar la vida por sí mismo. Entonces, ¿cómo se podía pensar en volver a reunirlos? Aquello sería imposible y hasta mortal. Además, Zacarías no lo deseaba en absoluto y esperaba que me deshiciese de él como fuera: esa criatura infernal berreando todo el día que va a hacer de ti una botella de leche con forma humana. ¡Dios*

mío!, ¿cómo es posible que exista un destino ordenado de manera tan cruel?, ¿cómo es posible? Hamed llegó detrás de mí sin hacer ruido, como de costumbre, y se sentó en la silla, de cara al respaldo, con los brazos apoyados en él: «Haces un té maravilloso… ¿Hay para mí?». Le di un vaso y se puso a sorberlo con placer, chasqueando los labios porque quemaba. Había venido para decirme algo después del silencio de varios días de enfado. Traté de no mirarlo de frente para dejarle que hablara a su gusto. Entonces, sin ningún preámbulo, fue derecho al grano: «Bueno… ¿no podrías deshacerte de él por uno u otro medio? Es un bastardo, después de todo». No contesté. Se dio cuenta de que para empezar había sido demasiado abrupto. Entonces, se levantó, vino hacia mí y me miró a la cara: «No puedo impedir que os caséis, lo habéis organizado todo sin contar conmigo, pero…». Se calló un momento y después volví a oír su voz a mi espalda: «Tengo razones para hablarte de lo que no me incumbe. ¿Crees verdaderamente que merece vivir ese niño que se va a criar a la sombra de un individuo como Zacarías?». Se detuvo un breve instante y añadió la palabra de siempre, la que ya me esperaba: «Ese cerdo». Apreté los dientes y salí, pero me siguió fuera del cuarto y me agarró del brazo: «De todos modos, vas a casarte con él dentro de unas horas. Pese a todo. Si tú quieres perderte y que él se pierda contigo, deja que el niño se salve. Y la única manera de salvarlo es deshacerse de él…». Se fue. Bajó corriendo la escalera y salió dando un portazo. Lo que ha quedado. Lo que os ha quedado. Lo que nos ha quedado a los dos, espíritu silencioso y huraño, dime, ¿qué es lo que nos ha quedado? Mi vida y tu muerte están tan indisolublemente unidas que ni tú ni yo podremos nunca separarlas. Aunque nadie sabe cómo se harán las cuentas en este mundo.

Una ráfaga de aire levantó la arena fina azotándoles los tobillos como un látigo. El viento pasó cubriéndolo todo, las huellas de sus pasos y aquel pedazo de hierro tirado a lo lejos, que había sido un arma. Después, en una carrera contra sí mismo, empezó a soplar hacia el sur con silbido susurrante. Les recordé a los dos mi presencia y que en aquella espera amarga yo era lo

primero con lo que tenían que contar. El silbido del viento se desvaneció en la noche girando en torno a sí mismo, ronco, seco, desconocido. Sintieron que aquel espacio infinito, poderoso y retador, que los rodeaba por todos lados, era más extenso de lo que creían y más profundo de lo que podían imaginar. El miedo. El aire transparente portador de todas las sorpresas. Aquel cuerpo infinito que se ama y se odia pero no se olvida. Enraizado en el tiempo hasta lo más profundo de su ser. Amor y odio. Violencia e ira. Y, sobre todo, humildad. De pie, ante la ventana de la cocina, bebía a sorbos el té caliente cuando un carro de madera desvencijado, tirado por un borriquillo, apareció traqueteando en el extremo de la calle. El animal parecía cansado y avanzaba lentamente con paso zigzagueante olfateando el camino y recogiendo algo de vez en cuando aquí y allá. Encima del carro, un hombre cabeceaba dormido. Deambulando así perdidos en la noche parecía como si una corriente pavorosa, insondable, los arrastrara lo mismo que arrastraba el péndulo del reloj cuyos golpes amortiguados se confundían a lo lejos con el golpeteo de los cascos. Hamed se había ido lejos y se había hundido en la corriente. Bruscamente desapareció de mi vista. Traté en vano de hacerle volver, pero se desvaneció en mi cabeza como una sombra, como cuando desapareció detrás de la puerta y el ruido de sus pasos se perdió en la escalera. Se fue a formar parte de esa corriente oscura que fluye bajo nuestras vidas y nos arrastra minuto tras minuto, insensiblemente, pero con fuerza arrolladora, hacia lo desconocido. De pronto, me di cuenta de que me había pasado toda la noche escudriñando la oscuridad, llenos los ojos de tinieblas, transportada en sus brazos de gigante, a la deriva, como un navío con el timón roto por las olas, que impulsado por la corriente descubriera a su paso, sin darse cuenta, nuevos mundos. Era una terrible ilusión pensar un solo instante que, habiéndose ido, pudiera cerrar los ojos cuando sus pasos los llevaba allí clavados día y noche. Te escribiré si llego. Pero quién sabe si no se quedaría allí suspendido para siempre entre su madre y yo, pisando nuestros dos cuerpos en aquel mundo en donde el tiempo y el espacio que nos separan son tan terribles como lo desconocido. Pero allí permanecerá mientras Zacarías siga aquí… Hasta mí llegó el ruido de sus pasos. Arrastraba los pies como si llevara zapatos de corcho. Permaneció un instante

en la habitación antes de venir a la cocina.

—¡Creí que habías salido de casa!, ¿qué tienes? No has dormido ni un minuto… ¿Pero qué te pasa? ¿Sigues pensando en el pequeño?

—¿Qué hora es?

—¡Ni idea! ¿Crees que vigilo el reloj mientras duermo?

Se acercó a mí lentamente mirando a su alrededor como si descubriera por primera vez la habitación. Después se detuvo junto a la ventana fijando la mirada en el camino y en el cielo negro que se abatía sobre las azoteas de las casas y después en los tugurios de hojalata y las casuchas de adobe de enfrente.

—Está casi amaneciendo… ¿Qué te pasa?

—No puedo, no puedo… Sus pasos… Me llenan toda la cabeza. Golpean.

—¿Pero qué pasos? ¿De quién?

—De él, de Hamed, ¿te has olvidado?

—¿Que oyes sus pasos? ¡Pero estás loca!

—Sí, los oigo. A cada paso del reloj me parece oír un paso… ¿No se te ocurre que…?

Me callé bruscamente y lo miré. Parecía frío, lejano. Quizá ni siquiera se había dado cuenta del reloj. Me volví hacia la ventana, pero con su gruesa mano me agarró por el hombro obligándome a mirarlo de frente y después empezó a hablarme en tono condescendiente y comprensivo, como si se dirigiera a un niño:

—Oye, Mariam, si lo que te impide dormir es ese maldito reloj no te preocupes, que eso lo arreglo yo. ¿Entiendes lo que te digo? Si lo inclinamos un poco, el péndulo se parará. Sé muy bien lo que son esos condenados relojes de pared. Solo funcionan cuando están bien derechos. Debías habérmelo dicho ayer por la noche. Anda, ven.

Se dirigió a la puerta de la cocina pero yo me adelanté y poniendo el cuerpo atravesado le impedí salir. Me miró extrañado.

—No, no, déjalo; ya no puedo dormir a las horas que son. Y además no es solo el reloj el que golpea… También…

Me detuve un momento. Seguía mirándome con estupor. Entonces, sin poderme contener, me señalé el vientre y cerrando los ojos terminé la frase:

—También él golpea, aquí.

—¿Él?

Lo observaba atentamente: con los brazos caídos a lo largo del cuerpo cerraba y abría los puños como si se preparara para un combate desconocido y mortal. Sentí un nudo en la garganta:

—Él… tu hijo. Acaba de moverse por primera vez. Se ha movido dos veces.

Retrocedió frunciendo el ceño. Entre las cejas, dos profundas arrugas le surcaban la frente como dos heridas transversales. Después se dio la vuelta y se dirigió lentamente hacia la ventana. Tras su ancha espalda ligeramente encorvada, el cielo se alzaba sobre las azoteas de las casas de adobe y de hojalata dibujando una espesa línea cenicienta. Permaneció allí con las manos detrás de la espalda. El reloj dio tres campanadas sordas y el péndulo arrancó de nuevo su marcha solitaria con un sonido insistente, obstinado. Pensé que aquellos sonidos debían de ser la voz del silencio. No hay silencio sin voz, de lo contrario no podría oírse de esa forma única, cargada de ausencia, soledad, misterio. Si me hubiera vuelto la espalda refunfuñando no me habría extrañado, pero lo que me sorprendía era su expresión atónita. Y eso que sabía lo que pasaba. Los golpes del reloj seguían resonando como disparos mortales entre él y yo. Hubiese querido terminar con aquella espera angustiosa, que se volviera, que dijera algo. A mí misma me sorprendió oír mi propia voz como si fuera otra y no yo la que hablara y pronunciara en tono humilde y culpable aquellas palabras que salían de mi garganta.

—Es difícil que nos deshagamos de él ahora.

Por toda respuesta me lanzó a la cara:

—Ya lo sé.

De nuevo el silencio y la espera como si entre nosotros se extendiera una barra metálica. No era un puente ni un muro, sino simplemente una barra metálica fría de silencio, suspendida en el vacío. La noche escondía sus garras liberando de ellas las azoteas del campo. El cielo se elevaba lentamente como un águila que emprendiera el vuelo. De pronto, como un destello, como un relámpago que iluminara todas las dimensiones del horror y de lo desconocido, vislumbré cuál sería mi futuro. Me puse a temblar. Sentí su ausencia como algo terrible, impensable, que se iba materializando en vez de esfumarse. Y esperar, esperar. Esperar los dos de pie, mi hijo y yo, mi hijo acurrucado en mis entrañas,

esperar a que dijera una palabra, era horrible. Después empezó a hablar lentamente en voz baja y sin volverse como si se dirigiera a todo lo que nos rodeaba bañado en una claridad cenicienta. Yo lo observaba atentamente, pendiente de sus palabras.

—¿Un sexto hijo? ¡Un sexto! ¿Pero te das cuenta de ello? ¿Esperas acaso que me ponga a bailar de contento? ¡Un sexto hijo! Te aconsejé mil veces que te deshicieras de él, pero claro, eso para ti es algo grave, vergonzoso.

Hizo una pausa como si recitara un libro y se detuviera después de una coma.

—¡Y la gente! ¡Qué dirá la gente! Otro escándalo. ¡Un chiquillo a los cinco meses de casarse!

En medio de su cólera buscaba aquí y allá argumentos que iba soltando con frases nerviosas y temí que volviera a sumirse en sus lamentaciones, pero tenía ante sí un campo fecundo que explotar y no tardó en volver a la carga.

—Dar de comer a seis bocas además de ti y de ella. Tendría que hacer milagros. Ah, sois todas iguales, creéis que con eso tenéis al hombre bien amarrado. Un pedazo de carne, eso es lo que os une a vosotras las mujeres. Pero no, estás muy equivocada, te lo digo yo. A un hombre que ya tiene cinco hijos, maldito si le importa eso un pepino.

Se volvió hacia mí y se me acercó dando un paso. De espaldas a la ventana, la luz mortecina del día se proyectaba alrededor de sus hombros dejando su rostro en la oscuridad.

—Si ese maldito pequeño de Hamed estuviera aquí…

Como movida por una fuerza desconocida, alcé los brazos y me llevé las manos a los oídos apretándolos bien con toda la fuerza de que era capaz. Su voz me llegaba apagada, pero seguía delante de mí gesticulando furiosamente con los brazos. Después avanzó pasando ante mí sin dejar de mover los labios con rapidez. Su voz se estrellaba contra los objetos que nos rodeaban y volvía amortiguada para después fundirse en aquella horrenda luz cenicienta como la superficie de un pantano oscuro. Otra voz brotó de lo más profundo de mi ser y resonó en mi cabeza con miles de ecos como el ladrido de un perro herido atrapado debajo de un barril de metal vacío: ya no podíamos deshacernos de él, ya no podíamos deshacernos de él. De pronto, comprendí que tampoco yo

podría deshacerme de Zacarías ni él de mí. No me quedaba otro remedio más que andar el resto del camino tapándome los oídos y mordiéndome los labios. Hamed se había ido. Sus pasos obstinados resonaban en nuestra frente sin piedad. Desapareció y se desvaneció en el espacio. De él ya no quedaba más que el eco de sus pasos obstinados sin fin. El último tren de una estación abandonada. Nos dejó en el andén escuchando la voz del silencio, llena de ausencia, de soledad, de lo desconocido, un silencio que retumba, retumba, retumba.

Súbitamente despuntó el día y apareció el desierto que dormía bajo las dunas infinitas. Silencio y espera. De nuevo la sangre fluía por mis venas. Rendido de fatiga, se había ido aplacando. Hacía esfuerzos por mantener erguida la cabeza. Después abrió los ojos y respiró profundamente tratando de levantarse sin conseguirlo. Me miró por primera vez intentando decir algo. Le devolví la mirada, helada, mientras pasaba la hoja del cuchillo por el borde del zapato. Con una ojeada rápida lo observé a fondo y en la profundidad de sus ojos, que brillaban y parecían negros en aquella luz gris y mortecina en que nos bañábamos, pude leer el miedo, la espera desesperada. Como si sintiera mi pequeña victoria efímera, cerró los párpados un breve instante y después fijó la vista en el suelo, en algo que había detrás de mí. Empezó a arrastrarse sobre las nalgas mientras pronunciaba unas palabras y alargaba el cuello señalando un odre de metal que debía habérsele caído durante el combate nocturno y que estaba a dos pasos de mí. No me moví y, para que comprendiera mejor, le dije esforzándome en pronunciar lentamente: «Morirás de sed». Sin atender a mis palabras siguió con el cuello tendido en dirección al odre. Lo agarré y lo meneé junto al oído. Dentro había todavía un poco de agua, pero, sin abrirlo, lo arrojé donde estaba antes. Con los labios entreabiertos, su rostro aparecía crispado por una cólera impotente. Volví a repetirle: «Morirás de sed». Intentó de nuevo llegar hasta el odre arrastrándose sobre las nalgas y los talones de las botas. Cuando estuvo cerca de él, lo agarré por el cuello y lo devolví a su sitio. «Morirás de sed». Justo detrás surgió el disco rojo del sol en la inmensidad del horizonte. Como una ola súbita

de terror que cubriera la arena y se retirara, nuestras miradas, que permanecían fijas en el odre, se cruzaron. El color de sus ojos parecía de miel y el reflejo del sol ardiente daba a su rostro un aspecto enfermizo, con la barba que empezaba a nacerle en el mentón. Bajo las mangas de la camisa, sus brazos parecían robustos, cubiertos de un fino vello rubio. Mientras me miraba, saqué sus papeles del bolsillo, aunque de nada me sirvieran. Después, me puse a examinar la foto de su carné de identidad, en la que parecía más joven de lo que era, con la raya al lado y una ancha sonrisa. Debajo aparecía su nombre en hebreo. Le puse el carné delante, señalando con el dedo el lugar en donde estaba escrito su nombre. Movió la cabeza con energía apretando los labios. Sonreí: «Por mí puedes guardarte el secreto». Registré los demás papeles sin encontrar más que un pequeño sello de color morado al pie del carné, escrito en caracteres latinos que me resultaron legibles junto a los garabatos del hebreo: «Jafa».

Doblé los papeles con cuidado y los metí en el bolsillo del pantalón. Después, cambiando de sitio, me senté frente a él. El sol había empezado a elevarse en el cielo lentamente y con majestad. Todavía era soportable. Seguía mirándome con cautela y expectación tratando de descubrir mis intenciones sin conseguirlo, seguramente, ya que ni yo mismo las conocía. Le dejé tiempo suficiente para que me estudiara a fondo y cuando todos sus sentidos estaban concentrados en mí, en espera de un movimiento o de una palabra míos, le dije:

«Vamos, sé amable y hablemos de Jafa. Esperar así en silencio solo sirve para aumentar el miedo». Pero seguía observándome fijamente con los ojos empequeñecidos por la fatiga. «Vamos, ¿qué fue de aquel barrio que iba desde la mezquita del xeij *Hasán hasta los baños judíos de Al-Manchya, los que se quemaron?». De pronto, sin saber muy bien por qué, tuve la impresión de que me había entendido perfectamente y que esperaba el fin de mis palabras. Continué: «Eso me interesa, conozco ese barrio como la palma de la mano. Vivíamos en él». Pero mis palabras debían de parecerle sin sentido. De todos modos quería hacerle comprender*

que para él ya nada tenía importancia, que aún no había decidido nada y que nos quedaríamos allí los dos sentados hasta… ¿hasta qué?

Un vientecillo venido de lejos sopló en nuestra dirección levantando la arena y bañándonos en la primera ola de calor. Inquieto, no dejaba de removerse en su sitio. De pie, escudriñé el horizonte que nos rodeaba como un muro a pesar de la distancia. Solo el espacio que se extendía inmenso, silencioso, inundado de luz y de desolación.

Ante nosotros, el sol como un disco candente en una inmensa pared grisácea. Me senté a su lado y con las manos traté de explicarle que ya no había nada que hacer, pero sin fijarse para nada en mis gestos observaba con atención el cuchillo que tenía entre las piernas, cuya hoja de acero brillaba a la luz del sol. Lo agarré y de nuevo me puse a afilarlo contra el borde del zapato. El roce del acero contra la suela produjo un chasquido semejante a un grito de agonía. Solo entonces me miró a los ojos y de nuevo en su rostro apareció una expresión de espanto e impotencia. En aquel momento, comprendí que sería capaz de degollarlo sin inmutarme lo más mínimo y que ese momento llegaría irremediablemente bajo el peso de aquella expresión de espanto en la mirada, del chasquido de la hoja del cuchillo en mi zapato y del sol candente que me abrasaba la nuca sin piedad. Tras él, el horizonte de arena se destacaba frente al cielo blanco igual que las bambalinas de un teatro en el que al sonar la señal se precipitaran automóviles, perros y hombres armados de fusiles negros con cañones precisos, que inmóviles permanecieran clavados detrás de la escena ante un fondo vacío y descubrieran de pronto que el drama se estaba desarrollando allí y que ellos no eran más que los espectadores.

Me agarró por los hombros y violentamente me dio la vuelta poniéndome frente a él. Veía cómo sus labios se movían con furia en un rostro contraído por la ira, pero yo, con las manos pegadas a los oídos, no oía nada. Se dio cuenta de ello y agarrándome de los puños me obligó a bajar los brazos. De nuevo los ruidos del mundo se atropellaban en mis oídos, confundidos con los sonidos del reloj

que por el pasillo llegaban hasta la cocina donde permanecíamos frente a frente la mañana de nuestra boda y que cual llamadas de socorro se confundían con su voz y resonaban en mi cuerpo como címbalos gigantes.

—¿Pero qué te has creído, que acaso me casé contigo para que me dieras un hijo? Puta, más que puta.

De pronto sentí que se me humedecían los ojos y, sin poderme contener, las lágrimas empezaron a correr por las mejillas. Traté de librarme de sus garras, pero seguía apretándome las muñecas con manos de hierro. Un rayo de sol entró por la ventana y le hendió el rostro a la mitad, dándole un aspecto todavía más iracundo y colérico:

—Escúchame bien y no me vengas después diciendo que no me oíste: si no te deshaces de ese pequeño puto…

Grité con todas mis fuerzas con un alarido enloquecido que lo llenara todo y cubriera su voz, pero esta seguía brotando de sus labios convulsos atravesándome los oídos: «Si no abortas, te repudio… te repudio… te repudio… ¿me oyes? Te repudio». De pronto la garganta se me paralizó. Un silencio pesado y tenso se abatió sobre nosotros en aquella espera amarga. *Se oyó el ladrido de un perro y al poco otros ladridos resonaron por todos lados hasta fundirse en un solo aullido prolongado en medio de un ruido infernal que era imposible saber de dónde venía*. Lo sentí moverse por tercera vez; se removía en mis entrañas con un pequeño estremecimiento semejante a un escalofrío que recorría los muslos e iba hasta las rodillas. Cerré los ojos pero su voz seguía asaltándome sin piedad: «¿Has oído lo que te he dicho?». Me sacudió repetidas veces con furia: «Dime que lo has entendido». Me empujó contra la pared, donde el choque me despidió contra la silla como una muñeca de goma. *Entonces, ante mí, vi brillar sobre la mesa la hoja larga y afilada del cuchillo*. Lo agarré con las dos manos y lo apreté con fuerza bajando los brazos hasta la parte inferior del vientre con la hoja apuntando en dirección a él. Nos miramos frente a frente y nos abalanzamos el uno contra el otro. *Sentí cómo la hoja penetraba en él*. Lanzó un gemido prolongado. Intentó arrancársela, pero la hoja se le iba hundiendo cada vez más. Sus manos agarraron con fuerza las mías, que apretaban el mango del cuchillo, y después cerró los ojos. Entonces lo solté, retrocediendo

un paso. Tenía la hoja hundida en la ingle e intentó arrancársela de nuevo, pero ya sus manos empezaban a tomar un tono azulado y, temblorosas, no lograban asir el mango. Se derrumbó agarrándose a la mesa. La sangre empezaba a empaparle el pantalón, una sangre roja escarlata. Abrió los ojos y me miró débilmente. Lo hice girar en redondo y, agarrándolo por los hombros, lo empujé contra la pared. Entonces se curvó apoyándose en el antebrazo y la frente para que el mango no chocara contra la pared, pero agarrándolo bien por los hombros le clavé la rodilla en los riñones y lo empujé con todas mis fuerzas. Oí cómo la hoja del cuchillo se le hundía en la carne lentamente, pero con decisión, y el mango de madera raspaba la pared. Lanzó un ronquido como si se despertara bruscamente. También oí el borboteo de la sangre que brotaba a chorros en torno a la hoja. Después se estremeció y se derrumbó junto a las patas de la mesa. *Un rayo de sol se filtró por la ventana e iluminó el delgado hilo de sangre que corría por las baldosas de la cocina de un blanco reluciente. Resonó la voz del silencio. Fuera, los perros ladraban rabiosamente sin cesar y solo los acalló el ruido de sus pasos que, como el ataúd colgado en la pared, golpean: golpean con cruel insistencia, implacablemente, contra mi frente. Golpean encima de él, masa inerte. Golpean. Golpean. Golpean*.

UM SAAD

A Um Saad, voz viva del pueblo

G. K.

INTRODUCCIÓN

Um Saad es un ser real, una mujer de carne y hueso. La conozco bien. Nunca he dejado de verla, de hablarle, de aprender de ella. Lo que a ella me une es algo que no sabría explicar con exactitud, aunque quizá sea su arraigamiento profundo en esa clase heroica y oprimida, arrojada a la miseria de los campos, esa clase en medio de la cual he vivido y con la que aún vivo, aunque no sabría decir hasta qué punto vivo para ella.

Aprendemos de las masas y, a cambio, también les enseñamos. Con todo, creo con firmeza que aún nos queda mucho que aprender de ellas, única maestra de verdad que, con una visión clara de la realidad, hace que la revolución sea parte inseparable del pan, el agua, las manos trabajadoras y los latidos del corazón.

Um Saad me ha enseñado mucho y casi puedo decir que, en las líneas que siguen, cada palabra brota de sus labios y de sus manos; de sus labios, que a pesar de los pesares, siguen siendo palestinos; de sus manos, que desde hace veinte años esperan las armas.

Y, sin embargo, Um Saad no es solo una mujer. Si no encarnara en cuerpo y alma el sufrimiento de las masas, sus penas cotidianas, no sería lo que es. Su voz es, para mí, la de esa clase de palestinos que pagaron caro el precio de la derrota y que hoy, bajo techos miserables y en la vanguardia de la lucha, siguen pagando aún más caro que todos los demás.

GASÁN
KANAFANI

UM SAAD Y LA GUERRA QUE SE ACABA

La mañana era triste. A través de la ventana, el sol brillaba como una bola de fuego incandescente suspendida en la cúpula del espacio. Nos replegábamos en nosotros mismos como banderas arriadas. De pronto, la vi venir al comienzo de la calle bordeada de olivos, como si surgiera de las entrañas de la tierra sobre un fondo de vacío, de silencio y de pena. Me asomé a la ventana para verla caminar con su alta estatura como una lanza que apuntara hacia un destino desconocido. Mi mujer se me acercó y miró a la calle:

—Ahí tenemos a Um Saad.

Con la precisión de un reloj, volvía siempre. Surgía del centro de la Tierra como si hubiera una escalera sin fin. Mientras contábamos sus pasos, mi mujer me decía: «Veremos lo que piensa ahora Um Saad». Yo me decía para mí: «No lo sé». Suponía que no estaría enterada. Detrás de nosotros, se amontonaban en la arena blindados destruidos y divisiones enteras no cesaban de huir. Mientras tanto, yo oía en la radio el fragor de la guerra y el silencio de nuestros combatientes. Tras de mí, encima de la mesa, plañía como una viuda. Su voz, la de la derrota, daba a todas las cosas un aspecto de futilidad: el escritorio, la silla, el plato de comida, la mujer, los niños, los proyectos futuros… Todo aparecía difuso, desvaído. Hasta la tinta había perdido el color.

—Um Saad desapareció desde que estallaron los combates —me dijo mi mujer—, pero ahora vuelve a aparecer como si tuviera algo que ver con la derrota… Combatieron por ella y perdieron, solo que ella perdió dos veces. ¿Por qué viene? ¿Qué es lo que va a decir? Se diría que quiere escupirnos a la cara. ¿Qué es lo que habrá pensado esta mañana al salir del campo?

Preguntas todas que quedaban suspendidas en el aire como el polvo que flotaba y que casi me parecían dentadas, afiladas como

puntas de cuchillas sumergidas en aquel haz de rayos plateados que el sol derramaba en el centro de la habitación.

Um Saad se acercaba a nosotros con su hatillo del que nunca se separaba, y caminaba erguida como un estandarte alzado por brazos invisibles. Entró Um Saad y toda la habitación se impregnó de olor a campo. Me pareció que era la misma de hacía diez años. Solo diez días, ¡Dios mío, cómo habían cambiado las cosas en diez días y cuántas ilusiones se habían esfumado! Posó su miserable hatillo en una esquina, sacó de él una raíz que parecía seca y me la tendió.

—La arranqué de una viña que encontré en el camino. Te la voy a plantar delante de la puerta y dentro de unos años comerás uvas.

Di vueltas a aquella raíz que parecía un trozo de madera pardo oscuro del que no se podía sacar nada.

—¿Es ahora el momento, Um Saad?

Volvió a atarse el chal blanco en la cabeza como hacía siempre cuando tenía el pensamiento puesto en otra cosa:

—Parece que no sabes lo que es la viña. Es una planta que da fruto y que no necesita más que un poco de agua, no mucha, que si no, se pudre. Me dirás que cómo es eso, pues te lo diré. Hay siempre humedad en la tierra y en el cielo, pues de ellas saca el agua que necesita y, después, da fruto sin parar.

—Pero si no es más que un palo seco.

—Eso es lo que parece, pero es un trozo de viña.

—Bueno, eso ahora no tiene importancia…

De súbito preguntó:

—La cosa ya terminó, ¿verdad?

—Sí.

—Eres tú el que lo dice.

Salió al balcón y la seguí despacio.

—¿Cómo estaba el campo hoy?

Me miró, y en su frente color de tierra me pareció leer toda la historia. Después extendió las manos:

—La guerra empezó en la radio y en la radio terminó. Cuando terminó, me levanté para romper el aparato, pero Abu Saad me lo arrancó de las manos. ¡Ay, hijito, ay!

Se había apoyado en la balaustrada y miraba los olivares que se extendían hasta las colinas. Después, tendió la mano por encima de ellos y me dijo:

—El olivo tampoco necesita agua. Lo que necesita es la humedad que chupa desde muy adentro de la tierra.

Luego me miró:

—Saad se fue, pero lo volvieron a traer. Yo creía que llevaba dos días luchando. Esta mañana me enteré de que estaba preso. ¡Qué vergüenza! Hubiera preferido verlo muerto.

—¿Cómo supiste que estaba preso?

—El lunes por la mañana oímos la radio. Entonces agarró sus cosas y fue a reunirse con sus compañeros. Como diablos que surgieran de las entrañas de la tierra, aparecieron todos en el campo. Los seguí, tomé un atajo, y conseguí alcanzarlo cerca de la entrada del campo. Le lancé algunos gritos de júbilo y vi cómo se reía hasta que desapareció de mi vista… Pero ¡mala suerte!, no consiguió llegar, lo detuvieron.

—Y ahora, ¿qué?

—El *mujtar* **[22]** fue a verlo. Pasó por casa esta mañana para decirme: «No tengas miedo, Um Saad, que te lo volveré a traer». ¡Qué imbécil! Piensa que eso es lo que yo quiero… ¡Pero habrase visto qué imbécil! Cree que eso es lo que le va a gustar a Saad. ¿Sabes?, ya verás cómo el *mujtar* volverá esta noche y me dirá: «Tu hijo es un sinvergüenza, lo saco de la cárcel y se me ha escapado para huir a la montaña y cruzar la frontera…».

—¿Cruzar la frontera para ir adónde?

Con el brazo tendido no señalaba a ninguna dirección precisa. Después se volvió y empezó a señalar todo lo que nos rodeaba: el escritorio, la silla, los niños, la mujer, el plato de comida y, por último, a mí.

En aquel momento, no me di cuenta de lo que quería decir. El gesto de su brazo me pareció algo simbólico, demasiado complicado para ocurrírsele a una mente tan sencilla. Volví a preguntarle:

—¿Pasar la frontera para ir adónde?

En las comisuras de sus labios advertí una sonrisa que nunca le había visto antes y que desde entonces he de ver siempre. Era como una lanza tendida.

—¡Como si no lo supieras! ¡Anda, como si no lo supieras! ¿Pasar la frontera para ir adónde? Eso es lo que tanto preguntas, eso es lo que los demás preguntan… ¿Por qué no tomas el desayuno?

Sorprendido por la pregunta dirigí una mirada a la comida que esperaba, desde hacía dos horas, a que se me abriera el apetito como una puerta cerrada para siempre con las hojas oxidadas por la

herrumbre. Mi herrumbre era ahora la derrota, el sabor a humillación.

Insistió de nuevo:

—¿Pero no desayunas? Yo tampoco desayuné nada hoy. Espero que algo me abra el deseo de comer y, no solo de comer, sino de vivir también, ¿comprendes? Y no hay nadie que pueda hacer eso más que Saad. —Se calló un momento y después musitó como si hablara para sí:

—¿Sabes?, si Saad vuelve a casa esta noche, si volviera, no podré probar bocado… ¿Entiendes ahora por qué era necesario que pasara la frontera?

Volvió a tender el brazo para señalar a una frontera imaginaria y recorrió de nuevo el escritorio, la silla, los niños, la mujer, el plato con comida, hasta detenerse en mí como si su brazo fuera un puente o una barrera.

—¿Y tú, qué piensas hacer, hijito? Han pasado veinte años de eso. Ayer por la noche me acordé de ti cuando oí que la guerra había terminado, y entonces me dije que tenía que pasar a verte. Si Saad hubiera estado allí me habría dicho: «Esta vez le toca a él venir a visitarnos». Entonces dime, ¿qué vas a hacer?

Sin esperar respuesta volvió a la habitación, tomó de encima de la mesa la raíz de viña y se puso a examinarla como si la viera por vez primera. Después, se dirigió a la salida.

—La voy a plantar, ya verás cómo da uvas. ¿No te dije que no necesita agua? Exprime las gotas de la tierra, bien abajo, y bebe de ellas.

Al verla caminar así por el pasillo me parecía inmensa, como una torre enhiesta. Sin saber por qué, pensé en el *mujtar* que intentaba que soltaran a su hijo de la cárcel.

—¿El *mujtar* te dijo lo que haría para sacar a Saad de la cárcel?

Al final del pasillo se volvió hacia mí. Plantada en el umbral de la puerta abierta parecía un titán que penetrara con la luz del sol. No conseguía ver su rostro con claridad, pero sí la oí decir:

—¿Pero aún piensas en el *mujtar*?

—¿No te lo había dicho?

Eso fue lo primero que dijo Um Saad al día siguiente por la mañana. Llegó temprano, como de costumbre. El día anterior me

había acostado tarde, así que me encontró todavía en la cama. No le importó, estaba impaciente por contarme algo.

—¿No te había dicho que no pensaras más en el *mujtar*? ¿Sabes lo que pasó? Pues se fue a verlos y quería que cada uno de ellos le firmara un papel con la promesa de que serían buenos chicos, pero se negaron y lo pusieron de patitas en la calle.

—¿Ellos, quiénes?

—Saad y sus compañeros. El *mujtar* me dijo que se habían burlado de él y que Saad le había preguntado: «¿Qué quiere decir eso de "buenos chicos"?». El *mujtar* contó que estaban amontonados en la celda y que todos se habían echado a reír. Uno de ellos, a quien no conocía, le había dicho: «Buenos chicos quiere decir que seamos sensatos, ¿no es eso?». Y otro: «¿Quiere decir que nos traguemos una torta sin masticar y encima digamos gracias?». Por fin Saad se puso de pie y dijo: «Amiguito, ser buenos chicos quiere decir combatir, eso es lo que quiere decir, eso mismo». —Se sentó en la silla rebosando una alegría secreta—. ¡Que Dios los proteja! Mientras el *mujtar* me contaba la historia, yo reía para mis adentros. Al final, le dije: «¡Has tenido suerte de que no te pegaran, puedes dar gracias a Dios!». Y se enfadó.

—¿Se negaron a firmar?

—¡Claro que se negaron! Le dijeron al *mujtar*: «¡Te ha salido el tiro por la culata!». Y se enfadó. Sobre todo cuando les preguntó si necesitaban algo del campo y Saad le contestó: «Saludos a la familia, hijito». Se ofendió. Figúrate, es mucho más viejo que Saad, más o menos de la edad de su padre. Me dijo que Saad le había faltado el respeto llamándolo «hijito» como si fuera un chiquillo…

—¿Y qué le contestaste al *mujtar*?

—Le dije que Saad tenía un corazón de oro y que si le había dicho eso no había sido con intención de ofenderlo. Todo lo que había querido decir era que ahora le había llegado el turno a él…

—Um Saad, ¡tanto quisiste arreglarlo que fue peor! **[23]**

—¿Yo? ¡Pero si lo hice adrede!

—Y ahora, ¿qué va a hacer Saad? ¿No sería mejor que saliera de la cárcel?

Se calló y después me miró y esbozó una sonrisa en las comisuras de la boca.

—¡De acuerdo! Pero tú, ¿acaso no estás preso? ¿Y qué es lo que

haces?

Los periódicos estaban dispersos por el suelo y la radio, que había dejado encendida toda la noche, dio el boletín de noticias. Um Saad miraba tan pronto a la radio como a mí. En su mirada me pareció advertir algo extraño, era como si entre ella y yo se alzaran unos barrotes de hierro que mis manos no lograban arrancar.

—¿Crees que no vivimos en la cárcel ahora? ¿Qué hacemos nosotros en el campo más que movernos dentro de una prisión extraña? ¡Cárceles las hay de todas clases, hijo mío! De todas. El campo es una cárcel, tu casa otra, y el periódico, la radio, el autobús, la calle, los ojos de la gente… Nuestra edad también es una prisión, y los veinte años que acabamos de pasar. El *mujtar*. Todo son cárceles. ¿Y hablas de cárcel? Pero si toda tu vida estás preso… ¿Te crees, hijito, que los barrotes tras los que vives son arriates de flores? Cárceles, cárceles, cárceles. Tú mismo eres una cárcel. ¿Por qué va a ser Saad solo el preso? ¿Por qué no firmó ese papel y prometió que sería buen chico? ¡Buen chico! ¿Quién de nosotros es buen chico? Todos hemos firmado ese papel de una u otra manera, pero eso no nos impide estar presos…

Nunca la había visto tan airada. Toda ella temblaba. Me levanté:

—Cálmate, Um Saad. No he querido decir eso.

Ya más tranquila, me respondió.

—Todos dicen ahora: «No he querido decir eso». Entonces, ¿por qué sucede todo lo que está sucediendo? ¿Por qué? ¿Por qué no dejar hablar a los que tienen algo que decir? Y tú, ¿no tienes nada que decir?

Se acercó a mí:

—Escucha…, sé que Saad saldrá de la cárcel, pero no solo de esta, sino de todas las cárceles. ¿Comprendes?

DE UNA TIENDA A OTRA

Um Saad había vivido en Gabsiya [24] con mi familia, pero hace mucho tiempo de eso. Después, durante años y años vivió la vida desgarradora, insoportable, de los campos de refugiados. Todos los martes viene a visitarnos y proyecta sobre las cosas una mirada profunda como si tuviera parte en ellas. A mí me trata como si fuera su hijo. Me cuenta sus penas, sus alegrías, su cansancio, y, sin embargo, nunca la oí quejarse.

Tendrá unos cuarenta y tantos años. Más sólida que una roca. Más tenaz que la tenacidad misma. Vive diez veces su vida, yendo y viniendo sin parar de acá para allá, trajinando todos los días de la semana para ganar honradamente su pan y el de sus hijos.

La conozco desde hace años y en mi existencia representa ya algo indispensable. Cuando llama a la puerta y deja sus bártulos miserables a la entrada, todo se impregna del olor a las tiendas del campo, con su miseria, su determinación, su esperanza, y a la boca me viene el resabio de la amargura que masco año tras año hasta la náusea.

El martes pasado vino, como de costumbre. Después de dejar sus paquetes, se volvió hacia mí:

—Hijito, tengo algo que decirte. Saad se ha ido.

—¿Adónde?

—Con ellos.

—¿Quiénes son ellos?

—Los fedayín. [25]

Hubo un silencio. Estaba sentada con las manos cruzadas sobre el pecho. En aquellas manos descarnadas, nudosas como sarmientos, en aquellas manos que años de trabajo y de fatigas habían surcado de arrugas, pude ver su penoso caminar con su hijo Saad desde que era un niño hasta que se hizo un hombre, protegiéndolo con ellas como la tierra protege el tallo delicado de la planta joven y que ahora, de pronto, se habían abierto para que de ellas volara el pajarillo. Veinte años habían pasado…

—Se ha ido con los fedayín.

No podía dejar de mirar aquellas manos que, tendidas hacia él para acompañarlo en el peligro y en lo desconocido, gritaban, desde lo más profundo de su dolor… ¡Dios mío!, ¿por qué el destino quiere que las madres tengan que perder a sus hijos? Entonces, por primera vez, comprendí lo que destroza el corazón, como si en una tragedia griega viviéramos una escena de dolor incurable.

Traté de ahuyentar aquellos pensamientos y le pregunté:

—¿Qué fue lo que te dijo?

—Nada. Se fue así sin más. Uno de sus compañeros pasó a verme esta mañana para decirme que se había ido con ellos.

—¿Nunca te había dicho antes que se iría?

—Sí, dos o tres veces me dijo que tenía pensado irse con los fedayín.

—¿Y no le creíste?

—Claro que sí, conozco a Saad y sabía que se iría.

—Entonces, ¿por qué te sorprendiste?

—¿Yo? Si no me sorprendí. No hago más que contártelo. Me dije que te gustaría saber de Saad.

—¿Y no estás triste ni enfadada?

Sus manos se agitaron. Las miré de nuevo y me parecieron bellas, fuertes, capaces de forjar cosas, y sollozaban, sí, sollozaban.

—Nada de eso. Esta mañana le dije a mi vecina que desearía haber tenido diez como Saad. Hijo mío, estoy harta… Toda la vida en ese campo. Todas las mañanas y todas las noches no hago más que repetir: ¡Señor! Hace ya veinte años. Si no iba Saad, ¿quién iba a ir entonces?

Se levantó y toda la habitación se impregnó de una atmósfera íntima, cálida. Las cosas tomaron un aspecto más familiar. Todo volvía a ser como en Gabsiya. La seguí a la cocina. Allí se sintió otra vez animada. Ahora sonreía.

—A una mujer que venía sentada en el autobús junto a mí le dije que mi hijo se había hecho fedayín (aquí le cambio el tono de voz y por eso recuerdo ahora lo que dijo), le dije también que lo quería mucho y que lo echaría de menos… ¿Crees que le darán una metralleta?

—Claro, a todos los fedayín les dan siempre una.

—¿Y de comer?

—Todo lo que necesiten, y también cigarrillos.

—Saad no fuma, pero estoy segura de que aprenderá allí. ¡Luz de mis ojos! Si estuviera más cerca, le llevaría todos los días comida hecha con mis manos.

—Comerá con sus compañeros.

—¡Que Dios los guarde!

Se calló un instante y después se volvió hacia mí:

—¿Crees que le gustaría que fuese a verlo? Puedo ahorrar algún dinero para el viaje y pasar allí dos días.

Después de reflexionar algo, añadió:

—¿Sabes? Por los hijos tiene uno a veces que humillarse. Si no tuviera esos dos chicos, ya me habría ido con ellos. ¿Que viven en tiendas? Y nosotros, ¿no vamos de una tienda a otra? Viviría con ellos y les prepararía comida, me desvelaría por atenderlos, pero cuando hay hijos…

—No tienes por qué ir a verlo allá. Déjalo que se las arregle solo. Los fedayín no necesitan estar bajo el ala de ninguna madre.

Se enjugó las manos en el delantal. En su mirada se leía la decepción de toda madre al sentir que ya no es indispensable y que se la arrincona como algo inútil.

Se acercó a mí:

—¿Lo crees de verdad? ¿Piensas que no serviría de nada que fuera a ver a su jefe para recomendárselo? —Se turbó ligeramente y mostró la angustia que la consumía—. O si no, podrías tú recomendárselo a su jefe y decirle: «Cuida de Saad y que Dios guarde a tus hijos».

—¿Cómo? ¿Qué es lo que dices? Con los fedayín no hay recomendación que valga.

—¿Por qué?

—Porque lo que tú quieres es que su jefe se las arregle para no exponerlo al peligro, cuando el propio Saad y sus compañeros piensan que la mejor recomendación para ellos sería que los enviaran a luchar de inmediato.

Volvió a sentarse. A pesar de la angustia que leía en sus ojos y en sus manos, me pareció más fuerte que nunca.

—Te digo esto para que le recomiendes a su jefe que no haga nada para enfadarlo. Dile: «Um Saad te pide que jures por tu madre que dejarás a Saad hacer lo que quiera». Es un buen muchacho,

pero cuando no se sale con la suya, se exaspera. Por Dios te lo pido, dile que le deje hacer lo que quiera… si quiere ir a luchar, pues que lo mande.

LLUVIA Y LODO

Aquel martes por la mañana llovía. Um Saad entró chorreando agua. Tenía el cabello empapado y las gotas de lluvia le corrían por el rostro. Era como una tierra recién regada. Tomó su abrigo y posó su raído paraguas en una esquina como quien coloca una vieja espada.

—Esto no es lluvia, hijo, son mares.

Sonrió. Cuando se dio la vuelta vi que tenía una mancha de barro en el borde del vestido.

—¿Qué es eso Um Saad? ¿Te has caído?

Giró rápidamente.

—¿Caerme yo? Nunca. ¿Por qué?

—Tienes barro en la falda.

Frotó un poco las manchas con la mano y después las dejó al ver que el barro seguía húmedo.

—Esta noche se inundó el campo. ¡Qué vida, que Dios nos libre de ella!

Ante mí aquella montaña temblaba. Lágrimas profundas empezaron a abrirse camino. Vi a mucha gente llorar. No he visto pocas lágrimas. Lágrimas de decepción, de fracaso, de desesperación. Lágrimas de tristeza, de desgracia, de desgarramiento. Lágrimas de emoción y de súplica. Lágrimas de rechazo impotente, de ira contenida. Lágrimas de hambre y de fatiga. Lágrimas de arrepentimiento. Lágrimas de amor. Pero como las de Um Saad jamás las he visto. Aquellas lágrimas surgían de la tierra como un manantial esperado desde la eternidad. Como una espada desenvainada de su funda, sin ruido. Después se detienen un instante junto al ojo imperturbable. En toda mi vida he visto a nadie llorar como Um Saad. Su piel estalla en sollozos por todos los poros, sus manos descarnadas sollozan con voz audible, lloran sus

cabellos, sus labios, su cuello, su vieja ropa rota, su frente alta, y ese lunar en el mentón, pero sus ojos nunca vierten lágrimas.

—Vamos, Um Saad, ¿estás llorando?

—No, hijito, no lloro. Si pudiera… pero ¡hemos llorado tanto! Tú lo sabes. Hemos vertido más lágrimas que el agua que cayó anoche en el campo. Y después, una mañana, Saad se fue. Ahora lleva un fusil y le cae una lluvia de balas, pero nadie llora. Sí, hijito, he envejecido, estoy acabada. He pasado toda la noche hundida en el agua y el fango. Veinte años…

No pudo continuar. La voz se le quebró en la garganta en un sollozo ahogado. Extendió las manos en un esfuerzo por sobreponerse y vencer el dolor y la angustia que la dominaban.

—¿Qué te estaba diciendo, hijito? Sí, esta noche sentí que estaba cerca el fin… ¿Para qué sirve todo esto? Quiero vivir para verlo. No quiero morir aquí entre el fango y la basura. ¿No comprendes, hijito? Tú sabes escribir cosas, yo en mi vida he ido a la escuela, pero sentimos lo mismo, ¿no es verdad? ¡Dios mío!, ¿por dónde iba? Anoche pensé mucho en esto y encontré las palabras que hacían falta para decirlo, pero por la mañana ya me había olvidado de todo… Bueno, ¡qué le vamos a hacer! Tú escribes lo que piensas, yo no sé escribir, pero envíaselas allá a mi hijo… Así, de esta manera, digo lo mismo que tú, ¿no es verdad?

Sentí que aquellas palabras sencillas, hirientes de verdad y disparadas como un dardo, me atravesaban el pecho. La mancha de barro que le orlaba el borde del vestido parecía una corona de espinas.

—Ven, Um Saad, siéntate aquí. Lo que pasa es que estás cansada. Solo piensas en Saad y te preocupas demasiado por él, eso es lo que te atormenta. Además, con un tiempo como el que hace, también te sientes abatida porque sabes que no parará de llover en todo el día y vas a pasar toda la noche quitando el barro con la pala. Ven a sentarte aquí y no te dejes llevar por el desaliento.

Se sentó y respiró profundamente, como si quisiera desvanecer las nubes negras que pasaban por su pecho, soplando sobre ellas aire puro.

—No, hijo mío, no es eso. ¿Sabes lo que hacía Saad cuando el campo se inundaba? Se quedaba de pie, inmóvil, mientras los hombres trataban de quitar el barro con las palas, y les gritaba:

«Una noche desapareceréis enterrados en el fango». Una vez su padre le dijo: «¿Por qué dices esas cosas? ¿Qué quieres que hagamos? ¿Acaso crees que hay en el cielo un pitorro y que basta con ponerle un tapón?». Todos rieron. Pero había en su rostro una expresión que me asustó. Como si aquella idea le gustara y estuviera dispuesto a irse al día siguiente para taponar aquel pitorro.

—Y, ¿se fue?

—Se fue.

Me miró de frente. Hubo en ella un cambio increíble. Refluyó el diluvio de lágrimas en que flotaba y pareció radiante como algo iluminado desde el interior.

—¿Sabes, hijito? No estoy preocupada por él. No, no es eso. No es preocupación, es otra cosa. Tú que has ido a la escuela quizá sepas cómo se llama eso… Uno de sus compañeros vino a verme ayer para decirme que estaba bien.

—¿Fue a tu casa?

—No. Ni le vi la cara. Hacía una noche muy oscura y estábamos allí luchando con el barro y el agua cuando se me acercó. Uno muy alto. ¡Que Dios lo guarde! Me dijo: «Saad te manda saludos. Está bien. Mañana te obsequiará con un coche». Después se fue.

—¿Cómo que te obsequiará con un coche?

—Claro, ¿no lo entiendes? Lo que quiere decir es que va a hacer saltar uno.

—¿Y lo hará?

—¿Cómo que no? Saad no dice nada que no cumpla. Lo conozco muy bien.

Fuera, el sol se abría camino en medio de las nubes oscuras como un arado que traza su surco en la tierra. Un rayo de sol penetró en la habitación. ¿Sería por casualidad que aquel rayo le iluminó el rostro? Sonrió.

Esperé a la noche para oír las noticias. La radio anunció que un coche israelí había caído en una emboscada tendida por los combatientes. Esperé con ansiedad hasta oír el final de las noticias: «Todos los fedayín regresaron a sus bases sanos y salvos». No sé por qué fui al campo de inmediato. Um Saad estaba allí en medio del lodazal, enhiesta como un faro en un mar infinito de tinieblas. Cuando me vio llegar se puso a agitar los brazos y su voz resonó por

todo el campo como un trueno con ecos que retumbaba en cascada.

—¿Lo viste? Te dije que Saad brindaría un coche a su madre.

Llovía a cántaros. Pero, en aquel momento, cuando el barco arremetía para abrirse camino hacia su destino, aquellas gotas no eran más que salpicaduras de agua que se estrellaban contra la proa.

EN EL CORAZÓN DEL ESCUDO

La sonrisa le llenaba todo el rostro. Nunca la había visto así. Después de poner sus miserables fardos en un rincón, exclamó:

—Saad ha venido.

Fuera, los ruidos que llegaban de la calle anunciaban fiesta. Dio una vuelta por la habitación y después se sentó como de costumbre, con las manos cruzadas sobre el pecho, con esa manera tan suya que daba la impresión de que abrazara algo estrechamente. Ante mí, veía brillar los ojos de Saad detrás del fusil. Venía cubierto de tierra después de muchas noches de ausencia.

Pregunté a Um Saad:

—¿Hace ya un año que se fue?

—Todavía no. Hace nueve meses y medio. Llegó ayer.

—¿Va a quedarse?

—No. Le cosieron el brazo, una bala le…

Se remangó la manga del traje y me mostró cómo la bala le había atravesado desde el codo hasta la muñeca. Al ver aquel brazo sólido, moreno como el color de la tierra, comprendí que las madres pudieran echar al mundo hijos combatientes. Me pareció advertir la cicatriz de una vieja herida, casi imperceptible, que le iba desde el codo hasta la muñeca.

—¿Tú también?

—¿Yo? Ah, sí, es una vieja herida, de los tiempos de Palestina… Fue un día que un zorro me robó una gallina. Conseguí atraparlo debajo de un alambre de espinos y le retorcí el pescuezo, pero me lastimé el brazo en la alambrada.

—¿Y Saad?

—Volverá cuando tenga curada la herida.

Me di cuenta de que había dicho «volverá» y no «se irá». No me paré demasiado a pensar en ello. Um Saad me había enseñado hacía

tiempo cómo el exiliado crea sus palabras y las introduce en su vida lo mismo que la reja del arado penetra en la tierra.

—¡Que Dios lo guarde! Lleva el brazo como si llevara una condecoración. Parece que ya es el jefe del comando y que no hacen más que preguntarle: «¿Pero Saad, por qué tan aprisa?». Siempre está en primera línea. Yo le dije: «Se ve que eres hijo de tu padre».

—¿Lo echaste mucho de menos?

—¿A quién? ¿A Saad? ¡Que Dios lo proteja! Me abrazó solo un segundo. Entonces fui y le dije: «Vaya, Saad, ¿no das un beso a tu madre después de tanto tiempo sin verla?». ¿Sabes lo que me contestó?: «Pero si te vi allí». Y se rio.

—¿Cómo que te vio allí?

—Ya verás. Me contó que estuvo en Palestina. Había caminado mucho con cuatro de sus compañeros en dirección oeste, muy cerca del país. Después se escondieron en los campos. No entendí por qué. Hablaba y yo lo miraba a los ojos con admiración, ¡pero qué muchacho!, ¡qué muchachos todos ellos!, y me decía para mis adentros: estuvo allí, entonces estuvo allí. Lo que no entendía era por qué tuvieron que esconderse en los campos… Dijo que él y los otros…

Llovía a cántaros y tenían hambre. Cuando cae una lluvia de plomo parece que se siente un olor como el del pan. Eso dice Saad. Estaban rodeados y decidieron quedarse calladitos en su escondrijo pensando que el cerco solo duraría unas horas. Pero duró varios días, hasta que ya estaban muertos de hambre. Por último, no tenían más que dos posibilidades: permanecer escondidos soportando aquel suplicio que no sabían cuándo terminaría, o bien que cada uno de ellos, por su cuenta, se aventurara a llegar a la aldea más próxima. La elección era difícil, así que decidieron esperar a la tarde para decidir lo que harían.

Más tarde, sería mediodía cuando Saad dijo, de pronto, a sus compañeros: «Ahí está, miradla, esa que llega es mi madre». Los hombres miraron el camino angosto que serpenteaba la colina y vieron a una mujer que venía hacia ellos vestida como una campesina, con un largo traje negro, y que llevaba un hato en la cabeza y unas ramas en la mano. Les pareció que era una mujer ya mayor, de la edad de Um Saad, alta de estatura y fornida como ella. En medio de un silencio mortal solo se oía, como un susurro, el

crujido de los guijarros bajo sus pies descalzos.

Uno de los cuatro lo increpó:

—¿Tu madre? Pero si tu madre está en el campo, imbécil… El hambre te ha nublado la vista.

—No conocéis a mi madre… Siempre me sigue a todos los sitios. Y os digo que esa es mi madre.

La mujer llegó junto al lugar donde estaban escondidos, tan cerca de ellos que podían oír el roce de su largo traje bordado de rojo. Saad la miraba oculto tras los zarzales y de pronto la llamó:

—¡Mamá, mamá!

La mujer se detuvo un instante y recorrió con la mirada los campos silenciosos. Mientras tanto, los otros la observaban mudos. Uno de ellos agarró a Saad por el brazo y se lo apretó para advertirle que tuviera cuidado. Un segundo, otro. La mujer parecía extrañada, pero al fin prosiguió su camino.

Había dado dos o tres pasos cuando Saad volvió a llamarla:

—¡Mamá, contéstame!

Otra vez se detuvo y miró en torno a ella, extrañada. Al no ver nada, se quitó el hato de la cabeza y lo puso en el suelo con las ramas encima. Después, con las manos en las caderas empezó a buscar en los zarzales.

—¡Estoy aquí, mamá!

La mujer se volvió hacia el lugar de donde había salido la voz y al no ver a nadie se agachó, agarró una rama, le arrancó las hojas y avanzó dos pasos en dirección a ellos. Después se detuvo y exclamó:

—¿Por qué no sales y te muestras?

Los hombres miraron a Saad, que vaciló un instante. Después se colgó el fusil del hombro y se acercó despacio a la mujer:

—Soy Saad, mamá. Tengo hambre.

La campesina soltó la rama que llevaba en la mano y miró atónita a aquel muchacho surgido de aquellos zarzales que descendía hacia ella vestido de caqui con el fusil al hombro. Mientras Saad se acercaba a la mujer, los otros apuntaban con las armas, dispuestos a disparar.

—El enemigo te hace pasar hambre, hijo mío… Ven, ven con tu madre.

Saad se acercó un poco más, ya confiado, con el fusil colgado del hombro, descuidadamente. Cuando estuvo junto a ella, la mujer

abrió los brazos y lo estrechó entre ellos.

—¡Querido mío, hijo mío, que Dios te guarde!

—Mamá, queremos comer.

Se agachó y le entregó el hato. En aquel momento vio que la mujer tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Por Dios te lo ruego, mamá, no llores!

—¿Hay contigo otros muchachos? Dales de comer. Al atardecer volveré y os dejaré algunas provisiones al borde del camino… ¡Que Dios os guarde, hijos míos!

Saad volvió junto a sus compañeros llevando algo de comida. Ninguno de ellos advirtió en él el menor signo de asombro. Después de comer, uno de los muchachos sugirió:

—Cambiemos de sitio. A lo mejor trae consigo a los soldados.

Pero Saad no quiso atender a aquellas razones. Al cabo de unos instantes, replicó:

—Es mi madre, lo habéis visto vosotros mismos, ¿cómo va a traer a los soldados?

Al caer la tarde, la mujer volvió y dejó algunas provisiones. Lo mismo hizo al día siguiente, al amanecer. Cada vez, Saad la esperaba detrás de los matorrales:

—¡Que Dios te bendiga, mamá!

Y todos oían que ella respondía:

—¡Que Dios te guarde, hijo mío!

Um Saad prosiguió su relato:

—Esa mujer les dio de comer durante cinco días… Saad me contó que ni una sola vez había llegado tarde, ni siquiera una hora. Hasta que levantaron el cerco. Aquel día llegó y después de dejar provisiones, le dijo: «Ya se fueron los soldados… ¡Buena suerte!».

Um Saad permanecía con las manos sobre el pecho como si abrazaran a alguien estrechamente.

—Saad dice que me vio allí. Si no hubiera estado allí para darle de comer, se habría muerto de hambre, y si no hubiera rezado tanto por él, lo habría matado esa bala que le atravesó el brazo.

Se puso en pie y toda la habitación se inundó de olor a campo, ese campo en el que Saad se había emboscado como si estuviera rodeado de un escudo.

—Volverá cuando se le haya cerrado la herida. Me dijo que no me preocupara por él, que él me veía allí siempre… ¿Qué quieres

que le diga? Le dije: «¡Que Dios te acompañe y te guarde!».

Se volvió. Dio un paso, dos, y de pronto, me oí a mí mismo llamándola:

—¡Mamá!

Se detuvo.

UNOS HUYEN, OTROS AVANZAN

Um Saad abrió las manos ante mí. Entre las grietas de sus manos laceradas por el cansancio y el sufrimiento vi cicatrices rojas de heridas mal curadas.

—¿Qué te ha pasado, Um Saad? ¿Te has peleado con un espino?

Se acercó más a mí para mostrarme su piel reseca como la tierra sedienta.

—No, hijo mío, eso pasó anteayer por la noche. Anduve recogiendo pedazos de metal cortantes.

—¿Anteayer por la noche?

Cuando oyó la primera explosión Um Saad estaba dando de cenar a su hijo pequeño. El campo del Borch no está muy lejos del aeropuerto, pero por un momento pensó que alguno se adelantaba a festejar el Año Nuevo. Después se puso a escuchar con más atención y sintió en el aire que algo grave pasaba. Su jornada había sido agotadora. De pie desde el amanecer, había lavado la ropa, escurrido las bayetas, limpiado los cristales de las ventanas, fregado el suelo, sacudido las alfombras —en las casas de los demás, claro, porque la suya en el campo no es más que una habitación divida a la mitad por un tabique de hojalata—. Estaba muy cansada, pero cuando oyó la segunda explosión, no vaciló un instante, dejó a su hijo y salió afuera. Por encima de las dunas rojizas, se dirigió a la carretera y allí pudo ver llamaradas envueltas en humo que se elevaban en la noche. Um Saad se detuvo atónita sin saber qué hacer, oía un zumbido, un estrépito extraño.

—¿Estabas sola?

—¿Sola? ¡Qué va, hijito, qué iba a estar sola! La gente acudía como las hormigas. Todas las mujeres del campo, y los niños y los

muchachos, todos salieron como si antes se hubieran puesto de acuerdo. Estábamos todos allí. No sabíamos muy bien por qué ni para qué. En el horizonte divisábamos el fuego. Después, oímos un avión que pasaba cerca y levantamos la cabeza.

El avión se acercó aún más. Era negro. Pasó en vuelo rasante ametrallando la carretera. Entonces se oyó un estrépito ensordecedor de chatarra. Poco después, Um Saad se lanzó a la calzada y recogió una esquirla de hierro de aristas cortantes.

—Estos pedazos de hierro pinchan las ruedas de los carros.

Le dio vueltas en la mano para que los demás la vieran bien.

—¡Vamos, muchachos, hay que recogerlos y arrojarlos a la arena!

Todos, mujeres y niños, se lanzaron a recoger los pedazos de hierro que luego arrojaban sobre la arena. Después, se fueron desperdigando como espectros a lo largo de la carretera, para limpiarla de obstáculos y se echaban boca abajo, encima de la arena, cada vez que el avión volvía.

—El avión volaba tan bajo que parecía que casi nos rozaba la cabeza. Una vez llegó a estar tan cerca que le lancé una piedra…, pero pasó demasiado deprisa. Cada vez que arrojaba una lluvia de esa metralla infernal corríamos a recoger los cascos.

—Así que entonces limpiasteis la carretera.

—En aquel mismo momento. Trabajamos como diablos. Pero durante el bombardeo, algunos coches fueron abandonados por sus dueños en medio de la carretera. Intentamos empujarlos y acercarlos al arcén pero no conseguimos moverlos. Además teníamos miedo de que nos vieran los propietarios y luego dijeran que queríamos robarlos.

—Vamos, vamos. Um Saad, ¡qué cosas dices!

—¡Que sí, que te lo digo! ¡Qué poco sabes de la vida…! Vestida de harapos y con el pelo al viento —porque el pañuelo me lo hizo volar un avión—, y con la cara cubierta de sudor y arena, ¿qué te imaginas que haría si uno de esos propietarios me señalara con el dedo y dijera: «Es ella… la he visto robando mi automóvil».

—Te equivocas, Um Saad, lo que hacías estaba bien, pero que muy bien.

—Ya lo sé, pero, hijito, no podré nunca confiar en un hombre

que deja su coche abandonado en medio de una carretera y huye en un momento así… No, no podré.

El fuego se fue aplacando, pero el humo seguía envolviendo el horizonte. Um Saad, de pie encima de la arena, se contemplaba las manos llenas de heridas. Los niños volvían a sus casas. Entonces pensó en Saad. Lo sentía en su cuerpo como el día que lo echó al mundo. La invadió un sentimiento extraño que no podía explicar, una especie de confianza, de esperanza en el futuro. En algún lugar, pensaba, estaba ahora Saad, firme como un tronco, como una roca, haciéndoles pagar aquello con las armas.

Um Saad abrió las manos ante mí. En sus palmas callosas, las heridas eran como rojos ríos secos. Esas manos despedían un olor único… el olor de la resistencia cuando se hace cuerpo y sangre en el hombre.

—No es nada… son heridas sin importancia.

—¿Esto? Pues claro. Desaparecerán, el tiempo las borrará. La herrumbre de los platos que friego, la porquería de las baldosas que limpio, la ceniza de los ceniceros que vacío, la suciedad del agua con que lavo, se irán acumulando encima de las heridas y las harán desaparecer anegadas en torrentes de cansancio, restañadas por mi aliento, bañadas a diario en el sudor cálido de las manos con que amaso el pan de mis hijos… Sí, hijito… los días de servidumbre las cubrirán de un caparazón, pero sé que debajo seguirán taladrándome. Lo sé.

LA CARTA QUE LLEGÓ TREINTA Y DOS AÑOS DESPUÉS

Aquel día Um Saad empezó a recordar viejos tiempos. Habló de un hombre llamado Fádel al que parece que habían matado en 1948, ¿o sería después? No se acordaba muy bien. Pero eso no tenía demasiada importancia, ya que la historia tenía que ver desde el principio con otra persona.

Parecía preocupada. Se puso a dar vueltas por la casa sin saber qué hacer. Estaba distraída, no escuchaba lo que le decía. Salió al balcón y se puso a hacer cosas inútiles que no hacían ninguna falta. Por lo menos eso es lo que a mí me parecía y creo que a ella también.

—A Um Saad le pasa algo hoy, no las tiene todas consigo —dijo mi mujer.

Yo sabía que Um Saad era un arca cerrada que guardaba celosamente sus penas, sin revelar a nadie lo que se agitaba dentro de ella, si eran voces de cansancio, de inquietud o de angustia. Así que decidí hacer como si nada hubiera notado y dedicarme a mis cosas, cuando me preguntó si conocía a un campesino de Gabsiya llamado Fádel o si había oído hablar de él.

Al decirle que no sabía quién era se quedó desconcertada. Entonces me preguntó si conocía un tal Abdel Maulá, de una aldea al este de Gabsiya.

—¿No era el que colaboraba con los israelíes y llegó a ser diputado con ellos?

—El mismito.

—¿Y por qué te acuerdas ahora de él?

Volvió a sumirse en una actitud sombría sin que fuera posible arrancarle una palabra. Le rogué que no excitara más mi curiosidad. Quería saber qué sentido tenía aquella extraña vuelta al pasado, por qué surgían ahora en su recuerdo aquellas personas, ausentes de su

memoria desde hacía veinte años. Por fin, susurró muy quedo que Abdel Maulá había matado a Fádel.

Aquellas palabras eran de un laconismo extraño. Y, sin embargo, las cosas debían de haber sido más complejas. Siguió dando vueltas como un gorrión que, transido de frío, buscara refugio.

—¿Le ha sucedido algo malo a Saad?

—No, nada malo, ayer tuve noticias suyas… pero hijo mío, la verdad es que hay algo que me preocupa.

—¿Qué ha pasado, Um Saad?

Sacó del pecho un papel arrugado y me lo tendió:

—Me lo leyó Hasán y desde entonces no he dejado de pensar en ello.

Conocía la letra de Saad y vi que la carta era suya. Estaba escrita con lápiz de punta gruesa. Hablaba de uno de sus compañeros, llamado Laiz, que había caído preso. Su familia había acudido a Abdel Maulá para que intercediera por él, aduciendo viejas relaciones entre las dos familias. Intenté seguir leyendo aquella extraña carta, aunque las letras aparecían casi borradas o habían desaparecido en los pliegues comidos del papel.

—¿Y qué es lo que te preocupa, Um Saad?

—Saad me pide que vaya a ver a su madre, que le diga que no haga nada de eso.

—¿Y has ido?

—Esta mañana pasé junto a su casa en el campo, pero cuando llegué delante de la puerta vacilé y no supe qué hacer. No es fácil, hijo mío, no, la cosa no es fácil. En un caso así, lo único que te apetece hacer con esa gente es escupirles a la cara.

—¿Y qué tiene que ver Saad con toda esta historia?

—Conoce a Laiz desde que los dos eran pequeños. Mira, ¿para qué mentirte?, lo que yo creo es que el propio Laiz anda detrás de todo esto. Debió de decirle a Saad que si alguna vez le pasaba algo y la familia intentaba escribir a Abdel Maulá, lo que debía hacer Saad era pegarles un tiro.

Se derrumbó en el asiento como un objeto que cayera por su propio peso, en aquella postura tan suya con las manos cruzadas sobre el pecho como dos pajarillos que se fundieran en un abrazo. Podía ver un trozo de la carta que le sobresalía de entre los dedos. Aquella carta era un grito venido de lejos al que me era imposible

responder, un gemido de dolor que era incapaz de aliviar. Sentí que me había traspasado toda su angustia.

—Conozco a Saad y sé que lo hará.

—¿Pero estás segura de que la familia de Laiz ha escrito a Abdel Maulá?

—No, no lo estoy, pero tengo que hacer algo. Ahí está lo difícil. ¿Qué opinas tú? Si estuviera segura de ello, no vacilaría lo más mínimo. Pero eso de ir a ver a Um Laiz y decirle así sin más: «Buenos días, Um Laiz, Saad me manda que os diga…». ¡Qué va!, eso no es fácil. Desde anoche me siento como si llevara un fardo a cuestas. Te lo digo de verdad, cuando Hasán me leía la carta y oí el nombre de Abdel Maulá, empecé a temblar como si estuviera poseída por todos los diablos… Ese hombre, Dios mío, ya desconfiaba yo de él desde hace tiempo, desde los tiempos de Palestina.

Movido por la curiosidad que me dominaba, le pregunté:

—¿Eso fue antes de que muriera Fádel?

—¿Ves?, has pensado de inmediato en Fádel. No se puede pensar en Abdel Maulá sin acordarse de Fádel. Saad habla de los dos en la carta.

—Antes dijiste que Abdel Maulá había matado a Fádel.

—Bueno, no exactamente eso, quiero decir, no es que agarrara un fusil y le pegara un tiro.

—¿Cómo fue entonces?

—Abdel Maulá era jefe de una gran familia. Era dueño de muchas tierras en las que trabajaban los campesinos. Tenía olivos y tabaco que vendía a la compañía de Qarmán. Claro, tú no te acuerdas de esos tiempos y por eso no sabes quién era Fádel. Pues era como nosotros, un campesino sin tierra. Cuando la revolución de 1936 se echó al monte descalzo, con su fusil, y durante mucho tiempo no se le volvió a ver.

Um Saad era entonces muy joven, todavía una chiquilla. Había oído hablar de aquellos acontecimientos, pero no se acordaba muy bien del todo. Sí, hubo una huelga que duró seis meses y los campesinos tomaron las armas y se echaron al monte.

—Y después hubo aquel mensaje de los reyes árabes y los hombres volvieron a sus casas. No recuerdo muy bien cómo fue aquello. Si me preguntas ahora lo que pasó, no sabría decírtelo.

Ahora, eso sí, hay una cosa que recuerdo muy bien. Dijeron que en la aldea tal había una fiesta. ¡Qué vergüenza!, ¿una fiesta para qué? Bueno, el caso es que nos dijeron que fuéramos todos. El viaje era gratis, así que fuimos por ver.

»Ese día Fádel bajó al pueblo con otros campesinos. Bajó del monte descalzo, como había subido y como había vivido siempre. El camino era largo y llegó a la plaza del pueblo de los últimos, agotado, con los pies ensangrentados y el traje hecho jirones, al mismo tiempo que otro de una aldea vecina. La plaza era un hervidero de gente y Fádel no hallaba sitio donde poder sentarse hasta que al fin encontró un lugar a la puerta de una casa, al otro extremo de la plaza, y allí se puso a curarse un poco los pies pues los tenía magullados y llenos de tierra, espinas y sangre.

»Yo estaba con las mujeres, no muy lejos de él. Al principio, no me di cuenta de su presencia hasta que oí a una mujer diciéndole a otra que Fádel había trabajado en la almazara y había sido uno de los primeros en echarse al monte. Después la gente empezó a aplaudir. Miramos a ver qué pasaba y vimos delante de nosotros a Abdel Maulá, que se subía encima de una mesa y empezaba a hablar. Y la gente venga a aplaudir. No recuerdo ahora de lo que habló ese día… sin duda fue de la revolución, de la victoria, de los ingleses y de los judíos. No sé por qué en aquel momento me volví y miré hacia Fádel. Vi que tendía la mano hacia la gente y decía algo. Al principio creí que pedía que le dieran algo de beber o de comer, y me acerqué a él. Pero cuando estuve a su lado, me di cuenta de que hablaba solo. Aquello no lo olvidaré nunca, hijo mío, de veras; aquello se me quedó grabado para siempre.

—¿Y qué decía?

—Oí que decía: «Eso, eso, yo soy el que va con los pies llagados, y es a ese al que aplaudís». No sé por qué esa frase se me quedó grabada en la mente desde hace tanto tiempo. No es que la tenga siempre presente, pero está ahí, y cuando recibí la carta de Saad volvió a surgir y entonces me acordé de los dos, de Abdel Maulá y de Fádel…

Sacó la hoja de papel blanco toda comida por los pliegues y la abrió ante mis ojos. A pesar de su brevedad y concisión, aquello más bien parecía un novelón.

Um Saad prosiguió:

—¡Y ahora ese Abdel Maulá que vuelve a aparecer después de veinte años! ¿Te das cuenta, hijo mío? ¿Cómo es posible? No es de Laiz de quien quiero hablar, sino de Fádel. ¿Entiendes lo que quiero decir? Fádel murió después. Algunos dijeron que estaba tuberculoso de trabajar en la almazara; otros, que resbaló y se cayó por un barranco, y otros, que lo mataron en la guerra de 1948. También hubo quien dijo que se había ido de Palestina en 1949 y que al regresar lo mataron en el camino. Pero nada de esto importa ahora. Yo lo sigo viendo sentado a la puerta de aquella casa, con los pies ensangrentados y llenos de tierra. No puedo imaginármelo muerto. Sigo oyendo los aplausos, las felicitaciones, los gritos de júbilo de las mujeres… Y Abdel Maulá, como te dije, es ahora un personaje importante allí. Un traidor, por eso es importante para ellos. ¡En el Parlamento! ¡Qué vergüenza!

Se levantó y se puso a dar vueltas como si algo la atara a aquella carta que Saad había escrito desde sabe Dios dónde (puede que apoyado en el tronco de un árbol o en la culata del fusil y por eso la letra era tan tosca y de trazos tan irregulares).

—¿Y qué piensas hacer ahora, Um Saad?

Movió la cabeza con un gesto de desconcierto.

—Si fuera a ver a Um Laiz y le contara la historia de Fádel y de Abdel Maulá, ¿crees que eso serviría de algo?

—Quizá. ¿Pero por qué hablas como si estuvieras segura de que la familia de Laiz piensa escribir a Abdel Maulá?

—No, no estoy segura de nada, pero de todos modos no tengo más remedio que hacer algo. ¡Ay, hijo mío, si ese día Fádel hubiera matado a tiros a Abdel Maulá, el problema se habría terminado!

Me callé. Hubiera querido decirle que de haber sido así, otras muchas cosas tampoco habrían pasado. Puede que ella misma no hubiera tenido que permanecer veinte años en aquel campo. Pero me abstuve.

—Si hubiera hecho eso, la gente lo habría matado.

—Es verdad, ese día sí que lo hubieran matado… Hubiera sido mejor para él quedarse en el monte y no haber asistido a esa fiesta.

—Pero, Um Saad, si se hubiera quedado en el monte, Abdel Maulá no habría podido organizar esa fiesta.

—Ya lo sé. Si se hubieran quedado todos. Pero ¿qué fue lo que pasó? Pues que al pobre Fádel lo utilizaron. En la almazara, después

en el monte, y luego otra vez en la almazara. Y si hubiera venido al campo, también se habrían aprovechado de él. Eso es lo que Saad quiere impedir, ¿comprendes ahora? No quiere que hagan de Laiz un nuevo Fádel…

Se volvió y me miró directamente a los ojos con esa mirada tan suya que arroja como una lanza en los momentos proféticos mientras apunta a la verdad. Con un ademán lento, pero decidido, me tendió el papel blanco medio roto como el ala de un pájaro que huyera del olor del combate y de la muerte. Sus palabras resonaron en mí como un cañonazo.

—Nunca nadie habló así a ese pobre Fádel. ¿Por qué no lo haces tú ahora, tú que has aprendido en los libros y en la escuela? ¿Por qué no se lo dices tú a la familia de Laiz?

POR DOS LIBRAS MÁS

Um Saad lio su hatillo, se lo puso debajo del brazo y salió para regresar al campo, pero al poco rato volvió a entrar, me agarró por el codo y me llevó al balcón. Allí me señaló a un hombre pequeño de estatura que permanecía de pie junto a una bicicleta, a la vuelta de la callejuela que baja hasta la calle principal.

—¿Ves a ese mono?

—¿Ese que está apoyando en la pared cerca de la bicicleta?

—El mismo. Por lo que más quieras, vete a verlo y dile que se largue y que me deje en paz…

—¿Por qué, Um Saad?

—Haz lo que te digo, si no seré yo la que baje y le pegue.

Bajé con Um Saad y tomamos por el otro extremo de la calle para evitar pasar ante aquel personaje misterioso. En el camino, Um Saad me contó que aquel hombre la esperaba allí porque quería obligarla a que volviera a trabajar en uno de los grandes edificios del centro de la ciudad, en el que había pasado un mes y tres días fregando el portal y las escaleras por cinco libras al día.

—Y ese hombre, ¿quién es?

—El portero de la casa. Es el dueño el que lo manda. Me persigue desde hace una semana, pero yo no quiero volver a trabajar ahí, no quiero volver a ver esa cara de mono.

—Pero, Um Saad, con eso te ganas el pan.

—Eso es lo que yo creía. ¿Sabes? Un día el portero vino a verme y me ofreció trabajo en esa casa. Lo que había que hacer era fregar el portal y las escaleras desde arriba, desde el séptimo o el octavo piso, no sé muy bien, hasta la calle. Me dijo que ganaría cinco libras al día. Como me costaba trabajo subir las escaleras, me prometió que me dejaría subir en el ascensor sin que el dueño se enterase. Así, el trabajo sería más fácil. Tres veces a la semana. Me dije a mí

misma que no estaba mal y que era la voluntad de Dios…, pero al cabo de un mes y tres días…

Um Saad había llegado al tercer piso. Descalza entre el agua y la espuma de jabón, jadeaba penosamente con los pies ateridos por el frío del invierno. Tenía las manos moradas de tanto frotar el mármol sucio de pisadas. Era de noche y las gentes dormían profundamente, bien calentitas, tras las puertas bien cerradas. De pronto, sintió detrás la presencia de alguien. Una mujer, con los brazos cruzados sobre el pecho, la miraba con atención. Parecía como si la estuviera esperando allí desde hacía una eternidad. Sus miradas se cruzaron.

—¡Hola! ¡Que Dios te dé salud!

—Lo mismo a ti, hermana.

Um Saad arqueó la espalda para desentumecer los huesos doloridos. Aquella mujer misteriosa tenía aspecto de campesina.

—¿Querías algo?

—He venido para hablarte. Antes era yo la que fregaba las escaleras tres veces a la semana hasta que un día, de eso hace un mes y tres días, vino el dueño a despedirme. ¿Cuánto te pagan?

—Cinco libras.

—A mí me daban siete. Tengo cuatro hijos. Me dijeron que siete libras era mucho.

—Así que entonces por causa de ellos te quité el pan. ¡Que Dios se lo quite a ellos!

La mujer se acercó más a Um Saad.

—¿Pero tú que culpa tienes? Eres igual que yo, también tienes hijos. Se me ocurrió venir a verte por si el sitio en el que trabajabas antes de venir aquí estuviera libre aún.

—¿De dónde eres, hermana, si no es indiscreción?

—Del sur.

—¿Palestina?

—No, libanesa del sur.

Um Saad se enjugó las manos en el vestido, se bajó las mangas y miró en torno suyo.

—Hermana, te juro que no sabía nada. No me dijeron ni una palabra de ello. Toma, friega el resto de la escalera. ¡Que Dios los confunda, a la casa y al dueño! Llevo aquí trabajando un mes y tres días y todavía no he cobrado las dos últimas semanas. Mañana por

la mañana, le dirás al dueño que Um Saad te ha dado su jornal.

La mujer sollozaba. La escalera estaba inundada y el agua que caía susurrante de un peldaño a otro llegaba a sus oídos como el clamor de un río profundo. Sin volverse, Um Saad bajó la escalera. Seguía oyendo los sollozos de la mujer. Cuando llegó al portal, se detuvo un instante y volvió a oír el gorgoteo del agua que caía de nuevo. Respiró hondo y salió a la calle. Entonces se dio cuenta de que también ella lloraba.

—¿Y ese hombre qué quiere de ti?

—Pues que vuelva. La última vez, me dijo que esa mujer no trabajaba bien, que no les gustaba y que yo lo hago mejor. ¡Embusteros! Los conozco muy bien, lo que quieren es ahorrarse dos libras.

Llegamos a la calle principal. Um Saad se detuvo y señaló con la mano la ciudad que se alzaba a lo lejos, ruidosa, tumultuosa.

—Cada vez que pienso en esa historia se me revuelven las tripas y me dan ganas de llorar. Cuando veo a ese portero que me persigue me dan escalofríos… Quieren que nos peguemos entre nosotras por dos libras… Un edificio grande como ese vale más de mil libras, ¡qué digo!, mucho más, y a pesar de eso no les importa nada empujar a una mujer a quitarle el pan a otra. ¡Y si no, mira lo que está haciendo ese portero, ese tipo repugnante! Siempre dispuesto a complacerlos y a hacer lo que le pidan, todo el santo día pedaleando en bicicleta para que se ahorren dos libras. ¡Qué vergüenza!

Entretanto, habíamos llegado a la calle principal. Nos detuvimos a esperar un coche que la llevara al campo. Entonces, soltó una de sus ideas:

—Si el portero, la mujer y yo, le hubiéramos dicho al dueño…

No siguió. Miraba a la ciudad envuelta en el polvo de un triste atardecer.

UM SAAD CAMBIA DE AMULETO

Um Saad contó que el efendi [26] se había puesto furioso aquella mañana cuando ella le dijo: «Si a quien buscas es a Saad, ¿por qué no vas a buscarlo al valle del Jordán?». Solía pasar por su casa todos los días bien temprano y le hacía preguntas sobre Saad: «¿Ha vuelto? Oí decir que estaba aquí». Um Saad se le quedaba mirando sin decir una palabra. Pero aquella mañana traía algún propósito y, después de detenerse unos instantes, le preguntó, mientras señalaba una foto pegada en la pared con una chincheta:

—¿Es Saad?

En aquella foto, Saad tenía un rostro de lo más sonriente bajo la pelambre encrespada sin peinar. Um Saad tuvo el vago presentimiento de que algo iba a pasar, se abalanzó hacia la pared, arrancó la foto y se la metió en el pecho.

El efendi vaciló un poco y después dio un paso adelante, pero Um Saad lo detuvo tajante:

—¡Intenta quitármela, si eres hombre!

El efendi, paralizado por la sorpresa, miró en torno suyo confundido.

—Si a quien buscas es a Saad, ¿por qué no vas a buscarlo al valle del Jordán?

El efendi sonrió e indicándole el pecho, le dijo:

—¿Qué es ese collar que llevas, Um Saad?

Era la alhaja que Saad le había dejado antes de irse y que al meter la foto en el pecho debió de haber sacado sin darse cuenta. Aquella había sido la última vez que Saad había venido a visitarla. Una cadena de metal de la que colgaba una bala de ametralladora agujereada en el casco y vaciada de pólvora.

El efendi volvió a la carga:

—¡Pues sí que os cambiáis todas de alhajas en estos días!

Um Saad lo miraba sin perderlo un instante de vista mientras con la mano apretaba la bala, con fuerza. Por fin, le dijo:

—Esto no es una alhaja.

—¿Entonces, qué es?

—Un amuleto.

—¿Un amuleto?

—Sí, un amuleto.

—¿Te lo regaló Saad?

—Sí, fue Saad.

El efendi inspeccionó despacio, con la mirada, el cuarto miserable, se detuvo en los colchones amontonados en una esquina, en los platos de metal todavía sin fregar y en el techo de hojalata que empezaba a arder con el calor del verano y, por último, en el montón de barro delante de la puerta.

—¿Cómo has dicho entonces que Saad no había venido?

—No, no fue eso lo que te dije. Vino y volvió a irse.

—¿No te había dicho que me avisaras cuando viniera?

—Tenía miedo.

—¿De quién, de él?

—No, de ti.

Seguía apretando con fuerza la bala, bien pegada a su pecho. Bajo la ropa, sentía la foto de Saad, cálida. Antes de salir, el hombre se detuvo junto al ventanuco abierto en la pared. En el marco, había un trozo de tela triangular de muchos colores que colgaba de un cordel. Lo agarró y se puso a balancearlo.

—¿Era este tu antiguo amuleto?

—Sí, ese era.

—¿Y por qué…?

No prosiguió. La respuesta era evidente, como podía leerse en su mirada y en sus dedos que agarraban con fuerza la bala. Se quedó mirándola fijamente y después salió.

Entonces, yo le pregunté:

—Pero, Um Saad, ¿cuándo te envió Saad esa bala?

—No me la envió. La dejó en casa cuando vino a visitarme la última vez. La veía todos los días en el colchón hasta que por fin decidí llevarla puesta en el pecho. El hijo del vecino me la colgó de una cadena después de sacarle la pólvora.

—¿Y el antiguo amuleto?

—Me lo había hecho un viejo *xeij* cuando todavía estábamos en Palestina. Un día me dije a mí misma: ese hombre seguro que es un charlatán, ¿eso es un amuleto? Lo llevo colgado desde que tenía diez años y no nos ha protegido de la miseria ni de seguir bregando sin descanso ni de que nos expulsaran de nuestras casas. Hace veinte años que vivimos aquí. ¿Un amuleto? Los hay que verdaderamente se ríen en las barbas de la gente. Aquella mañana, me dije a mí misma: si con el amuleto las cosas son así, ¿qué sería sin él? ¿Hay algo peor que esto? Pero después me dije: por lo menos esto es Saad…, ya lo sabes, ¿para qué contarte todo?

—Por tu culpa has puesto a Saad en un aprieto. Si ahora no vuelve, se lo van a hacer pagar.

En su mirada se leía cierta ironía. Antes de que dijera nada, comprendí cuál sería su respuesta.

FUSILES EN EL CAMPO

De pronto todo cambió, Abu Saad dejó de ir al café y empezó a hablar a su mujer con más dulzura. Aquella mañana, le había preguntado si se sentía cansada y cuando ella, extrañada por la pregunta, le dirigió una mirada interrogadora, él sonrió. Normalmente, volvía a casa con los nervios de punta y después de pedir la comida, en un tono desabrido, se iba a la cama después de tragar el último bocado.

Cuando estaba en paro se volvía todavía más agresivo. Iba al café, en donde pasaba el tiempo mientras bebía té, jugaba a las cartas e insultaba a la gente. Cuando volvía a casa era algo insoportable. Con la cabeza entre las toscas manazas llenas de cemento y de tierra, se quedaba dormido y empezaba a roncar. Por la mañana, amanecía siempre de mal humor, y sin razón, lanzaba miradas furiosas a Um Saad mientras ella preparaba sus miserables bultos para ir al trabajo. Un día, hasta sintió en su aliento olor a vino.

Y ahora, de repente, todo ha cambiado. Cuando oye pasos delante de la ventana de su cuchitril, en el pasadizo angosto cubierto de barro que no puede atravesar más de una persona a la vez, asoma la cabeza para hablar con el que pasa, hace miles de preguntas y habla del «klanchinkov», al que prefiere llamar sencillamente el «klachen» como dice Saad cuando viene a visitarlos.

Era mediodía cuando se dirigió hacia donde estaba el altavoz que lanzaba al aire un discurso que nunca había oído hasta entonces. Subido encima de un muro, podía observar todo desde allí. Se quedó estupefacto al ver que niños y niñas, y también adultos, saltaban por encima de una hoguera, se arrastraban por debajo de las alambradas y esgrimían armas. Vio a Saíd, su hijo

pequeño, que, ante una multitud, explicaba lo que un combatiente tenía que hacer para calmar el dolor cuando ha recibido un bayonetazo.

Cuando Saíd entró en el corro para continuar su demostración, la gente comenzó a aplaudir. Um Saad, que estaba allí, se acercó a su marido y se subió encima de un tejado bajo para poder ver lo que pasaba. Cuando divisó a Saíd, lanzó un prolongado grito de júbilo al que respondieron otros muchos por todas partes. Abu Saad le dijo: «¡Mira! ¿Lo has visto? Es Saíd. ¿Lo ves? Fíjate bien». ¡Como si no lo viera! ¡Como si no estuviera junto a él en el centro de aquel corro contando las gotas de sudor que corrían por su pequeña frente morena!

Saíd se fue acercando a su adversario paso a paso, con los puños tendidos y un poco inclinado hacia delante. En ese momento, Abu Saad puso la mano en el hombro de su mujer y lo apretó con un gesto de ternura inesperado para ella. Los ojos se le inundaron de lágrimas, aunque disimulaba su emoción y seguía toda ella pendiente de lo que hacía su hijo. Y después, los aplausos retumbaron por toda la plaza cuando Saíd esquivó un bayonetazo y, con la rapidez del rayo, arrancó el fusil de las manos de su adversario y, luego de girar sobre sí mismo, lo alzó en el aire bajo la bandera, cuyo chasquido al ondear al viento se confundía con el de las manos que aplaudían, como si fuera otro aplauso más.

Abu Saad aplaudía sin cesar. Se había puesto de pie y miraba en torno suyo, orgulloso. Después su mirada se cruzó con la de Um Saad, se inclinó hacia ella y volvió a decirle:

—¿Lo has visto? ¡Es Saíd!

Apuntaba en dirección al muchacho al tiempo que acercaba la cabeza a la de su mujer para mostrárselo bien y alzaba la voz:

—Aquel que está allí, el que levanta el fusil, ¿lo ves bien?

Para no estallar en una carcajada, lanzó otro grito de júbilo. Los aplausos continuaban mientras el muchacho seguía esgrimiendo el fusil ante la muchedumbre, con la frente iluminada por los últimos rayos del sol poniente. Un hombre viejo, sentado en el canto de la pared, se volvió hacia Abu Saad.

—Si hubiera sido así desde el principio, no nos habría pasado lo que nos pasó.

Abu Saad asintió, sorprendido, así y todo, de ver al viejo con

lágrimas en los ojos.

—¡Ay, si hubiera sido así desde el principio!

Agarró al viejo por el hombro, tendió el brazo y le señaló el centro de la plaza.

—¿Ves a ese muchacho que alza el fusil? Es mi hijo Saíd. ¿Lo ves?

Y el viejo que, sin duda, no veía muy bien, contestó:

—¡Que Dios te lo conserve! Es un buen muchacho.

Abu Saad levantó la cabeza mientras decía:

—Su hermano mayor Saad está con los fedayín en el valle del Jordán.

—¡Que Dios los bendiga!

Tiró de su mujer hacia sí para mostrársela al viejo que aún miraba hacia la plaza:

—Y esta que ves es la madre, la mujer que ha parido hijos que luego son fedayín. Los echa al mundo y Palestina se los lleva.

En ese momento, el viejo se volvió para mirar a Um Saad que reía sin apartar la vista de su hijo. Saíd devolvió el fusil a su compañero y después corrió para unirse a la larga fila de niños vestidos de caqui que permanecían alineados en el extremo de la plaza.

Por lo que dijo Um Saad, su marido ha cambiado desde ese día.

—Desde luego, ahora las cosas son diferentes. El hombre dice que solo ahora le ha tomado gusto a la vida.

Y añade:

—Hay que ver a los chicos en el campo. Todos tienen un fusil o una metralleta y en todas las casas hay un uniforme caqui. ¿Has visto lo que ha hecho Saad?

—¿Qué tiene que ver Saad con todo esto?

—¿Cómo que no tiene nada que ver? ¿Acaso crees tú que todo esto llega así sin más ni más? ¡Ay, hijo mío, si supieras! El fusil es como el sarampión, contagioso. Entre nosotros, en la aldea, cuando un niño había tenido el sarampión, decíamos que era como si empezara a vivir y que ya quedaba bien «armado». Así que desde el día en que vi a Saad con una metralleta, le dije al *mujtar* cuando pasó a verme aquella mañana: «Demasiado tarde». Y el miércoles, el primero en irse fue el efendi cuando el campo se puso a arder como si hubieran prendido con un fósforo un montón de paja. ¡Y si

hubieras visto a los muchachos!

—¿Y Abu Saad?

Empezó a batir palmas y me pareció oír el chasquido de dos pedazos de madera que entrechocaran.

—La miseria, hijo mío, la miseria que hace del ángel un demonio. ¿Qué otra cosa podía hacer más que dejarse llevar por la ira y descargar con la gente, conmigo, y hasta con su propia sombra? Estaba aplastado, aplastado por la miseria, la humillación, la cartilla de racionamiento, aplastado bajo ese techo de cinc, bajo la bota del Estado. ¿Qué podía hacer? Cuando Saad se fue recobró algo de ánimo, mejoró un poco, pero cuando vio a Saíd entonces todo fue mucho mejor, sin comparación. El campo cambió de aspecto. Pudo levantar la cabeza y mirar, mirarme a mí, mirar a sus hijos, de otra manera. ¿Comprendes? Si lo vieras ahora, camina como un gallo. Cada vez que ve pasar junto a sí un fusil al hombro de un muchacho, no deja de darle un golpecito como si fuera la vieja escopeta que le robaron y volviera a encontrarla allí.

Se interrumpió un instante como si recordara otra cosa.

—Esta mañana se levantó bien temprano y cuando lo encontré en las calles estaba de pie, apoyado en la pared y fumando un cigarrillo. Antes de darme los buenos días, me dijo: «¡Dios mío, Um Saad, mira que hemos vivido y hemos visto cosas!».

Tomó sus fardos y se dirigió a la puerta. Toda la habitación se llenó de olor a campo. Al cabo de un instante, cuando creía que ya se había ido, la oí gritar con todas sus fuerzas, a la entrada.

Me dirigí hacia allí y vi a Um Saad agachada encima de la tierra, en el lugar donde había plantado aquel palo seco que me trajo una mañana, hace ya tanto tiempo que me parece una eternidad. Estaba mirando aquel brote verde que nacía pujante de la tierra con un crujido como si estuviera animado de voz.

EPÍLOGO

LA VOZ DE GASÁN KANAFANI: DE LA TRAGEDIA A LA ESPERANZA

Triste infancia la de Gasán Kanafani. Como tantos otros miles de niños palestinos, tuvo que dejar su país a los doce años, llevando consigo, grabados en la memoria, cientos de imágenes, recuerdos y vivencias de un paraíso perdido: San Juan de Acre, donde nació, y Jafa, adonde la familia se trasladó a vivir siendo él aún muy niño. Luego, el éxodo. Primero, breve estancia en el sur del Líbano; después, Damasco.

Triste adolescencia también la de Kanafani. Para ganarse el pan tuvo que lanzarse desde muy joven al mercado de trabajo. Fue maestro de escuela y también profesor de arte en las escuelas de la UNWRA (Organismo de Obras Públicas y Socorro de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo). Alternando el trabajo con los estudios consiguió, llegada la edad, ingresar en la Universidad de Damasco, donde cursó durante tres años la rama de literatura.

Expulsión, éxodo, exilio, lucha por la vida, injusticias y opresión en el país de acogida; factores todos ellos que contribuirán a hacer de Kanafani desde muy joven —a los quince años de edad— un activo militante de la causa palestina. En 1953, cuando tenía diecisiete años, se afilió al Movimiento de los Nacionalistas Árabes, organización surgida en la década de 1950 como reacción a la derrota de la dirección árabe en Palestina frente a la ofensiva del sionismo. Pese a su composición social heterogénea —como la de todo movimiento nacionalista—, muchos de sus militantes evolucionaron rápidamente hacia posiciones progresistas. En el

Congreso de 1962 se asiste ya a una ruptura entre las tendencias izquierdistas y las tendencias nacionalistas tradicionales de la alta y media burguesía árabe. La derrota de 1967 contribuyó de nuevo a escindir el movimiento. La mayoría de los militantes tomaron conciencia del fracaso de los gobiernos de Oriente Próximo y la sección jordano-palestina del movimiento funda el Frente Popular de Liberación de Palestina (FPLP), de tendencia marxista y cuyo máximo dirigente es George Habash. El FPLP se convirtió en uno de los componentes de la OLP.

Expulsado de la Universidad de Damasco por sus actividades políticas, Kanafani emigró en 1956 a Kuwait en donde trabajó como profesor de dibujo en las escuelas del Estado. Al mismo tiempo, ejerció la labor de periodista e inició la actividad literaria, íntimamente ligada a su actividad política.

En 1960 se trasladó a Beirut en donde trabajó como redactor literario del semanario *Al-Horriya (La Libertad)*, órgano de la izquierda libanesa. En 1963 pasó a ser redactor jefe del diario *Al-Muharrir (El Libertador)*, al tiempo que colaboraba en *Al-Anwar (Las Luces)* y en *Al-Hawadiz (Los Acontecimientos)* hasta 1969, fecha en que fundó el semanario *Al-Hadaf (La Meta)*, portavoz del Frente Popular de Liberación de Palestina, del que fue redactor jefe hasta su asesinato por los servicios secretos israelíes el 8 de julio de 1972, a los treinta y seis años de edad.

La obra de Kanafani como escritor —eminentemente novelista, aunque también autor de obras de teatro y ensayos— y periodista (infinidad de artículos dispersos en distintos diarios y revistas sobre temas literarios, históricos y políticos) es indisociable de su compromiso político. Podemos decir, remedando a Alberti, que Kanafani fue, si no un poeta, «un escritor en la calle». La pluma fue su arma de combate. Hay una tendencia hoy a rechazar o subestimar la literatura llamada «comprometida», por considerar que puede caer fácilmente en el mero panfleto. Es muy cierto que este caso puede darse y se da, de hecho, con frecuencia. Sin embargo, tratándose de Kanafani no pensamos que su compromiso político, visible en toda su obra, vaya en detrimento del valor literario de esta. Hay momentos históricos, situaciones límite, en los que el escritor no puede aislarse en su torre de marfil y permanecer indiferente a lo que le rodea. Su deber de intelectual es testimoniar.

y, luego, durante la era franquista, en la Alemania nazi y en la Italia fascista, muchos escritores testimoniaron y otros siguen hoy haciéndolo en todos los continentes y latitudes, sin que ello menoscabe el valor literario de su obra. En el caso de Palestina, no hay prácticamente un solo escritor —poeta, novelista, dramaturgo— que no exprese, de una u otra manera, su compromiso.

Una vez aclarado este punto, hay que reconocer que la obra de Kanafani es desigual tanto desde el punto de vista formal como del contenido. Se advierte, a veces, en su escritura, cierta improvisación e inmadurez, como si el texto no hubiese estado trabajado o elaborado suficientemente. Hay momentos en los que se tiene la impresión de que Kanafani escribía rápidamente, casi a vuelapluma, como el que tiene prisa por contar cosas y, luego, carece de tiempo para volver a repensarlas o prefiere dejarlas tal cual por considerarlas más auténticas como producto de su primera inspiración. La verdad es que Kanafani, con la intensa actividad polifacética que desarrollaba, no disponía de mucho tiempo para perfilar y retocar lo que había escrito bajo el impulso de su extraordinaria capacidad creadora. Por otro lado, no hay que olvidar que Kanafani murió joven, a los treinta y seis años; que toda su enorme producción literaria se extiende a lo largo de un periodo que no abarca más de dieciséis años; que su primera colección de relatos, publicada en 1961 cuando tenía veinticinco años, fue escrita cuando tenía de veinte a veinticuatro años; que su primera novela importante, *Hombres en el sol*, publicada en 1963 cuando tenía veintisiete años, fue escrita en 1962 cuando contaba con veintiséis. Lo mismo que en la forma, también hay fallos en el contenido. Sin entrar en detalles, nos limitaremos a decir que este peca a veces de esquemático o de insuficientemente estructurado. Pero, de nuevo en este caso, hay que atribuirlo a cierta inmadurez de Kanafani como escritor precoz. ¿Qué habría dado de sí Kanafani si su vida no se hubiera visto truncada a los treinta y seis años? Es difícil saberlo, pero su extraordinaria capacidad creadora, sus grandes dotes narrativas, sus múltiples intuiciones y aciertos, sus bellas metáforas, extrañas y originales, permiten pensar que su escritura se habría perfeccionado, habría madurado y evolucionado

a formas de expresión más depuradas. Porque hay un hecho innegable: Kanafani tenía verdadera madera de escritor.

Las tres novelas que figuran en este volumen representan tres etapas en la producción literaria del autor, reflejo a su vez de tres etapas en la toma de conciencia del pueblo palestino.

En *Hombres en el sol* hay una evasión, una huida, de la amarga y cruda realidad. La búsqueda de una solución individual lleva a la muerte, que es aquí una prolongación de la derrota, una muerte aceptada pasivamente, con resignación, sin lucha.

En *Lo que os queda* se vislumbra ya el esbozo de una toma de conciencia. La búsqueda de una solución, aunque siga siendo de forma individual, representa ya un intento de liberación. No hay resignación ante la muerte sino que se lucha y hasta se mata, aunque haya que morir después, justamente para seguir viviendo.

Um Saad representa la etapa superior de la toma de conciencia, la solución colectiva que se traduce en la lucha armada.

EN EL
HOMBRES
SOL
(1963)

Cuando en 1963 apareció en Beirut *Hombres en el sol*, era la primera vez que la obra de un novelista palestino planteaba como interrogante histórico los temas del éxodo, la muerte y el estupor producidos por la derrota.

Esta novela cuenta la historia de tres palestinos pertenecientes a tres generaciones que coinciden en la necesidad de encontrar una solución individual al problema existencial del hombre palestino mediante la huida a Kuwait, país donde existen petróleo y riquezas.

Abu Qais, el más anciano, representa la generación derrotada, vencida, que tuvo que abandonar la tierra y vivir la miseria de los campos de refugiados. Si en 1948 era ya un hombre de mediana edad, diez años más tarde es un anciano que, abrumado por los sufrimientos y las penalidades, se resigna a su suerte sin vislumbrar, en el agujero negro en que está hundido, ninguna luz de esperanza. Otros más jóvenes que él tratan de hacerlo salir de su abulia, lo empujan a que abandone la vida de miseria del campo en donde

vegeta, sin otro medio de subsistencia que la ración alimentaria que le suministran los organismos internacionales de ayuda a refugiados, lo incitan a que rechace la humillación de vivir como un pordiosero, de la limosna, de la caridad. Hay aquí un primer llamamiento a la acción que, aunque circunscrita a los límites de la solución individual, representa ya, en cierto modo, una sacudida.

Las ambiciones de Abu Qais son bien modestas. Le basta con ganar lo suficiente para poder comprar uno o dos pies de olivos, quizá también para poder construir, fuera del campo de refugiados, una casita que sea suya y, si ello fuera posible, pagar los estudios de su hijo. No aspira a más.

Por su espíritu simple, ingenuo, este personaje resulta enternecedor. Es un hombre del pueblo, sencillo, sin instrucción, acostumbrado desde siempre a buscar consejo y guía en otros que, en su humildad, considera que saben lo que él, pobre campesino, ignora. Simboliza la inmensa mayoría del pueblo palestino, formado, sobre todo, por campesinos con un profundo apego a la tierra. Este amor a la tierra, hasta fundirse con ella en «un solo palpitar», lo expresa bien Kanafani al presentarnos a Abu Qais que, lejos de su patria, Palestina, yace en Basora, a orillas del Chott, con el cuerpo pegado a la tierra como esperando que esta le infunda la fuerza y el aliento necesarios para seguir adelante en su empresa. Esa tierra, húmeda por la proximidad de los dos ríos, el Tigris y el Éufrates, unidos hasta formar un solo río, el Chott, despierta en él recuerdos dormidos, sensaciones ya casi olvidadas de los tiempos en que allá, en Palestina, creía que los latidos de su propio corazón eran los de la tierra y el olor que de ella se desprendía, «el mismo que exhalaban los cabellos de su mujer cuando salía del baño… el de una mujer con el cuerpo chorreando agua fría y los cabellos mojados sobre el rostro». La tierra, como un ser vivo de cuerpo cálido que palpita y da frutos, es la esposa que lo recibe en su seno, la madre que le da sustento. A través de su identificación como una mujer, con la esposa-madre, la tierra pasa a simbolizar la patria, Palestina.

Asad, el segundo personaje, pertenece a otra generación, la de los que eran adolescentes durante el desastre de 1948 y, por tanto, demasiado jóvenes para tomar las armas pero que, no obstante, conservan vivos en su memoria los recuerdos de la lucha y la

resistencia, la derrota y el éxodo. Asad representa ya a otra categoría de palestinos. No es el campesino ingenuo y simple, confiado, sino el joven con estudios, armado para defenderse en la vida. Simboliza, en cierto modo, el intelectual en el que la masa de campesinos cree y confía. Esta realidad la expresa bien Kanafani cuando Abu Qais pone su suerte en sus manos y le pide que sea él quien decida en los tratos con Abuljaizarán, el pasador clandestino.

Asad pertenece a la generación de los que no quieren resignarse a su situación de refugiados, de ciudadanos de segunda clase en los países árabes de acogida, y se rebelan frente a la humillación de que son víctimas. Pero, como las manifestaciones callejeras, las protestas minoritarias de grupos de estudiantes no han conducido a nada, decepcionado ante la impotencia de la acción colectiva, estéril y sin perspectivas inmediatas de futuro, decide abandonarla y opta por la solución individual. Consciente de la cruel realidad de un mundo hostil e implacable en el que impera la ley del más fuerte, en el que, como en el desierto, las ratas grandes se comen a las más chicas, y dotado de un bagaje intelectual con que abrirse camino en la vida, trata de salvarse, salir del agujero, recobrar la dignidad, buscar en el triunfo personal la revancha de los desheredados.

De Maruán, el tercer personaje de la novela, no puede decirse que pertenezca a una generación más joven que la de Asad, ya que la diferencia de edad entre uno y otro no es muy grande. Pero si Asad era un adolescente en 1948, Maruán era un niño, para quien la derrota y el éxodo, aunque marcaran profundamente su existencia, yacían más enterrados en la memoria.

Maruán no habría pensado nunca en emigrar si no hubiera sido porque su hermano mayor, al casarse, deja de enviar dinero a la familia desde Kuwait, en donde trabajaba. El abandono del hermano lo siente como una traición a sus padres, a sus otros hermanos, a él mismo, que no podrá ya continuar sus estudios. Y lo más grave es que ese abandono trae nuevos abandonos, nuevas traiciones, cuando su padre, al faltarle el mínimo de bienestar y tranquilidad que aquel dinero le proporcionaba, repudia a la madre para casarse con una mujer «rica» que posee una casa de cemento con tres habitaciones. La estrechez económica y la penuria provocan una disgregación de la familia con la huida del padre que,

vencido, cansado, sin ánimos para soportar una existencia miserable, se siente incapaz de afrontar sus responsabilidades familiares, y no busca, con egoísmo, más que su provecho personal.

Estos dos abandonos, el del hermano y el del padre, son los acicates que mueven a Maruán a emigrar a Kuwait, con el único fin de trabajar y ganar dinero para mantener a su familia. También él piensa, como los otros, que para liberarse de la miseria no hay más salida que la huida a Kuwait.

Pero si la emigración a un país rico y el deseo de ganar dinero para mantener a la familia obedecen a una necesidad, hay además en Maruán otros motivos. El sentimiento de abandono y traición del padre lo atormenta y, en su mente, el deseo de vengarse se convierte en una obsesión. De ahí su afán de ganar mucho dinero para enviárselo todo a su madre y a sus hermanos, de llegar un día a ser rico para que su padre se muerda los dedos de arrepentimiento. Esta reacción infantil refleja bien su carácter. Aunque la necesidad imperiosa de ganar su pan y el de los suyos y de asumir, por tanto, la responsabilidad del jefe de familia, hace de él, con solo dieciséis años, un adulto antes de tiempo, en realidad aún es un niño, un muchacho ingenuo, fácil de engañar.

Junto a estos tres personajes, víctimas de un destino implacable que los lleva a la muerte, aparece un cuarto, tan importante como los anteriores, o quizá más, pues es quien, precisamente, los conduce a la muerte. Es Abuljaizarán, el pasador clandestino, quizá el más complejo de todos los personajes y en el que Kanafani simbolizó, reunidas en un solo individuo, todas las contradicciones del hombre palestino que luchó en la guerra de 1948 y que, vencido, decepcionado de todo, decidió adoptar una actitud cínica ante la vida. Su aspecto físico que, como su nombre indica[27], recuerda el de un junco, da una impresión de flexibilidad, de elasticidad, como si pudiera plegarse en dos. Esta descripción física es, en realidad, un retrato moral. El cuerpo elástico y flexible simboliza la naturaleza del personaje, adaptable, plegable a una u otra circunstancia según las conveniencias, es decir, el oportunista.

Sin embargo, pese a su conducta interesada, su cobardía, sus pequeñas miserias, tampoco es enteramente de una pieza. También hay en él rasgos de ternura, de humanidad. Apiadado de Maruán, en quien ve casi a un niño, está dispuesto a pasarlo a Kuwait solo

por cinco dinares, cuando a los otros dos les reclama diez. Y su angustia moral, su desesperación al descubrir los tres cadáveres dentro de la cisterna, no es solo por cobardía, por miedo a que las autoridades kuwaitíes descubran lo sucedido y ello ponga en peligro su situación, sino también porque se siente responsable de haber llevado a la muerte a sus tres compatriotas. Los sentimientos aparecen en él mezclados, confundidos, lo que da una imagen más real, más viva, del personaje. La pena y la angustia se confunden con el miedo y el instinto de conservación; el horror y el sentimiento de culpabilidad quedan supeditados al instinto de lucro. Quizá uno de los momentos más trágicos, más terribles de la novela, sea aquel en que Abuljaizarán, después de depositar los cuerpos de sus compatriotas en el basurero municipal situado en las afueras de la ciudad y emprender el viaje de regreso, vuelve sobre sus pasos y despoja a los tres cadáveres de todo el dinero que llevaban, sin olvidar el reloj de Maruán.

Con todo, este personaje no nos resulta antipático. Las circunstancias de su vida, inseparables del destino trágico de su pueblo, han hecho de él lo que es: un ser fracasado que solo aspira, por todos los medios, a ganar dinero suficiente para poder llevar una existencia tranquila y, sobre todo, olvidar el pasado. Porque debajo de una apariencia jovial y alegre esconde un personaje profundamente atormentado por un pasado de derrota, de impotencia. Esta impotencia se manifiesta en una acción militar en la que, después de haber servido durante más de cinco años en el ejército británico en Palestina y a pesar de su fama de buen conductor, fracasa en sus intentos de conducir un viejo vehículo blindado, del que se habían apoderado los hombres de la aldea, después de un ataque de los judíos. Y fracasa, sencillamente, porque era un hábil conductor de camiones pero no un experto en la conducción de vehículos blindados, es decir, se le confió una tarea superior a sus capacidades. Pero también su integridad física ha sido afectada, pues después del accidente que sufrió durante la lucha contra el ocupante sionista, es sometido a una operación quirúrgica en la que tiene que ser castrado. La pérdida de la virilidad, la impotencia física, en un personaje como Abuljaizarán, combatiente en la guerra de 1948, es un símbolo con el que Kanafani expresa la situación de impotencia del pueblo palestino

después de la derrota.

Y justamente a este hombre castrado, a este eunuco, es al que sus compatriotas confían su suerte, su destino, que no podía tener más que un trágico fin: la muerte. Abuljaizarán, sinónimo de derrota, de impotencia, hace el papel de antihéroe. De él ya no cabe esperar nada en el futuro. En este personaje simboliza Kanafani una generación históricamente incapacitada para hacer salir al pueblo palestino de su estupor y conducirlo de nuevo a la lucha. Digamos de pasada que si la pérdida de la virilidad y la impotencia física tienen aquí connotaciones negativas es porque Kanafani refleja de forma simbólica la ideología de la sociedad arábigo-musulmana tradicional. Es inútil decir que esa ideología, lo mismo que la de otras muchas sociedades tradicionales, ensalza la potencia viril —y la fecundidad femenina complementaria—, signo de la vida, frente a la impotencia masculina o la esterilidad femenina, signo de la muerte. Contrariamente al cristianismo, que preconiza como ideal el celibato y la abstinencia carnal —la primera carta de san Pablo a los corintios expresa claramente ese ideal— el islam ensalza el matrimonio, la unión carnal y la reproducción. El personaje de Abuljaizarán reviste pues, en el contexto arábigo-musulmán, un carácter negativo.

De los tres emigrantes clandestinos, Abu Qais es un anciano ya acabado; Maruán, aunque represente una esperanza para el futuro, es aún demasiado joven para asumir en ese momento —1958— el papel histórico del nuevo hombre palestino capaz de despertar las conciencias dormidas de todo un pueblo avasallado y oprimido. Asad, por su edad, sus conocimientos, su pasado militante en Amán durante sus años de estudiante, es el único que podría representar en ese momento la esperanza. Pero no, las condiciones no están aún maduras. Este joven intelectual —en el que quizá Gasán Kanafani viera reflejada su propia imagen cuando en 1958, a los veinte años, emigró él mismo a Kuwait para trabajar allí de profesor— abandona la lucha, cansado, decepcionado, para huir a Kuwait y ganar dinero. Huida, evasión de la realidad, testimonio de la impotencia. El más preparado, el más avispado de los tres emigrantes clandestinos, y en el que confían los otros dos, uno por su condición de campesino ignorante y el otro por ser demasiado niño, se deja también engañar y pone su suerte y la de sus compañeros en manos de un personaje,

símbolo de un pasado vencido y que, al dirigir el presente, no puede conducirlos más que a la muerte que es aquí una prolongación de la derrota.

Para Kanafani, esa muerte aceptada pasivamente, sin lucha, es también la consecuencia de la huida de la realidad, de la evasión, de la búsqueda de una solución individual, de una visión estrecha y limitada al pequeño universo personal forjado de ilusiones, en el que no hay cabida para todo lo que vaya más allá del interés personal de cada uno, en una palabra, de la incapacidad para comprender cuál es el verdadero camino de la acción liberadora. Para Kanafani, esta no se inscribe naturalmente en el triunfo personal de un individuo sino en el de todo un pueblo.

Lo que resulta más trágico en esta novela es la resignación de los tres hombres ante la muerte —como bestias que llevan al matadero —, la aceptación de un destino ineluctable, fatal, como si el camino que habían elegido no pudiera conducirlos más que a ese fin. Y el grito desesperado y desgarrado de Abuljaizarán, que toda la inmensidad del desierto repetía como un eco: «¿Por qué no golpearon las paredes de la cisterna? ¿Por qué no llamaron? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?», aparece como una llamada, como una interrogación histórica que invita a una reflexión generadora de una voluntad de acción.

Puede parecer contradictorio que este primer grito lo lance justamente el personaje que representa la derrota, la impotencia. Pero, justamente, quizá por su situación de vencido, de impotente, comprende de súbito, con lucidez, que si sus víctimas —víctimas de su desaprensión, su avidez de lucro, su cinismo— no han gritado, tendrá que ser él, el causante de su ruina, quien clame, quien grite, para que el eco de su voz resuene, llegue a todos los oídos hasta entonces sordos, despierte las conciencias dormidas.

Pese a su actitud cínica ante la vida, Abuljaizarán es aún capaz de conmoverse hasta llorar. La tragedia de la que él mismo fue la causa actúa como revulsivo y la llama de su pasado de combatiente, que él creía ya extinta después de su amarga experiencia y sus decepciones, se reaviva de repente hasta infundirle aliento para gritar.

Nos hemos referido a los cuatro personajes principales de la novela y a lo que Kanafani quiso simbolizar en cada uno de ellos.

Pero también los personajes secundarios pueden considerarse simbólicos. Así, el hach Rida, adinerado señor kuwaití —siempre presente, pese a que no aparece nunca en la novela y solo sabemos de él por referencias— simboliza las clases dominantes árabes, sobre todo de ciertos países, cuya norma de vida podría resumirse en dos palabras: despreocupación y diversión. Los aduaneros que retienen a Abuljaizarán, especialmente Abu Baqr, son también simbólicos. Representan la burocracia indolente y corrompida —producto de las sociedades que la generan y la alimentan— y que aparece encarnada en una serie de personajes mediocres reprimidos, solo obsesionados por el sexo. También es aquí simbólico que Abuljaizarán, que para Kanafani representa la dirección política palestina en un momento histórico determinado, esté justamente al servicio del hach Rida, que representa la dirección política árabe, como también es simbólico que Abuljaizarán tenga que verse sometido a la voluntad y capricho de esa burocracia y sea víctima, tanto él como sus compatriotas, de su inconsciencia, de su irresponsabilidad histórica.

Aunque *Hombres en el sol* está cargada de simbolismos, cabe decir que corresponde al género llamado realista, tanto desde el punto de vista formal como del contenido. En efecto, bien reales son las preocupaciones de los cuatro personajes, sus sentimientos, como también lo son sus deseos y ambiciones. La descripción que de ellos se hace, su retrato físico y moral, corresponde igualmente al de personajes de ficción que la mente creadora del escritor transforma en seres vivos de carne y hueso. Es decir, no son seres desdibujados que floten en un universo onírico. Las situaciones descritas también son reales; algunas, propias de un determinado grupo étnico-cultural: el pueblo árabe de Palestina, y otras, universales. Sin describir con detalle su vida cotidiana, sus costumbres, sus tradiciones, a través de escenas retrospectivas, recuerdos y vivencias, se evocan, como cuadros intercalados en la acción —breves pinceladas, ligeros toques, rápidos trazos— situaciones que dan una imagen real de la vida del pueblo palestino, ya sea antes de 1948 o bien después del éxodo, en los campos de refugiados o en los países árabes de acogida. El problema del repudio, de la poligamia (el padre de Maruán), propio de la sociedad musulmana —aunque no exclusivo de ella— se insinúa brevemente; otros, como

el de la emigración —eje central de la novela— son universales.

Este último, el de la emigración, aunque no exclusivo del pueblo palestino, reviste aquí caracteres más trágicos por tratarse de una población sin patria, de refugiados que, arrojados de su tierra, no tienen la esperanza de retornar un día a ella. Es evidente que hay puntos comunes a toda emigración, sobre todo clandestina: la explotación de la que son víctimas los emigrantes por parte de pasadores desaprensivos, el engaño, que los lleva a veces a encontrar la muerte en el fondo de un barranco o en el paso de un puerto de montaña. Y estos casos se dan en todos los continentes y en todas las latitudes. Por mencionar algunos —esta vez sucedidos en el continente europeo—, recordamos el de un grupo de emigrantes portugueses que, después de vender lo poco que poseían y entregar sus ahorros a un pasador clandestino para que los introdujera en Francia, recorrieron cientos de kilómetros, dieron cientos de vueltas en el autocar que los transportaba, para terminar abandonados en una ciudad española, Salamanca, próxima a la frontera portuguesa. Todavía más estremecedor es el caso de algunos trabajadores africanos que, abandonados por sus pasadores en los Pirineos, en pleno invierno, perecieron de frío y de inanición.

La muerte de los tres emigrantes palestinos se produce en pleno verano tórrido, por asfixia en el fondo de la cisterna de un camión. Este caso, perfectamente verosímil, podría figurar en la prensa como noticia, lo mismo que otros cientos de casos reales y verídicos. Pero Kanafani podía haber elegido otras muchas formas, también verosímiles, de hacer morir a sus héroes, si no fuera porque la cisterna del camión, que aquí eligió, es también un símbolo. Representa el universo cerrado, el agujero negro en que vive sumido el pueblo palestino sin ninguna luz de esperanza; representa, en una palabra, la muerte.

Aunque es el símbolo principal, la cisterna del camión no es aquí el único símbolo de la muerte. Todo parece simbolizarla, anunciarla, llevar a ella. El Sol —símbolo de la vida— aquí mata; el desierto que hubiera podido ser vía, camino que condujese a una vida más feliz, se convierte en sepultura; y el silencio —el grito ausente, la voz ahogada— es también símbolo de muerte.

Pero si *Hombres en el sol* es el grito ausente, la voz del pueblo palestino ahogada durante mucho tiempo en los campamentos del

éxodo y ahora en la cisterna de un camión, el grito de Abuljaizarán, su «¿por qué?» desgarrado que clama desesperado por una respuesta, anuncia el principio del despertar. La pregunta con que Kanafani termina esta novela plantea, en toda su trágica dimensión, el tema de la muerte y la imperiosa necesidad de liberarse de ella descubriendo o tratando de descubrir la acción histórica liberadora, generadora de nueva vida. En este sentido, cabe decir que el final de esta obra presagia una primera etapa en la toma de conciencia del pueblo palestino.

QUE OS QUEDA
LO
(1966)

Esta novela, escrita entre 1963 y 1964, fue publicada en Beirut en 1966. Se trata de la segunda experiencia novelística de Kanafani después de *Hombres en el sol*. En ella, el escritor plantea de nuevo el tema de la miseria y la opresión del pueblo palestino y la necesidad de liberarse de ellas mediante la acción.

La novela gira en torno a cinco personajes: por un lado, el triángulo Hamed-Mariam-Zacarías, y, por el otro, el desierto —el espacio— y el reloj —el tiempo—, que aquí cobran vida, son seres animados.

Al contrario que *Hombres en el sol* esta novela es de una lectura aparentemente difícil. En ella, el tiempo y el espacio parecen confundirse y, pese al artificio de utilizar caracteres de imprenta diferentes para pasar de una secuencia a otra, hay momentos en que el lector puede sentirse perdido. Sin embargo, el paso de un personaje a otro en el tiempo o en el espacio no significa ruptura, porque lo que cada uno de ellos piensa, siente o dice está estrechamente interrelacionado, es indisociable de lo que piensa, siente o dice el otro. Por eso, para aprehender, dentro de una aparente incoherencia, una coherencia, o una continuidad, dentro de una aparente discontinuidad, *Lo que os queda* requiere una segunda o hasta una tercera lectura.

El estilo que utiliza aquí Kanafani, nuevo en la literatura árabe, no fue bien acogido por toda la crítica. Si para algunos representaba una experiencia original e interesante que contribuiría a enriquecer y renovar el lenguaje narrativo árabe, otros lo consideraron oscuro,

embrollado y en contradicción con el objetivo que Kanafani se había fijado, es decir que «la novela fuera realista ciento por ciento [28] ». Por ello, consecuente con este principio e interviniendo, a su vez, en la polémica suscitada en torno al aspecto formal de esta novela, el mismo Kanafani expresó algunas dudas sobre lo acertado, o no, de su experiencia innovadora. En una entrevista radiofónica publicada posteriormente en la revista *Al-Hadaf*, Kanafani decía: «Creo, sin duda alguna, que *Lo que os queda* representa un salto desde el punto de vista formal, aunque al mismo tiempo plantea, en lo que a mí respecta, algún interrogante: ¿Para quién escribo? De los lectores árabes, solo una minoría podrá comprender esta novela. ¿Escribo para que un crítico diga en una revista cualquiera que he escrito una novela excelente, o escribo para llegar a la gente?» [29] .

El problema que se le planteaba a Kanafani era saber hasta qué punto la forma literaria de esta novela servía a los fines que él se había propuesto alcanzar: expresar la realidad del pueblo palestino y hacer que la expresión de esa realidad llegara al mayor número posible de personas. Por tratarse de un estilo difícil, intrincado y, por tanto, no accesible a todas las categorías de lectores árabes, la mayoría no habituados a un lenguaje narrativo ajeno a su tradición literaria, Kanafani temía que la realidad expresada en esta novela y el mensaje que encerraba solo fueran comprendidos por una minoría intelectual.

Es indudable que Kanafani, buen conocedor de la literatura occidental, tiene aquí influencias de escritores como James Joyce y William Faulkner, particularmente de este último. Por toda una serie de rasgos característicos, esta obra se aproxima al estilo literario de estos autores. Así, la interiorización de los personajes se traduce en soliloquios, monólogos interiores y una serie de estados anímicos, sensaciones, impresiones sensoriales (olores, sonidos, visiones) que retrotraen a la memoria el pasado que se funde con el presente en una sola vivencia. El paso rápido de una secuencia a otra, la ruptura, la discontinuidad en el espacio-tiempo, se estructuran en un orden de continuidades percibidas sucesivamente por cada personaje. La simultaneidad se establece mediante las sensaciones percibidas en distintos lugares, pero al mismo tiempo, por cada uno de ellos.

Los temas del tiempo y de la memoria, fundamentales en la obra literaria de Joyce o de Faulkner, son también indisociables de la obra de Proust. De sobra conocido es el episodio del panecillo mojado en la taza de té y de todos los recuerdos que este simple gesto aviva en el narrador. Las impresiones sensoriales, a través de asociaciones de ideas, traen a la mente los recuerdos, de forma que en el presente aflora siempre el pasado. En Kanafani, los temas del tiempo y de la memoria son también fundamentales, no solo en esta novela sino en toda su producción literaria. Así, en *Hombres en el sol*, el contacto con la tierra húmeda evoca en Abu Qais el recuerdo de su tierra en Palestina, cuando, pegado a ella, la sentía palpitar y su olor le parecía el mismo que el que exhalaban los cabellos mojados de su mujer al salir del baño. En *Lo que os queda*, las sensaciones que experimenta Mariam al hacer el amor con Zacarías despiertan en su memoria los momentos de violencia y brutalidad, en que, arrollada por una muchedumbre enloquecida, huía de Jafa con los suyos. En toda la obra de Kanafani, hay un constante retorno a la memoria y esta va casi siempre, de modo ineluctable, unida al pasado en Palestina: se evoca con añoranza la patria perdida, la felicidad pasada y se reviven escenas de la lucha, la derrota y el éxodo.

En esta novela se advierte claramente la influencia de Faulkner, en particular de su novela *El ruido y la furia*. En respuesta a algunos críticos que notaban la semejanza existente entre ambas obras, Kanafani, gran admirador de Faulkner, no ocultaba esa influencia. Sin embargo, se defendía de que esta fuera puramente mecanicista y sostenía que se trataba fundamentalmente de un intento por utilizar los recursos estéticos y los logros artísticos de Faulkner para hacer evolucionar la literatura árabe.

Pero las coincidencias de una y otra novela no son solo desde el punto de vista formal sino también del contenido. En los sentimientos de Hamed por Mariam, en la estrecha vinculación con la hermana, hay reminiscencias del segundo capítulo de la novela de Faulkner, en el cual Quentin, en su dolorosa lamentación —prolongado quejido de bestia herida, acorralada— penetra en los recovecos más íntimos del subconsciente para revelar en un lenguaje de desgarradora y punzante verdad, los sentimientos de celos, de posesión, por su hermana Caddy.

Sin embargo, en la expresión de esos sentimientos, Faulkner va mucho más lejos que Kanafani. Mientras que en las relaciones de Quentin con su hermana aparece obsesionante la idea del incesto, esta obsesión está ausente en Hamed. Sin ser nuestro propósito entrar en un análisis de la novela de Faulkner, conviene decir que, a nuestro juicio, tampoco hay que exagerar en el análisis freudiano de los sentimientos de Quentin por Caddy. Como el mismo Faulkner dice en el apéndice de *El ruido y la furia* respecto de Quentin III, lo que este amaba en realidad en su hermana era el concepto del honor de los Compson; lo que amaba no era la idea del incesto, que nunca cometería, sino el concepto presbiteriano de la condenación eterna. Por medio de este pecado, imaginario, nunca cometido, él y su hermana irían juntos al infierno, en donde él la mantendría para siempre intacta, pura, en medio del fuego eterno. En realidad, lo que Quentin amaba, sobre todo, era la muerte. Como sabemos, este héroe de Faulkner termina suicidándose en junio de 1910, dos meses después de la boda de su hermana Caddy que, en el momento de casarse, esperaba ya desde hacía dos meses un hijo de otro hombre.

Esta aclaración de Faulkner nos parece fundamental para situar las cosas en su verdadera dimensión. Algunos de los aspectos de la relación Quentin-Caddy, que Faulkner explica, tienen cierto paralelismo con la relación Hamed-Mariam. Como en Quentin, hay también en Hamed el sentido del honor familiar, el sentimiento de vergüenza de que su hermana espere un hijo antes de casarse. Si en la novela de Kanafani, como es natural, está ausente el concepto presbiteriano del pecado y de la condenación eterna, sí, en cambio, está presente y bien presente, el concepto del honor, que tiene en la sociedad arábigo-musulmana una dimensión, más que religiosa, social, y que en lo que respecta a la mujer y su virginidad, puede llegar hasta a disculpar el parricidio o el fratricidio para lavar la honra. Lo mismo que Quentin, hijo de un padre alcohólico e irresponsable, se consideraba el guardián del honor de los Compson, también Hamed, huérfano de padre, se consideraba, como único varón de la familia, el guardián del honor familiar y, por tanto, de la honra de su hermana. Hay que decir que, además, en la sociedad árabe, los hermanos pueden ser con frecuencia guardianes más celosos de la virtud de sus hermanas que el propio padre. En el caso

de Hamed, a la deshonra de casarse Mariam embarazada de cuatro meses y con un hombre que ya tenía una primera mujer y era padre de varios hijos (en el islam, aunque legal, la poligamia está cada vez peor vista y se practica cada vez menos en las sociedades más evolucionadas), se suma la humillación de verse obligado a dar a su hermana en matrimonio a un individuo como Zacarías, al que toda la colectividad repudia por cobarde y traidor. Para Hamed, el acto de su hermana significa, pues, una doble deshonra.

A través de la personalidad de Zacarías, de lo que este simboliza, como también de lo que simboliza Mariam —como veremos más adelante—, introduce Kanafani en esta novela un elemento propio de la realidad palestina, que da al drama familiar una nueva dimensión y hace que este adquiera —más allá del reducido núcleo de la familia— un carácter colectivo.

Otro tema en el que también se advierte la influencia del mencionado capítulo es el del tiempo, simbolizado por el reloj. La obra de Faulkner empieza cuando Quentin oye el reloj del abuelo, que su padre le había regalado, y recuerda lo que le dijo cuando se lo dio. La imagen del mausoleo, que el padre de Quentin evoca, refiriéndose al reloj, corresponde a la del ataúd con que Hamed, al mostrárselo a su hermana, compara el reloj que acaba de llevar a casa. En *El ruido y la furia*, el padre de Quentin le dice que le da el reloj no para que recuerde el tiempo, sino para que lo olvide y no pierda todo su aliento tratando de vencerlo. Aquí también está presente la idea del reloj, pero no para recordar el tiempo, sino para olvidarlo ante la inutilidad de luchar contra él. Por eso, Hamed, en un gesto de desesperada impotencia ante el tictac que lo persigue y lo hace sentirse prisionero, se arranca el reloj de la muñeca y lo arroja a la inmensidad del desierto para liberarse del tiempo, mientras que Mariam, prisionera de las cuatro paredes que la encierran, de Zacarías, de ella misma, sigue oyendo el tictac, insistente, implacable, del reloj-ataúd, símbolo del tiempo-muerte.

Hay también en la obra de Kanafani elementos en que se percibe la influencia de lo que se conoce como la nueva novela (*Le Nouveau Roman*). Teniendo en cuenta la gran influencia que autores como Joyce, Faulkner o Proust tuvieron en la nueva novela, nada tiene de extraño que Kanafani se dejara influir también por ella. La influencia en Kanafani se manifiesta sobre todo en la

importancia que concede a las cosas, a los objetos. Estos cobran vida, sienten, palpitan, hablan. No se trata aquí de una reificación o cosificación en el sentido que le da Lukács, es decir, de una transformación de las personas en objetos —fenómeno propio de la sociedad de consumo y reflejo de la crisis de valores que atraviesa el mundo occidental—, sino de una revalorización, una vivificación del objeto, de la cosa inanimada. Así en esta novela, el desierto es un cuerpo gigantesco que no solo está dotado de un pecho que siente y palpita sino también del don de la palabra. Este gusto de Kanafani por la vivificación del objeto, presente en toda su obra, se traduce con frecuencia en la comparación de los seres humanos con objetos, recurre para ello a metáforas audaces, originales, totalmente nuevas en la literatura árabe. De sobra conocido es que esta se ha caracterizado siempre por la extraordinaria riqueza de su lenguaje metafórico pero, a diferencia de muchos autores con tendencia a utilizar la imagen convencional, manoseada, Kanafani crea nuevas imágenes, las fuerza al extremo, lo que hace a veces difícil encontrar su equivalente en otro idioma.

Pese a los paralelismos que pueda haber entre una y otra novela, ambas corresponden a realidades sociales e históricas diferentes. Faulkner describe una sociedad, la del sur de los Estados Unidos, en decadencia, en descomposición, y en la que los descendientes de la antigua clase dominante, arruinados, no consiguen adaptarse a las transformaciones económicas y sociales que lleva consigo la expansión del capitalismo en el siglo XX. El estado de crisis y confusión que atraviesa esta sociedad, sus contradicciones, sus incoherencias, se traducen, a través de los personajes, en sentimientos de angustia, obsesiones, evasión de la realidad y retorno al pasado. El estilo formal que utiliza Faulkner refleja bien el estado anímico de los personajes, producto de esta sociedad en descomposición. La realidad social e histórica que describe Kanafani es muy distinta de la de Faulkner. La sociedad palestina de principios de 1960 no es una sociedad en estado de decadencia, de descomposición, sino una sociedad que atraviesa una etapa de confusión. Sumido en el estupor provocado por la derrota y el éxodo, el hombre palestino anda aún a tientas en busca de una vía, de una solución. El estilo formal que utiliza Kanafani en esta novela sirve, pues, a su objetivo de reflejar la realidad palestina de esa

etapa histórica.

Por otro lado, cabría decir aquí que la relación entre Mariam y Hamed, más que una relación morbosa entre hermanos, podría considerarse casi materno-filial. Debido a la diferencia de edad, Mariam ve en el hermano pequeño casi a un hijo y Hamed, en la hermana mayor, casi a una madre. A través de la imagen del ovillo de lana, cuyo cabo había quedado sujeto en su casa de Gaza y del que Hamed se iba liberando a medida que se alejaba de Mariam, evoca Kanafani la idea del cordón umbilical que lo sigue uniendo al seno materno. La madre ausente se ha convertido para Hamed en un mito, una especie de personaje legendario, un ser ideal, con el que sueña reunirse un día. Mariam es para él una encarnación de la madre ausente y que, a semejanza de la imagen que de esta última se ha forjado, tiene que estar dotada de las mismas virtudes y perfecciones. Es indudable que a través del personaje mítico, legendario, de la madre, Kanafani simboliza la tierra, la patria, Palestina. Por eso, la entrega de Mariam a un traidor como Zacarías adquiere también en la novela caracteres de símbolo. Mariam mancillada significa Palestina mancillada, Mariam entregada a un traidor significa Palestina entregada a los enemigos del interior.

Incapaz de actuar, Hamed —que representa aquí en cierto modo al intelectual— no ve ante sí otro camino más que la evasión, la huida. De lo único que es capaz es de partir en busca de la madre, es decir, en busca de la tierra, de Palestina, la Palestina del pasado, tal como él la imagina. Pero entre él y la madre se interpone el desierto. Lo mismo que en los cuentos o leyendas en que para rescatar a la princesa prisionera o el tesoro escondido, el héroe se ve sometido a una serie de pruebas, tiene que arrostrar diversos peligros —luchar con dragones u otros monstruos legendarios— y solo después de salir victorioso de todos ellos y purificado por las pruebas consigue alcanzar la meta, también aquí Hamed tiene que arrostrar los peligros del desierto para llegar hasta la madre.

En *Hombres en el sol*, el desierto significa la huida de uno mismo, la muerte; en *Lo que os queda*, es el único camino capaz de sacar a Hamed del estado de impotencia en que se encuentra y de conducirlo, quizá, a la acción. Teatro de una lucha a muerte con el enemigo, el desierto es aquí el puente que conduce al reencuentro consigo mismo. Aquí también se muere, pero la muerte de Hamed

no es gratuita porque también él mata justamente para seguir viviendo. Aquí, el enemigo exterior —el soldado israelí— y el enemigo interior —Zacarías— mueren; el primero, a manos de Hamed; el segundo, a manos de Mariam. En el momento de la acción, cuando Mariam clava el cuchillo a Zacarías y Hamed clava el cuchillo al soldado israelí, hay simultaneidad, las líneas dejan de ser discontinuas y se confunden.

Mientras que en *Hombres en el sol* todo es silencio, muerte —las tres víctimas ni siquiera gritan ni golpean las paredes de la cisterna —, en *Lo que os queda* todo golpea, suena, se agita: golpean los pasos de Hamed al caminar en el desierto, golpea y se agita el embrión en las entrañas de Mariam, golpean la superficie del agua los remos de las embarcaciones que transportan a los refugiados el día que abandonan Jaifa; hasta el silencio suena, tiene voz. A diferencia de la anterior, todo aquí parece anunciar un renacer, una nueva vida.

El parto, el alumbramiento, es lento, doloroso, difícil. Mariam, la Palestina real de principios de los años sesenta —no la Palestina ideal de antes de 1948, la madre ausente— tiene que matar a Zacarías —el enemigo interior—, para que nazca el hijo, el nuevo hombre palestino. Pero este es también hijo de Zacarías porque ese nuevo hombre palestino no puede ser un ente puro dotado de todas las virtudes y perfecciones, una entelequia, sino el producto de un proceso dialéctico con todas sus contradicciones.

Simultánea a la acción de Mariam está la de Hamed —muerte del soldado israelí, el enemigo exterior—, necesaria para que el nuevo ser que nazca pueda sobrevivir, para que no vuelva a morir una segunda vez. Estas dos acciones se complementan, se funden en una sola. Pero para que este parto, este alumbramiento, sea posible, también es necesario el sacrificio de otros. Salem, jefe de la resistencia palestina contra el ocupante israelí en Gaza y al que Zacarías —el enemigo interior— entrega a las autoridades israelíes, no muere en vano, su muerte no es gratuita. En el momento en que lo llevan al paredón para fusilarlo, de su mirada helada, precursora de la muerte, se desprende el hálito de una nueva vida. Y es el hálito de Salem, que fluye aún después de muerto, el que infunde vida al nuevo ser que nacerá.

El personaje de Salem, que en la novela aparece como

secundario frente a los principales, tiene, sin embargo, una importancia capital. Si aparece en segundo plano es porque refleja las circunstancias históricas del pueblo palestino a principios de 1960. Salem el *feday —fedayín* corresponde, en realidad, al plural de la palabra árabe, a partir de la cual se ha formado un nuevo plural en español, *fedayines*, participio activo de la raíz verbal *fadaa*, «rescatar, redimir» (con su sangre) o «sacrificarse» y que significa, pues, «el que rescata, el que redime, el que sacrifica su vida»— redime con su muerte, con su sangre vertida, a los demás. En toda revolución, han sido siempre necesarios el sacrificio, la sangre, la muerte de muchos para que los demás vivan.

La etapa que Kanafani describe en *Lo que os queda* no solo anuncia sino que en ella se inicia la toma de conciencia del pueblo palestino.

Um Saad (1969)

Después de la experiencia innovadora que supuso *Lo que os queda*, Kanafani vuelve en *Um Saad* al estilo realista. Esta vuelta, que podría interpretarse como un paso atrás o una regresión, no es fortuita, sino deliberada: responde al deseo del autor de expresar en un lenguaje sencillo y sin ambigüedades —comprendido por todos y al alcance de todos— la nueva realidad del pueblo palestino, que empieza a salir por fin de su etapa de estupor y confusión. Vuelve Kanafani a un estilo que parecía haber abandonado para explorar nuevas formas de expresión, y vuelve justamente en un momento en el que el realismo puro estaba cada vez menos en boga en Occidente y, sobre todo, el llamado realismo socialista —con el que *Um Saad* tiene múltiples afinidades— era objeto de rechazo y condena, casi unánimes, por los círculos literarios del mundo occidental. Es verdad que con la excepción de Gorki y quizá de Shólojov —particularmente con *El don apacible*—, pocos escritores que hayan aplicado a rajatabla la doctrina del realismo socialista se salvan. Al supeditar la creación literaria a una doctrina que proclama como finalidad la educación de las masas, el escritor, contrariamente al fin perseguido, es decir, presentar la realidad

vivida, da de esta una imagen idealizada. Los personajes, en vez de seres de carne y hueso —con todas sus miserias y contradicciones humanas— son ideas o principios encarnados.

Sin embargo, a diferencia de los escritores occidentales, muchos autores del llamado Tercer Mundo, cuyos países habían estado sometidos al colonialismo y que, después de la descolonización vivían la era del neocolonialismo, seguían profundamente apegados al realismo puro (o incluso al realismo socialista: exaltación de las luchas por la independencia, de las luchas campesinas o de la incipiente clase obrera) como forma de expresión literaria, quizá porque pensaban, equivocadamente o no, que ese estilo era el más adecuado para reflejar su universo en todas sus dimensiones y para que su mensaje llegase a todos. Las situaciones que vivían estos escritores eran muy diferentes a las que vivían sus homólogos occidentales. Por eso, sería pecar de eurocentrismo o de «colonialismo literario» condenar un estilo que, si bien para muchos estaba ya superado en Occidente, seguía o sigue siendo válido para los escritores de otras sociedades. Este estilo corresponde a una etapa histórica determinada que no coincide necesariamente con la de Occidente. En la actualidad, muchos autores del Tercer Mundo han evolucionado hacia otras formas de expresión y superado el realismo puro, que aparece con frecuencia diluido y asociado a otros estilos, ya sea su origen occidental o bien inspirados en las respectivas tradiciones literarias nacionales. Quizá Kanafani habría seguido también la vía de muchos de estos novelistas. Su muerte prematura nos impide saber cómo habría evolucionado su escritura.

En *Um Saad* refleja Kanafani la etapa de la toma de conciencia colectiva del pueblo palestino. Esta toma de conciencia es indisociable de las operaciones de guerrillas que llevan a cabo contra el ocupante sionista las organizaciones de la resistencia, inmediatamente antes y después de la derrota de los ejércitos árabes en junio de 1967.

El 1 de enero de 1965, Al-Asifa (La Tempestad), rama militar de Al-Fatah, difunde el primer comunicado de prensa, al que siguen muchos otros que dan cuenta de las acciones llevadas a cabo por los fedayín, como cortes de líneas de comunicación, sabotajes de industrias y destrucción de instalaciones militares estratégicas. Las acciones de Al-Asifa tienen por objeto destruir la estructura

económica, militar, social y política del Estado de Israel y llamar la atención del mundo sobre los derechos del pueblo palestino, expoliado y expulsado de su tierra.

Después de la derrota de los ejércitos árabes en junio de 1967, el pueblo palestino toma aún mayor conciencia de la necesidad de confiar, sobre todo, en sus propias fuerzas. Las acciones guerrilleras se intensifican por doquier: en las alturas de Golán, en el golfo de Aqaba, cerca de Eilat, en el valle del Jordán, en Gaza, e incluso dentro de la Palestina ocupada, en Nazaret, Jerusalén,
Tel-Aviv.
En *Um Saad*, el hombre palestino se transforma, recupera su dignidad, pasa de su situación miserable de refugiado a la de ser humano dueño de su destino.

Más que novela en el sentido estricto de la palabra, puede decirse que *Um saad* es un relato formado por una serie de cuadros que reflejan de manera progresiva la toma de conciencia del pueblo palestino, el resurgir de su personalidad.

La obra gira en torno a dos personajes: el escritor y Um Saad. El primero representa al intelectual, la segunda, a la clase trabajadora, y en la relación estrecha que los une, ha querido mostrar Kanafani la necesaria acción recíproca, en todo movimiento revolucionario, entre la teoría y la praxis. Aunque personaje vivo de carne y hueso, Um Saad es un símbolo. Simboliza a la vez la mujer trabajadora y la tierra, Palestina. Kanafani la describe como una mujer casi gigantesca, una especie de titán dotado de una fuerza sobrehumana, una deidad telúrica: Gea, Pachamama, Obá.

Gracias a la acción de su hijo Saad, la madre recupera su dignidad, soporta la vida miserable del campo porque confía, tiene esperanza en el futuro; simbólico es su cambio de amuleto. El padre que empezaba a beber y a maltratar a su mujer —Um Saad— también se transforma por la acción del hijo mayor, la voluntad de acción del hijo menor y de los demás muchachos del campo, se siente renacer, recupera su dignidad perdida; la vieja escopeta de la guerra de 1948 se transforma en el nuevo kalashnikov.

Terreno abonado para la resistencia, los campos de refugiados se transforman en un venero de combatientes. Se asiste al resurgir del nuevo hombre palestino.

Todo aquí cambia, se transforma; los seres, los objetos que

toman un nuevo sentido, otra dimensión, porque se perciben con otra mirada, con una nueva conciencia. La transformación del presente hace que también se transforme el pasado, que este se rememore de otra manera.

Hasta las cosas que parecían muertas, reviven, cobran vida. El sarmiento seco que Um Saad había plantado una mañana, hacía tiempo, delante de la casa del escritor, revive, florece, anuncia con sus brotes verdes un futuro de esperanza.

MARÍA
ROSA
DE MADARIAGA
París, diciembre de 1991

BIBLIOGRAFÍA

—BHURI-BEN RJEB, RAFIKA: *La novela en Gasán Kanafani* (en árabe), primera edición. Editorial At-Takaddum, Túnez, julio de 1982.

—KANAFANI, GASÁN: *Obras completas* (en árabe), introducción de Ihsán Abbas, segunda edición, tomo I, pp. 11-27, Fundación Cultural Gasán Kanafani, Editorial At-Talia, Beirut, Líbano, abril de 1980.

—*Le patrimoine culturel palestinien* (en francés), obra colectiva. Véase en especial el estudio de FAISAL DARAK titulado «Le roman palestinien: reflet réalité» d'une («La novela palestina: reflejo de una realidad») pp. 125-158, y dentro de este estudio, la parte dedicada a Gasán Kanafani, pp. 138-146, Editorial Le Sycomore, París, 1980.

— *filastiniyya (Asuntos palestinos)* *Shu'un* , n.º 13, Beirut, Líbano, septiembre de 1972. Número especial dedicado en gran parte a la memoria de Gasán Kanafani. Contiene artículos de los siguientes autores: LUTFI AL-JULY, IHSÁN ABBAS, BILAL AL-HASAM, AHMAD JALIFA y ELÍAS JURI, pp. 138-180, y de FÁDEL AL-NAQUIB y F. AL-MANSUR, pp. 192-221.

[1] Literalmente, «padre de Qais». En muchos países árabes, particularmente de Oriente Medio, es tradicional llamar a las personas casadas y con hijos, no por el nombre que les dieron al nacer sino con trato de respeto de *Abu*, «padre de…», o *Um*, «madre de…», seguido del nombre del primogénito. <<

[2] Ver nota 1. <<

[3] Pronunciado a la inglesa, «*eich for*», era una estación de bombeo del oleoducto que iba hasta Haifa, situada junto al puesto fronterizo de Jordania con Iraq. < <

[4] Ciudad palestina situada en el actual Estado de Israel, al sudeste de
Tel-Aviv,
entre Cisjordania y el mar. < <

[5] Ciudad de Jordania situada al norte de Jerusalén, en Cisjordania del sur, incorporada a los territorios ocupados por Israel después de la guerra de 1967. < <

[6] En árabe *keffie*, es un pañuelo de tela de fondo blanco con cuadros rojos o negros entretejidos que se pliega en triángulo y se sujeta sobre la cabeza con un cordón denominado *agal*. < <

[7] Primer capítulo o sura del Corán. Se recita en ocasiones solemnes, tales como nacimientos o muertes. < <

[8] Literalmente, «padre del junco». Además de la explicación dada en la nota 1 *Ab* y *Um* se unen a muchas palabras formando metonimias y expresiones metafóricas. Así, por ejemplo, Abulnaum, «padre del sueño», significa adormidera; Abulyakdan, «padre del color amarillo», ictericia. Con el mote de Abuljaizarán se expresa metafóricamente una cualidad de la persona a quien se nombra, es decir, su delgadez y su esbeltez, como el junco. < <

[9] Literalmente, «peregrino», título honorífico que se otorga a quienes han cumplido con la peregrinación a La Meca. < <

[10] Hatem Attal, legendario héroe árabe, famoso por su generosidad. < <

[11] La utilización de *Ab* o de *Um*, seguidos de otro nombre está tan extendida que incluso a las personas solteras se les da a veces ese mote, añadiendo otra palabra de la misma raíz, precedida de *Ab* o de *Um*. Así, por ejemplo, Asad es un comparativo que significa «más feliz, más afortunado», y Saad quiere decir «buena suerte, buena fortuna», ambos de la raíz
sa'ida
, «ser feliz, ser afortunado». < <

[12] Túnica larga, generalmente negra, que llevan las mujeres y que las cubre desde la cabeza hasta los pies. < <

[13] Se refiere a los funcionarios de la UNRWA, la Agencia de Obras Públicas y de Socorro de las Naciones Unidas. < <

[14] Lo mismo que en inglés *sunstroke* o en francés *coup de soleil*, en árabe, insolación se dice *darbat ash-shams*, literalmente, «golpe de sol». < <

[15] La guinea, es decir, la libra egipcia, era la moneda utilizada en Gaza después de que este territorio quedara bajo administración egipcia tras la guerra árabe-israelí de 1948. < <

[16] Además de su acepción como «anciano» y «jefe de tribu», *xeij* es también el título que se da a los gobernantes y a las personas de alta alcurnia en algunos países del golfo arábigo y, como en este caso, el título dado en los países de Oriente Próximo a los dignatarios o jefes religiosos de la comunidad islámica. < <

[17] *Mabruk*, en árabe, equivalente en castellano a «felicidades» o «enhorabuena». < <

[18] Expresión de origen beduino que evidencia lo elevado de una dote. < <

[19] «Ahlan wa sahlan» quiere decir literalmente «bienvenido» o «bienvenida» dirigido a la persona que nos visita. Puede expresar también la aprobación de lo que alguien dice o hace o el deseo de que se cumpla lo que otro anuncia y, en este caso, equivale a «así sea». A veces, se puede utilizar con tono de resignación y entonces significa más o menos «¡paciencia, qué le vamos a hacer!» o «que sea lo que Dios quiera». < <

[20] Barrio de Jafa. < <

[21] Literalmente dice «la rosa de Al-Manchya». Ver nota 6. < <

[22] El *mujtar* (literalmente, «el elegido») es en Oriente Próximo el alcalde de una aldea, o bien el alcalde de barrio en las ciudades importantes. En este caso se trata del *mujtar* del campo de refugiados en el que vive Um Saad. < <

[23] Literalmente dice: «Quisiste alkoholarlos (es decir, pintarles los ojos con kohol para embellecerlos) y los cegaste». Proverbio muy utilizado para referirse a una persona que pretende adornar o arreglar algo y lo único que hace es estropearlo o empeorarlo. < <

[24] Barrio de las afueras de Akka (Acre). < <

[25] Literalmente, «los que se sacrifican». Tradicionalmente, ha servido para denominar a los combatientes laicos de Oriente Próximo, diferenciados de los muyahidín, o combatientes islamistas. <<

[26] Palabra de origen turco que equivale a «señor». *Afandi* era el título de cortesía que se daba a los que no eran bajaes, título honorífico que conlleva poder ejecutivo. Normalmente, efendi se emplea precedida del nombre propio. Utilizada así, como lo hace Um Saad, puede tener cierto sentido irónico («el señor», «el caballero», dicho con retintín) o ligeramente despectivo («el individuo», «el sujeto»). < <

[27] Ver nota 8 en *Hombres en el sol*, p. 86. <<

[28] Referencia al artículo «El mundo de Gasán Kanafani» de Fadel Al-Naqib, publicado en la revista *Chuun filastiniyya (Asuntos palestinos)*, n.º 23, septiembre de 1972, p. 194. < <

[29] *Al Hadaf*, 5 de septiembre de 1973, n.º 129. Citado por Rafiqa Bhuri ben Rjeb en *La novela de Gasán Kanafani* (en árabe), Túnez, Editorial At-taqaddum, julio de 1982, p. 52. <<